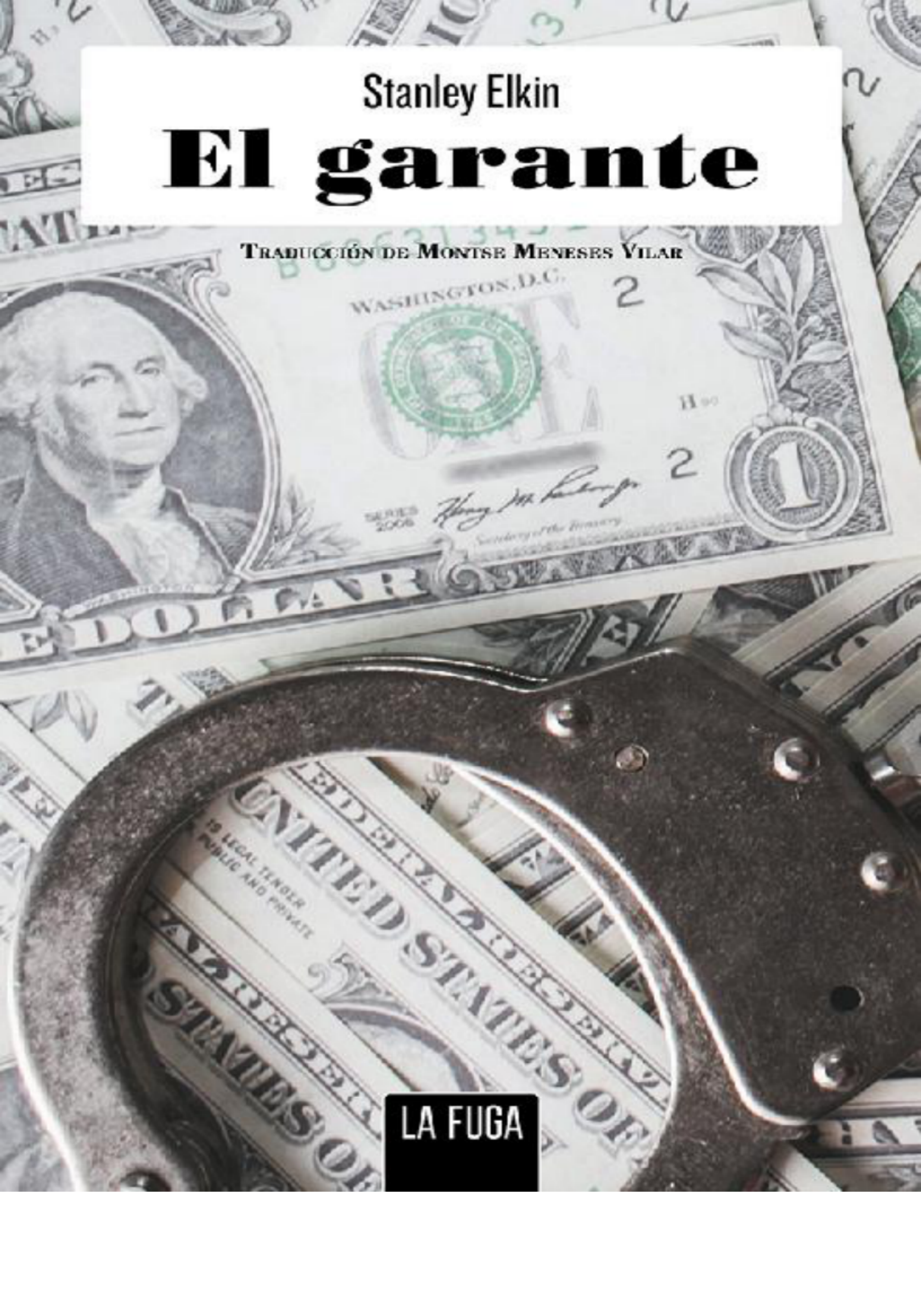


Stanley Elkin
El garante
Traducción de Montse Meneses Vilar
LA FUGA

Índice

Escalones,
19.


LA FUGA
EDICIONES

Título original: *The bailbondsman*

Primera edición: noviembre 2023

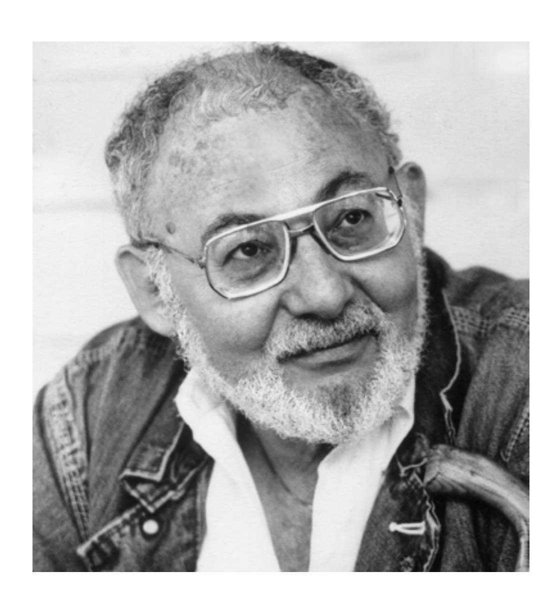
Corrección: Olga Jornet Vegas
Revisión: Iago Arximiro Gondar Cabanelas - Leticia Clara Cosculluela Viso

Diseño gráfico: Joan Redolad
Maquetación digital: Iago Arximiro Gondar Cabanelas

ISBN: 978-84-127258-8-9

La fuga ediciones, S.L.
Passatge Pere Calders 7 1º 2ª
08015 Barcelona
info@lafugaediciones.es
www.lafugaediciones.es

Stanley Elkin



1930 – 1995

Neoyorquino de nacimiento, Stanley Elkin fue profesor en la Universidad de Washington en St. Louis desde 1960 hasta su muerte en 1995, a causa de las complicaciones debidas a la esclerosis múltiple, enfermedad que combatió durante más de treinta años. Dos veces ganador del National Books Circle Award y apreciado por la crítica y muchos escritores de su época, en vida no llegó nunca a tener el éxito esperado. Solo después de su muerte se volvieron a reeditar sus obras que, hoy en día, son consideradas clásicos de la literatura posmoderna americana. Varias de sus obras han sido traducidas al castellano, incluyendo otras dos novelas de La Fuga ediciones: *El condominio* (2015) y *Magic Kingdom* (2021)

Stanley Elkin

El garante

Traducción de Montse Meneses Vilar


LA FUGA
EDICIONES

1.

Así que llega corriendo un puto negro grandote gritando mi nombre. «Señor Main, señor Main», vocifera. No logro ubicarlo pero me suena, eso es lo que me hace orientar. Porque conozco a todo quisqui con quien he tenido negocios, me sé sus nombres y recuerdo sus rostros, su talla y su peso, cada una de sus características definitorias, sus verrugas y todos los granos, tengo buen ojo para las fisonomías humanas y sus voces resuenan en mi cabeza como si fueran melodías pegadizas. Sería un testigo de primera, el sueño de los dibujantes de la policía, con el ojo que tengo para el detalle: el pliegue de sus guantes y el brillo de sus zapatos, así como los metros cuadrados de obras de arte que tiene un historiador del arte en el cabolo. No «varón caucásico, entre veinticinco y treinta años, pelo rubio ceniza y de constitución menuda, alrededor de un metro setenta y siete centímetros y un peso de entre cincuenta y ocho y sesenta y un kilos» —eso se da por hecho, eso ya está; me resulta tan fácil como al feriante adivinar cuántos años tiene la gente y cuánto pesa—, sino el corte de sus pantalones y dónde le aprieta el sombrero, qué agujero del cinturón usa y la onda que le hace el pelo como la fuerza del viento en la escala de Beaufort. Tengo el ojo de un francotirador para saber cómo son sus pupilas y la altura exacta del brazo a la que se remanga el jersey. Me sé de memoria las arrugas de sus pantalones y el estado de los tacones de sus zapatos como el carnicero conoce sus filetes. Todo. La montaña rusa de su bragueta cuando se sienta, dónde se ensucia las manos, cuáles de sus piezas dentales requieren atención, las lúnulas de sus uñas. Todo.

—Señor Main, señor Main.

Pero me olvido. Cuando se acaba, me olvido, lo tiro a la papelera de la mente como se tira un número de teléfono que llevas en la cartera cuando ya no tiene significado. Bueno, ¿qué soy? ¿El fichero de delincuentes de la policía? ¿Un banco de ordenadores? ¿Es necesario que me pasee con el peso del pecado como cuando se tiene la nariz congestionada? Por supuesto que me olvido. Pero hay algo que suena, que tengo en la punta de la lengua, como reconocer, por lo menos, que el número está escrito con mi propia letra.

—¿Señor Main?

Entonces, ¿qué me cuesta ser amable?

—¿Eres tú, tío Tom? ¿Qué te cuentas, muchacho?

—Señor Main, soy Billy. Billy Basket.

¿O seguirle la corriente un rato?

—Billy Basket, el peón de campo, el recolector de algodón de los cojones. ¿Cómo estás, hijoputa? Chócala, choca esos cinco, ven aquí, colega.

Él alarga la pata pero yo no se la estrecho. Yo no doy la mano. Estoy dispuesto a esposarme con cualquiera sin tener en cuenta su raza, religión o color porque así es el negocio, pero no doy la mano. No me gusta tocar a los hombres.

—Lo he visto desde la otra punta del pasillo y quería saludarlo y darle las gracias.

La vista está a punto de empezar.

—Claro que sí. Hasta luego, cocodrilo —le digo.

—¿No se acuerda de mí? Usted pagó mi fianza el año pasado. Creyó en mí cuando me acusaron de haber cometido aquella violación.

—Por supuesto, sí. Procuro verle el lado bueno a todo el mundo. Ahora me acuerdo. —Y es verdad—. Me ha costado ubicarte por unos instantes, pero ahora que veo el tamaño de tu polla, me vuelve a la cabeza. ¿Sabes que estáis muy bien dotados vosotros? Como los departamentos, como el personal. Nos vemos, muchacho. Hasta la próxima vez que te metas en líos. Ahora ya conoces el camino.

Me largo, pero Basket vuelve a llamarme.

—Quería que supiera, por si no lo leyó en el periódico —dice mientras entro en la sala—, que encontraron al tipo que lo hizo. Lavaron mi reputación. Siempre fui inocente, tal como usted creyó desde el principio.

¿Inocente? ¿Culpable? ¿Y eso qué cambia? Seis de lo uno, media docena de lo otro. En realidad, la inocencia es mala para el negocio, un coñazo. Atiborrad las cárceles, digo yo. Llenadlas. Mezclad a los inocentes con los culpables. No quiero ver programas educativos en el trullo, no quiero saber nada de rehabilitación. Esa mierda echa por tierra la reincidencia. En cambio, las condenas más cortas son otra cosa, otra cosa muy distinta. Las condenas más cortas sí van bien para el negocio. Hacen que los villanos y los chorizos vuelvan de nuevo a las calles. A eso se le llama facturación, y estoy completamente a favor. Billy Basket va a hacerme llegar tarde a las vistas. Puede que no encuentre buen sitio. Adams, Klein o Fetterman estarán sobre los clientes potenciales como buitres.

—Ve, ve —le digo—. El sol brilla, los parques están llenos de chicas blancas mirando la hierba y con las faldas subidas. Se echan cerca de los arbustos para broncearse las tetitas. ¿Se puede saber qué haces aquí, mono? Vete. Corre, busca. ¡Corre por el parque!

● ○

Soy Alexander Main, el agente de fianzas*. Soy el garante. Generoso como

un padrino o un tío en las películas, cada día apoquino garantías como una cuerda en el mar, hago volar los gallardetes de mi confianza. Cual banderines de aniversario, mis estandartes de seguridad vuelan al viento. Un acuerdo en firme, un acta notarial en braille, con triple ejemplar, copia certificada, mis X con lápiz sobre la línea de puntos (nunca omitidas: siempre ahí, levitando como un fenómeno, un fragmento de alfabeto de costado por encima de esos cinco centímetros y medio de puntos devastadores al final del contrato, llamando la atención, metiendo las narices, hasta los tipos duros y los perdedores infieles, hasta los saboteadores y la gente que se ha quedado sin pseudónimos, que hace años que no da su nombre real, que apenas lo recuerdan pero que ahora lo utilizan, no lo duden), estampan su nombre como si fuera su mejor carta. Firmado, sellado, y deliberado.

Me gusta un contrato con locura, admiro la pila de papeles y la letra pequeña desde el punto de vista de la impresión, las formas legales y su contenido majestuoso. Déjense de juegos de palabras, de cláusulas secretas, déjense de significados ocultos y ambigüedades, todos esos densos matorrales de tipografía plagados de trampas como si fuesen pelotas perdidas. Sus árboles que tapan el bosque son un mito, la excusa del bobo. Te follaré con letras de tres metros de altura si me da por ahí. No me cargo a nadie con tecnicismos. Todo explicado, todo claro, las cartas sobre la mesa: la verdad en la publicidad y un lenguaje que hasta los tramposos entienden. No, hablo del aspecto del instrumento, la textura, la filigrana, la floritura sedosa del lazo brillante, la leyenda perfeccionada a lo largo de siglos (en breve les hablaré de los fenicios), las bellas fórmulas sencillas como dar los buenos días, el *quid pro quo* de toda la vida como una receta de la familia durante generaciones. Mis bases son clásicas y mis condiciones terminantes. Escuchen, no sé prácticamente nada de derecho —aunque lo que sé está de mi lado, es vinculante como la arcilla, ventaja para la banca— pero me siento tan a gusto en autos de reivindicación, bonos y pignoraciones como alguien que está sentado en su retrete con la puerta cerrada y la casa vacía. Yo sé de garantías para que una persona comparezca ante un tribunal, sé de préstamos a la gruesa ventura, de avales y de hipotecas igual que otros dominan una segunda lengua. Siempre he vivido por *casus foederis*; hagan lo mismo y nunca nos enredaremos con gilipollas.

Bueno, lo llevo en la sangre. Tuve un primo usurero, un tío en las ventanas de doble cristal. Una tía que compraba segundas hipotecas, cheques sin fondos. Todos fantasmas negociando con malentendidos, guiando a la gente como malos padres que, en el agua, reculan extendiendo las manos hacia sus hijos, que los siguen chapoteando a unos centímetros. Yo eso no lo he hecho, pero tenemos algo en común: creemos en la palabra de la gente, supongo, siempre y cuando esté por triplicado. Pero, al final, no son mi estilo esos intereses compuestos que crecen como un cáncer con reembolso al otro lado del arcoíris. Atáquenlos de frente, digo yo, y no se hable más. El

coche robado con un puente y el figura fumando al amanecer o a medianoche, no son para mí. Evito las baratijas, las huellas digitales en la pantalla de la tele quemada, la mantilla grasienta del abuelo con la que ha echado cabezadas en su sillón, la moqueta pelada en los sitios donde ha recaído el peso como si fuese un cortacésped del tiempo. Al diablo la mercancía, las casas restituidas después de haber sido habitadas durante diecisiete años. Basura, desechos. A lo mejor está relacionado con el hecho de que no tengo olfato, a excepción de los tufos que me imagino en la cabeza.

Los fenicios. Líbano y Siria hoy en día, la Fenicia de antaño. Fueron los míos —yo soy fenicio— quienes instauraron el método de pagar fianza. (Es «Ba'al», por cierto, del hebreo, no «fianza».) Esa idea de que el sistema comenzó en la Inglaterra medieval es falsa. Lo que sucedió es que los de las Cruzadas trajeron con ellos la práctica del desierto. La justicia fenicia era rápida: un juicio llegaba inmediatamente después de la detención; el sospechoso comparecía ante el juez o el Señor (el Ba'al), se examinaban las pruebas y se castigaba al hombre o se lo dejaba en libertad. Pero una vez arrestaron a un extranjero, a un cananeo. Se lo acusaba de haber quemado una cosecha. El hombre lo negó y dijo que tenía testigos, parientes que habían regresado a Canaán y que podían demostrar que él no había tenido nada que ver. Dijo que jurarían que, en ese momento, había estado con ellos a kilómetros de la escena. Bien, hacer llegar la noticia a Canaán de que teníamos a uno de los suyos llevaría su tiempo. Habría que enviar a un mensajero. Una expedición de tres días en camello, unos días más para encontrar a los familiares y convencerlos para que volviesen, otros tres días más de travesía en camello («travesía» y «trayecto» son palabras fenicias) para volver, lo que serían diez u once días en total. Pues bien, en Fenicia, no había cárceles. El concepto de cautividad no llegaría hasta mucho tiempo después, una idea helénica. ¿Dónde se deja a un tipo como ese, a quien se ha acusado de quemar toda una cosecha? ¿Puede llevarse alguien a su tienda a un supuesto pirómano? Un hombre que ha incendiado campos, ¿qué sería capaz de hacer con lonas? No había cárceles, solo justicia. Si tu ojo cometía una infracción, te lo arrancaban, si lo hacía una patada, la pierna. Por tanto, ¿dónde se mete a un individuo que se declara inocente?

Como con todas las ideas geniales, la respuesta es sencilla. No se lo mete en ningún sitio. Ese era un pueblo nómada que vivía en un cajón de arena igual que otros vivían en Pennsylvania —eran duros, no tenían branquias, pero sí una piel con cuernos y púas que absorbía la quemadura del sol y la convertía en energía, puede que hasta en agua, se adaptaban, tenían recursos, estaban dispuestos a pillar el momento de la evolución como si fuera una pelota—, cuyos animales, lo recordarán, pasaron treinta de cuarenta días sin agua, un pueblo que inventó el oasis. Ah, ¿no se lo creen? ¿Creen que Dios extendió un pequeño campo de golf en el desierto como si fuese una alfombra para rezar? ¿Eso creen? ¡Que inventaron el oasis! El

procedimiento se ha perdido, ya no queda nada de las técnicas antiguas, pero probablemente utilizaron la misma arena, trabajando con la arena como medio. Arena y lentes. Cogieron el ojo de un camello, por ejemplo, y el propio sol del desierto para encender la arena, concentrándose, quemándola para fundirla, hacerla líquida, convertirla en agua, sazonarla con su pis y la sangre de camello. Plantaron simientes, quizá haciéndose una paja y añadiéndolo a la mezcla, removiéndolo todo de noche cuando se enfriara. Más pis, más sangre. Con recursos, con recursos, alquimistas de la arena y el agua, recogiendo la lluvia que hubiese, engrasándola con su propio sudor, conservadores de lo desapacible, controlando el caldo, manteniéndolo vivo, brote verde a brote verde, alimentándolo todo, cultivando un mundo. A lo mejor exagero —estoy orgulloso de mi pueblo —, pero fue más o menos algo así.

Así que, ese chaval que se vaya, ese cananeo, con recursos y tan semita como ellos. No era buena idea tenerlo allí solo porque pudiese ser culpable, justificaron los ancianos. Quizá extinguía su oasis por rencor. Pero había que asegurarse de que volviese. Cogerle algo de valor. Sus anillos, por ejemplo, o sus animales. Enviar al desierto a esa manzana podrida y buen explorador después de habérselo advertido, poniendo sobre él esa mirada que había incendiado las arenas. «Está bien. Diez días. Si no vuelves, te vamos a buscar».

● ○

—Eh, Fenicio —grita un abogado—, por aquí.

Es Farb, que está junto a un blanco de treinta y tres o treinta y cuatro años de edad, bien vestido y muy nervioso. No tiene pinta de ser gran cosa, pero en mi oficio no se puede ignorar a un abogado. Le doy una palmadita en la espalda a Farb.

—Hurto, ¿verdad?

—¿Qué le parece el Fenicio? Cómo sabe el tío —comenta Farb.

—Ella nunca había hecho algo así —dice el tipo—. Si hasta tenemos cuenta en esa tienda.

—¿Quién está? ¿Cooper?

—Cooper —responde Farb—. Creo que sí.

—Le impondrá una fianza de quinientos a su mujer —le explico al hombre, que se muerde las uñas—. Usted los puede pagar. ¿Por qué viene a verme a mí?

—No quiere que conste en su expediente que ha tenido que pagar por un daño colateral en un tribunal —dice Farb.

—¿Tienen críos?

—Un hijo.

—¿Siete, ocho años?

—Tiene nueve años.

—Los padres de su mujer, ¿están vivos?
—Sí, pero…
—¿Viven en Cincinnati?
—Están divorciados. No entiendo qué…
—Está evaluando el riesgo —explica Farb.
—Pero ¿qué riesgo? Si tengo dinero. ¿Es que no me ve?
—Todo el mundo tiene un traje bueno, campeón. Vienen al juzgado como si fueran a posar para el retrato del consejo de administración de un banco.
—No se altere —aconseja Farb a su cliente—, responda a sus preguntas. No se lo tome como algo personal.
—Sí, tómeselo como algo personal —le digo—. ¿Tiene hermanos su mujer? ¿Un hermano al que esté muy unida?
—Tiene una hermana en California, pero…
—¿Se escriben cartas? ¿Se llaman por teléfono? Regalos. ¿Su cuñada le envía regalos al crío? ¿Se acuerda de su cumpleaños?
—Normalmente, sí. Creo que sí. Sí, por lo general, sí.
—Cabalgaré con usted por el río, como un puente sobre aguas turbulentas. Yo me quedo con el diez por ciento de la fianza. Como en el mundo del espectáculo, como si su mujer fuese una estrella de cine en lugar de una ladrona de tiendas. Me llevo cincuenta por adelantado. ¿Tiene cincuenta pavos? ¿Sí? Hecho. Lo veré cuando Cooper haya impuesto la fianza. Mientras tanto, llévese este formulario. Rellénelo como si fuera su mujer, y hágala firmar ahí, donde he puesto la X con lápiz.
—Gracias, Fenicio —dice Farb.
—Oye, Rudy, tú antes eras un pez gordo, Rudy. El sindicato que tenías, los asesinos con hachas.
—Es que estoy bajando el ritmo, Fenicio. Órdenes del médico.
Es cierto. Tiene un aspecto de mierda. Me acuerdo de rumores. Ha ido al hospital a hacerse pruebas.
—Oye, Rudy, yo te agradezco el trabajo que me das, pero tienes que especializarte. Si sigues así con estos casos que solo dan calderilla, los dos nos vamos a morir de hambre. Te voy a dar un soplo. El año que viene, lo más gordo en el mundo criminal, va a ser birlarle la pasta a los tipos que van a los barrios peligrosos a cobrar las pólizas de seguros. Ahí va a estar la acción, Rudy, ese es el futuro. Va a ser más importante que lo de los conductores de taxi. Si quieres, empezaré a correr la voz de que Rudy Farb es el mejor defensor de asesinos de cobradores de la ciudad. Los muchachos vendrán corriendo, te pagarán los honorarios con el suelto que le robaron al cadáver. Piénsatelo, Rudy, tú piénsatelo. Nos vemos en la audiencia.

● ○

Bueno, soy Alexander Main, el Fenicio, el agente de fianzas, las dificultades de los demás son mi herencia. Alexander Main, el agente de

fianzas, que cumple con su deber tras varias generaciones y que está encantado con ello, medrando con la idea de la libertad, que es mi dinero en el banco, mi elemento, como lo fue la arena para mis antepasados.

Así que llévenle el asesino, el violador, el ladronzuelo que anhela el aire libre al Fenicio. Llévenle al chorizo y al malversador, al delincuente juvenil y al ladrón de coches. Llévenle a los sediciosos y a los homicidas. A mí me gusta el trato con el público.

Sí, y con lo privado también. Díganme, si un hombre se sube a la balanza que tiene en el baño por la mañana, la aguja empieza a moverse, se acaba fijando en su peso, y luego, de pronto, se pone a tiritar, por ejemplo, o le entra un ataque de tos matinal que sacude la balanza y la aguja vuelve a oscilar aunque él, en ningún momento, haya quitado los pies de allí, y hace que varíe unos gramos más o menos, les pregunto lo siguiente: ¿acaso ese hombre, en esos breves instantes, pesa más? ¿Menos? ¿Se ha convertido momentáneamente en ingrávido? Esto es filosofía. ¿Tienen los santos más derechos que los hombres corrientes? ¿Qué es más importante: Arturo o Júpiter? ¿La gente que vive en Nome, Alaska, aprovecha menos la vida que los parisinos? Al Fenicio le encanta la filosofía, le apasionan las proposiciones atinadas que preceden los textos densos y los argumentos de peso. En cuanto al resto, las pruebas decisivas, las conexiones intricadas y remotas… para eso no tengo paciencia, o quizá no esté preparado para ello. Pero con los ejemplos, ay, tengo debilidad por un ejemplo, un goloso, pongamos, y todo el chismorreo inherente a esa idea. Un chiste es mejor que una historia, una hipótesis es más rica que un caso. Soy aficionado a las condiciones, sí, un científico distraído por la personalidad. El granjero Brown tiene una manzana y el granjero Jones una pera. Si una pera vale seis veces más en el mercado que una manzana, ¿cuántas manzanas debe dar el granjero Brown para comerse un cuarto de la pera del granjero Jones? Al Fenicio le encantan esos problemas. Ponle unos higos y te llevará en su corazón.

Pero no soy más que un agente de fianzas. Yo a usted lo libero, hay algo neutral en la libertad que vendo. Al menos no lo encularán, ni le golpearán los guardias, ni tendrá que comer los mejunjes del Estado. Por el momento y, a lo largo de lo que dure el proceso previsto por la ley, aún será usted mismo, y procure sacarle más provecho que antes. *Por el momento.* Sí, estoy encadenado al calendario. Rige mi existencia. Lo que para usted es el reloj para mí es el calendario. Resulta que tengo calendarios por todas partes, gajes del oficio. Los saco de garajes (criadas francesas con uniformes de satén, con bragas que parecen claveles blancos), de funerarias (ilustraciones de aves, las Cataratas del Niágara), de bancos (niños con cañas de pescar, puentes cubiertos de Nueva Inglaterra), de los sastres de Hong Kong (panoramas del puerto), de compañías de seguros (vistas del centro de Hartford, Ohio), de empresas de camiones, de licorerías y de lavanderías. Los cuelgo todos en mi tienda, con escaparate en frente de la comisaría de

policía de Cincinnati. ¡Menudas vistas tengo! Ni una ventana en el lugar —las persianas venecianas siempre bajadas a lo ancho del escaparate—, pero allá donde miro, la naturaleza en todo su verde esplendor y su asombrosa proliferación. Hay que ver cómo han prosperado desde Fenicia. Solo que yo ni siquiera los miro. Lo único que veo son números como columnas de siete sumas, los domingos rojos como los deberes de alguien que está en bancarrota y los relucientes y febriles festivos: Año Nuevo, el nacimiento de Washington, marzo, abril, junio y agosto. El resplandor del Día de los Caídos en mayo, el chillón Cuatro de julio y todo el flamante resto. Anoto quién debe comparecer dónde, pongo un círculo cuando se presentan y el caso queda cerrado, y dibujo una flecha gruesa donde estoy decepcionado. Mis calendarios son como mapas y yo soy la secretaria del propio año, estoy al corriente de todas sus citas.

La tienda tiene el aspecto de haber sido otra cosa; la fuente de sus propios calendarios, quizá, algo como una licorería o una agencia inmobiliaria. Nunca fue nada de eso. Siempre fue lo que es ahora. Igual que las otras dieciséis oficinas de agentes de fianzas que hay repartidas por las tres manzanas alrededor de la comisaría de policía y los tribunales municipales y federales. La arquitectura de la fianza es la del escaparate bohemio, la de la iglesia negra. El ayuntamiento nos prepara un referéndum para el año que viene, una propuesta de emisión de préstamo que permitiría construir un nuevo complejo judicial en un solar libre cerca del estadio. Si se aprueba, tendré que mudarme —sigo siendo nómada— y si no logro agenciarme el pequeño colmado al que le he puesto el ojo, lo que montaré será exactamente igual que este sitio, una réplica como una pequeña atracción turística. No estaría cómodo trabajando en uno de esos sitios de cromo y escay para directores de banco con grandes plantas verdes con hojas cortadas y acuarios luminosos con peces iridiscentes. Necesito un escritorio de madera como el de la sala de profesores de un instituto, sillas plegables para jugar al bridge, teléfonos negros y bajos, un sacapuntas en el dintel de la ventana, papeleras metálicas verdes, un linóleo sucio, paredes en las que pueda clavar chinchetas para colgar mis calendarios y un suelo liso que pueda soportar mi pequeña pero pesada caja fuerte. Necesito un retrete y un lavabo en la ubicación donde antes había un armario, un techo desconchado y ceniceros de cristal baratos, enchufes para estufas y un travesaño por encima de la puerta como el lugar donde ponen el aire acondicionado en una barbería. Y sitio para mi arsenal. (Estoy armado. Tengo lo mismo que los policías: pistolas, una maza, un casco, esposas, un rifle, una porra, hasta un chaleco a prueba de balas.) Y estanterías, por supuesto, para mi biblioteca de estatutos de las tres cuartas partes de los cincuenta estados en los que la puesta en libertad bajo fianza sigue siendo legal. Como una clínica para los pobres, hay algo feo y ligeramente voluntario en el aire. Y duro.

Y este es mi aspecto: paso de los cincuenta, tengo una calvicie que da la imagen de una bandera hecha harapos, hay algo plácido y baboso en mi jeta,

como unos gustos sexuales retorcidos quizá, que se ven satisfechos dos veces al mes, digamos que con chavalas negras de catorce años, con mi polla apuntando a la luna, desgarrada por las mareas, y aquí el menda las engatusa, y no les da el billete de cincuenta que les ha prometido, sino uno de cinco que no les llegará ni para cubrir gastos, y una patada en el culo de mirlo si la chiquilla lloriquea, el poder y el cinismo reflejados sobre mi careto municipal y en mis ojos, lo que me coloca más allá de la ley, de represalias o de reparaciones, el semblante del maleante, el físico de la ferocidad respetable, como un cazador que bebe whisky. Verán, tengo un aspecto profesional, un cruce entre revisor del tren y ayudante del sheriff. Uno se puede ver en los cristales de mis gafas de sol como en los espejos que deforman en la feria. Mi imagen es esta, la reputación que propago con el cliché de mi cara, mi impasibilidad, los rasgos que le he acabado imponiendo a mi rostro a base de entrenamiento. Porque la verdad es que el matón medio admira al impasible: le encanta el aire anestesiado del ayudante, el maquillaje sobrio del juez que lo envía a la horca. Hay que darle al público lo que quiere; el cliente siempre tiene razón. Sí, y los negocios nunca han ido mejor. No me puedo quejar. Ya pueden gritar para que se mantenga el orden y se respete la ley, que chillan por la inseguridad en las calles como la alarma de un leproso. Nuestra época, venga, brindo por ella. Por las rutas complicadas del tráfico de la droga, por los papeles de LSD, por las ganas de vengarse de la gente a medida que florecen las discrepancias y las injusticias sacuden la tierra como fallas subterráneas. Por la conquista de la luna y la confusión de las prioridades. Por la tele en el gueto y la publicidad en las revistas de papel maché y por los motores, sean cuales sean, que inflan las expectativas como una erección y que hacen que los hombres se suban a una pared y bajen por otra. ¡Por los tiempos difíciles y nuestra edad de oro de la sangre!

Cada mañana, estoy a las ocho y media, en el pasillo del tribunal municipal, media hora antes de que el juez empiece el procedimiento contra todos aquellos que hayan sido detenidos el día antes. Huele a desinfectante, aunque yo hace años que no lo huelo, igual que no le noto el sabor a nada, los sentidos gemelos erradicados hace tiempo por el amoníaco, por todos los venenos de la limpieza (tampoco le noto el sabor al alcohol que ofrezco a los abogados para brindar con ellos, ni siento el calor aunque diga oh y chasquee los labios y me aplauda con las manos la barriga con mi sed de pantomima) que emiten sus vapores en los cubos, con los viejos y pesados escurridores descoloridos como los propios cubos, como las fregonas y los palos de un gris desteñido.

Veo a mis colegas, los otros agentes. Confieren cuestiones con abogados, se acercan a los parientes, esos pobres patéticos que se presentan aquí cada mañana, los rostros cambian a diario pero de algún modo son los mismos, las preguntas siempre las mismas, las quejas, los lamentos por las horas de salario perdidas, incapaces de valorar estas breves vacaciones, mientras sus

hijos se desmadran en el pasillo bajo la mirada tolerante de los guardias. (¿Pueden desconchar el mármol o dejar marcas sobre esta dura propiedad pública?) Está prohibido fumar, pero el Fenicio fuma, sin notar el sabor aunque su tos parece traicionar los efectos —es como si estuviese destinado a tener cáncer de pulmón—, como el novato en la playa que no nota el sol pero que por la noche le quemará y lo dejará rojo como los días inútiles de mis calendarios.

Aunque estoy aquí desde las ocho y media, al separarme de los abogados o de los grupos de parientes, al ir a la deriva por el pasillo entre multitud y multitud, en cierto modo, logro dar la impresión de haber llegado más tarde que el resto, de haber hecho una serie de entradas sucesivas, con la falsa autoridad del que está habituado, del veterano. Es solo aquí donde fumo, donde nadie más puede. (Me ocupé del guardia. Empecé a darle cien dólares al año por la licencia hace tiempo. Me lo deduzco de los impuestos, un gasto profesional, el tabaco también.) Me desplazo por el pasillo abarrotado, juzgando a los detenidos aún invisibles por la impresión que me causan sus familias, metiendo la nariz en todos y cada uno de ellos, determinando por adelantado qué clientela buscaré, cuál evitaré. Me gusta ver a la familia aquí porque eso significa que hay raíces, fuertes lazos comunitarios, y reduce el riesgo de que se escaqueen, aunque demasiada profundidad en el banco de los acusados tampoco es lo ideal. Una buena mezcla es lo que más me gusta: un hermano o un cuñado que ha venido con la mujer, un primo hermano tal vez. Un padre o una madre solos están bien, hasta una novia, si es atractiva, o uno o dos hijos, si se portan bien. También me fijo en el abogado, diferencio al picapleitos del tímido, el hombre que ya está enterado, o aún mejor, ese que solo viene una vez al año, que no viene a menudo por aquí. Es el tipo al que saludo con la cabeza, como si estuviera haciendo una apuesta en una subasta, pese a ser más amable con los otros. Es con mis colegas agentes entre quienes causo más impresión, los distraigo, aunque de vez en cuando hay negocios de los que tenemos que discutir realmente, algo tan gordo que tenemos que dividirnos los riesgos. Pero sin quedarme demasiado tiempo en ningún sitio, me hago una idea de lo que quiero mariposeando como un tipo en una fiesta que va barajando ofertas.

Dan Tucker está aquí, un hombre guapo con canas, más alto que la media docena de agentes que lo rodean, que le dan conversación, intentando averiguar qué hace un importante abogado empresarial como él en los pasillos. Me ve y me saluda con la mano.

Dan y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Durante la década de los treinta, él corría detrás de ambulancias, llevaba divorcios, redactaba testamentos, cerraba casas. Fue en este mismo edificio en el que sucedió, en el que yo me inflamé. En los años treinta, se robaba pan, se mangaban jerséis en invierno y botas de agua en la estación de lluvias, barriles de gasolina. Quienes robaban en tiendas eran hombres, cazadores prácticamente. Una época amable, la Depresión. Y fue así, no recuerdo la fecha exacta, cuando

un día de invierno, un día gélido que seguía a otro día aún más gélido, estaban todos allí, en masa: los ladrones de pan y de jerséis, o por lo menos sus parientes, los ladrones de pan y los mangantes de jerséis y los que saqueaban gasolina, toda esa panda de cacos por condición, bandidos por pura necesidad sin un gramo de maldad en su cuerpo; más bien lo contrario, el corazón tierno como el hígado crudo, o sus parientes, es decir, la carga patética que depende de ellos. Estaba el viejo Dan Tucker, igual de bien vestido que ahora, era el más elegante con su traje de graduación, pero había ido tanto para pescar a un cliente como para calentarse, ¿entienden? ¿Quién le habría podido pagar? No había de dónde sacar un estipendio ni entre toda aquella triste pandilla junta, por no hablar de unos honorarios completos, y por eso Dan estaba mejor allí que en la calle, probablemente para darle al pico con algún colega, aunque no había más abogados (así de achuchada estaba la cosa, tanto que con las averías no se llamaba a ningún manitas, la miseria no quiere compañía) y que, por más elegante que fuese, se lo veía un poco triste, si los tiempos no cambiaban pronto, algún día lo pillarían robando un mendrugo de pan o un abrigo, y no había muchos agentes de fianzas precisamente, porque es un oficio que sigue las fluctuaciones del humor. La libertad y el latrocinio van de la mano, creo, independencia e indecencia, esperanza y especulación, exaltación y expolio. Así que prácticamente no había garantes, puede que uno o dos de la vieja escuela de los locos años veinte, perplejos, ahora que la Ley Seca ya no existía y que los ajustes de cuentas entre bandas rivales iban a la baja. Total, que el Fenicio está cabreado, está que arde, y, cuanto más cabreado está, más necesidad tiene de hacerse un oasis. Lo tendrá. Que se haga un oasis en este desierto del mal humor, en este tedio arenoso de la escasez de delitos.

—¡Atención, atención! —estalla como un volcán—. Formen un círculo. Las embarazadas aquí y los huérfanos allí, los huérfanos más pequeños que se acerquen más a los radiadores, los huérfanos más altos que cojan de la mano a los más pequeños, sed como guantes para ellos, eso es, bien. Ahora los febriles a este lado y los que tosen a este otro. Pongamos un poco de orden aquí. ¿Dónde están mis personas mayores, mis madres viudas y mis padres gaseados? Bien, de acuerdo, perfeccionen el círculo. Ahora el resto de ustedes ocupen un lugar según su humor, desde la desesperanza hasta la cólera como el do re mí. Los inocentes a continuación, los que han sido acusados falsamente, todos esos casos de confusión de identidad y personas cuyas coartadas resistirán al examen del tribunal. Atención, atención. ¿Tú eres huérfano, muchacho?

—No, señor.

—¿Quién está dentro por ti entonces?

—Mi hermano, señor.

—Ponte al lado de ese huérfano alto. Atención, ¿estáis en vuestra posición? ¿Estáis bien ordenados? —Se mueven un poco—. ¿Está bien orquestada tu leve conexión con la culpabilidad? Luego lo verificaré, pero

por ahora creeré en su palabra. ¿Me dan su palabra? ¿Me la dan?

Asienten, excitados.

—Bien. Atención. Dentro de unos minutos empezarán las vistas. Dejarán entrar a sus padres, a sus amigos, pero no los dejarán salir. Es la cárcel para los pobres, pan seco y agua para los que están pelados. Yo soy Alexander Main, el agente de fianzas, y me necesitan, ¿vale? ¿Ven a ese hombre? ¿Al hombre alto con traje de rayas? ¿Lo reconocen? ¿Saben quién es? Lo tienen en la punta de la lengua, ¿verdad? Lo conocen. Un pez gordo, el más grande. Leen su nombre en los periódicos antes de metérselos por debajo de la ropa para protegerse de las corrientes de aire. Va a los clubs nocturnos. Su foto sale en las columnas. Le han hecho más retratos que cenas calientes han tenido ustedes. Ahora su hermano está dentro, lo tienen los polis. Lo separan de su gente, de los hombres valientes que roban para darles de comer y para vestirlos. Ahora está con ellos, pero no lo estará por mucho tiempo. El juez le impondrá su fianza y yo la pagaré. Un tipo lo bastante afortunado como para tener trabajo y ¿ven cómo se aprovecha? ¡Y menudo trabajo! ¿Saben a qué se dedica? ¿A qué se dedica el hermano de este hombre? Tiene un cargo importante en el equipo de los Cincinnati Reds y defrauda a la red ferroviaria y también al club. Ha hecho un trato con los billetes de unas líneas concretas y se embolsa la pasta de esos billetes. Es muy complicado, muy delicado. No lo sé, pero me parece que los defensas y los lanzadores viajan todos con billete infantil. Un dólar para la compañía y dos para su bolsillo. ¿Saben a cuánto puede subir eso a lo largo de una temporada? A miles, atención, a miles. Entonces, ¿qué es lo que hace aquí el del traje de rayas? Me ha pedido que haga de agente de su hermano. Quince mil, y tendría los medios para pagarlo él mismo, así que ¿para qué necesita venir a buscarme con mis condiciones de judío y mi comisión de estafador? Pues porque el dinero del rico está invertido, por eso. Porque el dinero del rico está invertido y se lleva más que el mísero diez por ciento que le costará pagarme a mí. Así que este hermano —si es que son hermanos, viven juntos, dicen que son hermanos— acude a mí.

»Hagan lo que hacen los ricos, capullos. Hagan lo que hacen los ricos, hermanos. Usted, señora, tiene un anillo ahí, su alianza. ¿Debería su marido pudrirse en chirona mientras el amigo del traje a rayas sale en libertad? Deme el anillo, hermano, y también avalaré su fianza. Usted me da la alianza, yo le doy la fianza. ¿Qué tiene usted? También acepto propiedades, muebles, latas de comida. ¿Quién tiene coche todavía? ¿Alguien tiene coche? Levanten la mano si tienen coche.

—Yo tengo coche. En un caballete. Los neumáticos están pinchados. No hay cuartos para gasolina.

—Me vale. Hoy su marido estará con usted en el paraíso. Me vale. Hecho, atención. ¿Quién más? ¿Alguien más? Pianos, entonces. Un violín. Una reliquia de familia, tal vez, de los viejos tiempos. Un tapiz, colecciones de sellos, una canción rara que le enseñó su abuela. Mamones, hermanos, aquí

su señoría viene porque no puede desbloquear su capital. Son sus maridos, sus hijos y sus padres a los que ustedes no podrán desbloquear. Si este cabrón rico se niega a tocar lo que es su capital… (Sí, son hermanos, deben de serlo, de repente, bajo esta luz, les veo parecido) Ustedes tampoco tocarán el suyo que es carne de su carne. Aquí hay bolígrafo, aquí hay papel. Escriban lo que tienen, hagan una lista de lo que queda, de lo que están dispuestos a intercambiar por sus seres queridos.

Y se pusieron manos a la obra. Esa buena gente de familia se puso manos a la obra y yo tomé posesión de sus bienes. Y el viejo Dan Tucker se quedó allí mirando sin hacer nada. No puso ni una pega a nada de lo que dije. Dan y yo nos conocemos desde hace mucho.

Va a empezar la vista y entramos en fila.

● ○

Escasas ganancias hoy. Basket y Farb me han hecho perder el tiempo y Dan Tucker solo ha venido a hablar con el secretario judicial. Salvo lo que puedo, recluto a la ladrona de Farb y a algunos gamberros —unos doscientos cincuenta, doscientos setenta y cinco pavos, en total—, luego me voy a mi despacho, llamo a la centralita de la Universidad de Cincinnati y le doy la extensión a la operadora.

—¿Diga? —responde una secretaria. Yo le guiño el ojo al mío.

—Su homóloga, señor Crainpool —le digo, tapando el altavoz con la mano—. Póngame con el rector, señorita.

—¿De parte de quién, por favor?

—Soy su agente de fianzas.

—¿Quién?

—Oiga, señorita, aquí el agente de fianzas del rector de la Universidad de Cincinnati.

—El rector está en una conferencia —me explica con voz inquieta.

—No me molesta.

—No se retire, por favor. ¿Es importante?

—Es cuestión de vida o muerte —le digo encogiéndome de hombros.

—¿Podría darme su nombre, por favor?

—El Fenicio. Dígale a ese maestro de escuela que el agente de fianzas el Fenicio quiere decirle cuatro cosas.

Al cabo de pocos segundos, está al otro lado de la línea. Conferencia finiquitada.

—¿Sí?

—¿Doctor?

—¿Sí?

—Me he enterado de los problemas, doctor, y le llamo para ver si puedo hacer algo.

—¿Los problemas?

—Estoy abonado al periódico del campus. Me lo traen exprés en taxi. Habrá sentadas, ocupaciones, movimientos que podrán leerse según la escala de Richter. La organización de los estudiantes negros prenderá fuego a las casas de fraternidades y chamuscará las sororidades. Los Weathermen ocuparán el laboratorio de meteorología, como su nombre indica, habrá alfileres en los ordenadores, sangre en las pizarras. Quemarán las notas de los profesores, arrancarán las barandillas de la cantina y echarán herbicida al césped artificial. ¿Cómo? ¿Quiere reírse? No tardarán en llegar las detenciones en masa. Los alumnos de las clases nocturnas tienen ganas de pelea.

—¿Los alumnos de las clases nocturnas?

—Quieren que los profesores se echen la siesta. No están frescos en las clases de la noche. Necesitan afeitarse, dicen, no llevan el traje bien planchado.

—Oiga, ¿quién es usted?

—*Mene, mene, tekel, upharsin*†. Si no lee el periódico de los alumnos, al menos pruebe a leer la Biblia. Soy Alexander Main, el Fenicio, vendedor de fianzas al aparato. Escúcheme, doctor, la Universidad de Cincinnati es una universidad popular. Uno no sabe qué es la pasión hasta que no la ha olido en el aliento de las clases inferiores. El chaval de clase media, está haciendo el tonto, no pone el alma. El alma la tiene en la máquina de discos, en el depósito que ha pagado para un billete para irse a Europa. Piense un poco, ¿de dónde vienen los grandes problemas? De los establecimientos públicos, de los municipales. De los latinos y los chicanos, rector. Yo estoy al tanto. La Universidad de Cincinnati es la mayor universidad municipal del país. Parece un pozo de petróleo, un día va a explotar. Ya huelo el humo. Llega la policía estatal, la guardia nacional. En Fort Benning, ya han puesto en marcha los motores. ¿Está preparado para todo eso, doctor? ¿Dónde estará cuando se fundan los plomos? Ya se lo digo yo, lo ha oído aquí por primera vez, yo creo que les han echado el ojo a unos dos mil quinientos muchachos. ¿Cuánto valdrá su puesto de cuarenta y cinco de los grandes al año, cuando tenga a dos mil quinientos estudiantes que no pueden pagarse la fianza?

—Pero ¿de dónde ha sacado eso? Nunca había oído nada igual.

—No, claro que no. Yo espero al lado del aparato. A solas junto al teléfono, esperando el ring, el tilín. Pensaba que, a estas alturas, usted ya habría iniciado sus preparativos. Pero no, cada día vuelvo después de comer y le pregunto a mi secretario, el señor Crainpool: «¿Ha llamado ya el rector, señor Crainpool?». Él responde que no. Llamo a la compañía telefónica. «¿Funciona bien la línea?». Me dicen que cuelgue, que ahora me llaman. ¡Las campanas de Santa María, rector! Alto. Claro. Despertarían a los muertos. Y yo sé que en el fondo solo es el servicio de la compañía Bell de Ohio, pero pienso, no, a lo mejor esta vez es el rector de la Universidad de Cincinnati que me llama para hacer negocios conmigo. Le hago un gesto al señor Crainpool para que no conteste él. «Ya lo cojo yo, señor Crainpool»,

le digo, «esta vez podría ser la buena». Cojo el teléfono. «¿Este es el seis siete ocho cinco cero uno dos?». Todas mis esperanzas se desvanecen, adiós, dicen las cuerdas de mi corazón. «Se oye bien», le digo. «Bien», responde. «Corto y cambio», me despido.

»Pero ¿sabe? Mentí, le dije una mentirijilla al puto departamento de reclamaciones de la compañía Bell de Ohio. Porque no está todo bien. *Pas de* trato con la universidad. El rector no efectúa sus preparativos. ¿Usted juega al golf, doctor? ¿Cuál es su hándicap? Espere, yo se lo diré. *¡Su hándicap es que cuando la broma le salga por un ojo de la cara, usted no sabrá dónde meterse!* Haga el trato, mi querido doctor en Filosofía. Veinticinco mil muchachos a una media de trescientos dólares por fianza. Eso son tres cuartos de millón de dólares, doctor. ¿Quién va a aprobar ese dineral? ¿Su consejo de administración? ¿Con la política que tienen? «Que se pudran en el calabozo», dirán. Muy bien. Y, a partir de ese momento, el mundo puede despedirse de la Universidad de Cincinnati. Después de todo lo que ha hecho usted. Todo ese trabajo al garete.

»Bien, seamos serios, hablemos de negocios como personas serias. Yo solo no puedo coger a dos mil quinientos muchachos. No es una cuestión de dinero, probablemente podría reunir los fondos. Un agente de fianzas tiene contactos con compañías de seguros, asociaciones de prestamistas, a veces, incluso, puede conseguir la aprobación de los bancos. En algunas circunstancias, no habría límites. Así que no es una cuestión de dinero. Es el número. ¿Cómo puedo tener controlados a dos mil quinientos locos? No puedo. Es humanamente imposible. Desde el punto de vista estadístico, está fuera de cuestión. Lo siento, es así, no hace falta discutir. Pero le diré lo que voy a hacer. Haré que salgan quinientos. Es pedir demasiado, pero lo haré. Trabajo al límite de mis fuerzas, pero no se preocupe. Querré una provisión de honorarios de la universidad. Un dólar por cabeza.

—No me lo puedo creer. ¿Es usted realmente agente de fianzas?

—Treinta y ocho años en el mismo sitio. Bien ubicado, cerca de todos los tribunales y muchas cárceles. Mire, haremos lo siguiente. Voy a hacer que redacten un contrato. El señor Crainpool lo llevará a la universidad en persona. Si le gusta lo que ve, lo firma. Si no, no lo haga y no habrá gastado ni un centavo. Tendrá una copia del contrato en veinticuatro horas. Claro que para mí será un poco precipitado, pero tenemos que espabilar, rector, se nos va a caer el cielo encima.

Cuelgo el teléfono, cojo el contrato que ya he sacado de mi escritorio, lo firmo, hago que lo refrende el señor Crainpool y le pido que lo lleve a la universidad mañana cuando venga de camino al trabajo. El señor Crainpool vive cerca. Una carta muy respetuosa y considerada acompaña el documento, estableciendo nuestras responsabilidades mutuas. Lo más probable es que de esto no salga nada, pero, en estos tiempos, ¿quién puede asegurarlo? Es verdad que recibo el periódico del campus; algo como lo que le esbocé al rector podría suceder. Un agente avispado siempre se adelanta a

los acontecimientos.

—¿Qué hay de nuevo, señor Crainpool? ¿Ha surgido algo mientras estaba en el juzgado?

—No.

—¿Nada de nada? A veces la más pequeña investigación o el dato más insignificante pueden desembocar en las acciones más grandes.

—Nada, señor.

—Pero ¿dónde están todos los putos delitos que oigo que se cometen en las calles? A veces pienso que la gente no arrima el hombro.

—No, señor.

—Nos están decepcionando, señor Crainpool.

—Sí, señor.

—¿Se acuerda de cuando Covington estaba en pleno auge?

—Ah, sí.

—Es a lo que esto me recuerda ahora.

Covington está al otro lado del río Ohio, en Kentucky. Antes de que hicieran limpieza hace unos años, era la ciudad más salvaje de Estados Unidos. Juego, garitos de striptease, bares abiertos toda la noche, burdeles, de todo. Puede que fuera la única ciudad pequeña del país con gabinete de prensa propio. Solían publicarse artículos con regularidad en las revistas masculinas —«Covington, Kentucky: capital del pecado, USA»—. Era tremendo. Tremendo, pero fue una ilusión óptica. El crimen organizado, con él podías morirte de hambre. El único agente de fianzas que había en la ciudad se me quejaba. Cruzaba el río para cantar el blues. Cuando se vino a vivir aquí, le dije: «Harry, pierdes el tiempo en las afueras. Nunca dejará de ser una colina de mierda. Es el dinero del sindicato del crimen, el dinero de la familia. Este no es lugar para los pequeños».

—Abotónese el jersey, señor Crainpool, haga el favor. ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

Me gusta que parezca que tiene frío. Le da un aire de empleado de Dickens y contribuye al ambiente del lugar. Hasta le hice un taburete alto para que pueda sentarse en él cuando entre un cliente en el local. Se pone unos de esos brazaletes sobre la camisa y una visera verde. Intento que se ponga una bufanda, pero es alérgico.

—Tiene que llamar a Edna —dice el señor Crainpool.

—Es verdad, señor Crainpool. Gracias.

No hace falta que el señor Crainpool marque el número por mí; lo recuerdo. Ay, mi cabeza plana de fenicio, mis ojos definitivos, paradigmáticos, como si estuvieran recortados en una máscara. Todos mis rasgos arqueológicos como perfiles de pájaro con pico: las repisas de mis labios profundas como alféizares de ventanas, mis orejas, hacia atrás, como si me las peinara. Toda esta información en mí, mi rostro hecho para el recuerdo, mis ojos negros que pueden contener acusación y desprecio, espaciosos, flexibles como el infinito de configuraciones que puede adoptar

el interior de los aviones. Pues claro que recuerdo el número.

—¿Está despierta Edna, señora Shea? ¿Cómo, aún no me reconoce la voz? ¿Ni a mí, después de llamar a su hija tantas veces después de tantos meses? Bueno, si es que no, pues no. Es usted una buena mujer, señora Shea, la mala fortuna le dio a su hija y su cruz… ¿Cómo dice? … No, no soy el padre, señora Shea, soy el señor Main. ¡Gracias a cuyas oficinas su hija duerme bajo su techo y no en una celda olvidada de la mano de Dios, ni se pasea por sitios por los que usted y yo sabemos que no debería! ¿Sería tan amable de despertarla por mí, señora…? ¿Edna? Alexander, Edna. Mamá me dice que estaba usted en la cama. Así que ha estado tomando esas pastillas, ¿no, Edna? Muy bien, corazón. ¿Cuántas le quedan? ¿Cómo? Entonces vaya a comprobarlo enseguida, cerda asquerosa. Espere. Páseme a mamá. ¿Señora Shea? ¿Se ha acabado Edna el frasco que le dejó el señor Crainpool? ¿Cuántas…? ¿Tantas? Edna, desalmada, mamá le dice al tío Al que aún quedan doce comprimidos en el frasco. No se ha estado tomado la medicación, querida… Oh, vaya, tiene la lengua muy suelta para alguien que debería estar tomando tranquilizantes. No se ha tomado su medicación, Eddy. Sí, no hace falta que me ponga esa voz de no sé dónde estoy. Ha venido al teléfono muy deprisa. ¿Quiere que vaya a por usted, chiquilla? ¿Quiere que me ocupe de usted? ¿Quiere que le meta la lengua en un baño de ácido, o que le lleve el cuchillo a las papilas gustativas? Eso le iría muy bien, ¿verdad, querida? ¿Es que no tiene ni idea sobre el apetito, una chica que lo tiene tan insaciable? Reflexione, corazón, aunque supere esta acusación y vuelven a dejarla salir a la calle, no podría ni oler los patios. Se frotaría contra la primera valla que encontrara. Triste, muy triste, mi niña. Esperaría el descanso y cuando sonara la sirena, se daría cuenta de que es la valla de una fábrica.

—Me hacen dormir —lloriquea Edna—, no me dejan pensar. Me atontan.

—¿La mnefenedrina? La relaja, bonita. Le impide que se vaya a las estaciones de autobús y a las grandes autopistas, y el tío Al no tiene que preocuparse por usted. Disfrute de las pastillas. Haga como si estuviese de vacaciones.

—Me ponen nerviosa.

—Está bien, Edna, si no piensa cooperar, tendré que enviarle al señor Crainpool con el suero para el catarro. No me deja otra opción. Una inyección y moqueará hasta que llegue el juicio. Tendrá la cabeza pesada. La garganta le picará como si tuviera ortigas. ¿Es eso lo que quiere, reina?

—Si no voy a ir a ningún sitio.

—Mamá, ¿sigue al teléfono?

—Aquí estoy.

—Dos comprimidos para Edna hoy. Uno con el zumo de naranja, otro por la noche. Métaselos usted en la boca para asegurarse de que se los traga. Bien, Edna, escúcheme, querida, solo son dos semanas más. Haga lo que le digo. ¿Cree que lo único que hago es proteger una inversión? Me gusta su

estilo, pequeña. Me intereso por su caso. Hace honor a los desviados, cariño. No me gustaría ver a un espíritu innovador como el suyo encerrado con una panda de tipas duras. Todas tienen la menstruación, Edna. Todas las nenas del *putitenciario* —sí, así lo llamo yo, hija, el «putitenciario»— de Ohio están cubiertas de sangre. Un olor tan fuerte que atravesará el suero del señor Crainpool. Se lo digo, Eddy, el Estado reparte compresas. Los retretes están completamente atascados. Huele más a huevo allí que en todas las mesas de desayuno del mundo. ¿Quiere ir a un sitio así? Bueno, deje de llorar, Edna; sea fuerte, pequeña. Solo le estoy poniendo las cartas sobre la mesa, le hago ver aspectos que puede que le hayan pasado por alto. Usted tiene un buen abogado. Con su historial psiquiátrico, no tiene nada de qué preocuparse. Tiene muchas probabilidades de que no la encierren; seguirá un tratamiento aquí en Cincinnati. ¿Sabe dónde está la clínica, Edna? He reservado lo mejor para el final, querida. ¿Se hace una idea de dónde construyeron esa clínica, Edna? ¡Justo al lado de un parvulario! … Por supuesto que no es broma, claro que le digo la verdad. Tómese la pastillita, tesoro. Vuelva a meterse en la cama. Dentro de dos semanas la despertaremos y la llevaremos al tribunal. ¿De acuerdo? Diga que sí, corazón. Dígame que vale.

—Vale.

—Bien. Me lo ha prometido, Edna. Me lo jura, bollito. Ahora duerma, cariño. Buenas noches… Mamá, ¿sigue usted ahí? El zumo de naranja, mamá. Vaya a buscarlo, por favor.

El señor Crainpool esboza una sonrisa cuando cuelgo el teléfono.

—No existe ese suero —dice.

—¡Porras, señor Crainpool! ¡Esto es intolerable! ¿Conque escuchando mi conversación privada?

—No era privada, era una llamada de trabajo.

—Sóplese en las manos. Abotónese el jersey. Haga ver que tiene frío.

—Es casi abril.

—Ahí fuera, señor Crainpool —le digo señalando las persianas venecianas, que están tan cerradas que las lamas conforman un sólido muro cremoso—. Ahí fuera es casi abril. Aquí es la Edad Media. Hay pena de muerte, los hombres languidecen por deudas en el trullo, los ahorcan por un caballo robado, por practicar la caza ilegal, por birlar una hogaza por amor. Cabezas cortadas, si usted pudiera verlas, cuelgan a la intemperie en lo alto de las astas que rodean el estadio de Riverfront en lugar de los banderines de la liga nacional. La cabeza del verdugo como una bala negra en su capucha. Sí, y la clase nos divide tanto como el escalpelo del cirujano. Nos separa a la derecha y a la izquierda, como el mar ante Moisés. Come usted demasiado, señor Crainpool, está demasiado bien alimentado. Reduzca los almidones y las salsas. Esté usted lánguido y demacrado, si es tan amable.

El señor Crainpool se ríe por lo bajo. Su maestro es un vejestorio estrafalario.

—Corte la risita, Crainpool. Hablo de la imagen. ¿Cómo cree que quedarían aquí unas velas? ¿Le parecería un poco demasiado? ¿Eh? Ah, bueno, quizá tenga razón. Debemos aprender a conformarnos con lo que ya tenemos: los tubos fluorescentes, agua corriente y las decisiones del difunto pero poco lamentado juez Warren.

Se abre la puerta y suena una campanilla. Como en una panadería o en una antigua tienda de caramelos. Me imagino que mis clientes no se fijan mucho en esto, pero quizá les impresiono de manera subliminal.

El señor Crainpool, tal como yo le he enseñado, garabatea vigorosamente un libro de contabilidad. Levanto la vista tan tranquilo y saludo al recién llegado, un hombre con un abrigo informal de cuadros, camisa y corbata llamativas pero conjuntadas, con la vuelta en sus pantalones de campana, a la última. Lleva el pelo rapado como un militar y, a ojos de todo el mundo, tiene pinta de policía fuera de servicio. (No es ninguna crítica. A mí me gustan los polis, pero a veces tienen un aire vacío. Ese aire que tienen de concentración que procede de tener que recordar el texto, el vocabulario tan poco natural que les han endilgado, con esa dicción abyecta y plana de su oficio, teniendo que pronunciar palabras como «negrata», «supuesto» y «sospechoso», hoy en día hablando cada vez más para la Xerox y el magnetófono, para los archivos y para la opinión pública. Y ese sentido de la orientación que tienen, siempre deben estar orientados, siempre se pasean como si fueran brújulas humanas, conocen las avenidas, forzados a pensar en términos de este y sur, su izquierda, mi derecha: es por eso.) Así pues, este tipo parece despistado. Los recibimos a menudo aquí. Nos dan el soplo sobre redadas y, a veces, nos consultan acerca de la naturaleza de las acusaciones que hay que presentar. Lo que es confabulación en un caso, es cortesía profesional en otro. (Pero nosotros no les gustamos a los polis. Envidian nuestros poderes, más fuertes que los suyos, cuando se trata de arrestar. Nosotros no tenemos que lidiar con las dificultades administrativas de la extradición ni llevar pistolas tan a la ligera como si fueran tarjetas de crédito.)

—Buen día —lo saludo en tono agradable.

—Buen día tenga usted también.

Este hombre no es policía.

● ○

—Levante las persianas, por favor, señor Crainpool. Un poco de sol en este lugar hostil. Me había engañado, bribón.

—¿Usted es el Fenicio?

—Soy Alexander Main, agente de fianzas y garantías.

—No soy de este estado.

—¿Se ha perdido?

—Soy de la Mafia, papá.

—La Mafia, no vea.
—¿No vea? ¿Así es como les habla a los mafiosos?
—Como descuelgue el teléfono rojo, nunca más hablarás con la boca así. Yo y el Don de todos los Don, somos así. Yo lo llamo Donny. Pórtate bien. La buena gente no entra de la calle una bonita y soleada mañana y dice «soy de la Mafia, papá». ¿Quién eres, hijo? ¿De dónde eres?
—De Chicago. Me llaman el Golfista.
—Conque el Golfista. ¿Y qué tiras?
—Gente —decimos a la vez. Me vuelvo hacia el señor Crainpool—. ¿Ha oído usted este diálogo, señor Crain-
pool? ¡Menudo negocio es este! Cuanto más me acerco al hueso, tanto en el sentido de la vida como en el de la muerte, más saladas son las conversaciones. Picantes. Se podría sazonar la carne con nuestros intercambios.
Es verdad lo que le digo al señor Crainpool. Mi profesión me invita a tener conversaciones coloridas. No vayan a pensar que me divierte. Soy un hombre serio; esa cháchara me parece de mal gusto. Cuando termina el día, nada me gusta más que preguntarle a mi vecino cómo está, oír que me responde que está bien y yo decirle lo mismo, intercambiar lo que sabemos del tiempo, ser agradables, un poco distantes y aburridos. Dejemos la poesía para los poetas, el estilo para los escaparatistas. Soy viejo. Debería tener nietos. Pero me vuelvo al joven que un día se cansará, si es que sobrevive a su aprendizaje, de estas emociones baratas. Esto es un negocio. Ha venido desde Chicago y espera un servicio a cambio de su dinero.
—Bien —le digo—, eres de la Mafia. ¿Qué quieres, poner una máquina de discos aquí? ¿Tengo que cambiar la cerveza que he estado sirviendo hace treinta años? ¿Qué?
—Hay un tipo en la ciudad. No sabemos dónde está, pero la pasma sí. Se dejará pillar. Queremos que tú apoquines.
—¿Qué? ¿Por tu cara bonita? ¿Lo ha oído, señor Crain- pool? Yo pongo la pasta de mi bolsillo, si es que el tipo puede ser liberado bajo fianza, y entonces el Golfista, aquí presente, se lo lleva a un hoyo, y cuando el vándalo no comparezca en el juicio, me quedo a dos velas.
—No te quedarás a dos velas. La poli no sabe dónde se mete. Su fianza no subirá de unos miles de dólares, cinco mil. Te avanzaremos el importe. Tú te llevas quinientos pavos.
—Mi joven amigo, no. No busco clientes.
—Señor Main, es un teatrillo —dice con dulzura.
Ah, es muy siniestro.
—¿Por qué no lo ha dicho para empezar? Si es un teatrillo es otra historia. En ese caso, mi comisión es del treinta por ciento.
—Yo pago esta ronda —dice para manifestar que está de acuerdo—. Le pondré al tanto.
—Ya he leído el libro y he visto la película. Su contacto llama a mi

contacto, que me dice que su muchacho está detenido. Es estrictamente al margen de los otros agentes, yo consigo verlo el primero, pido la fianza y él sale a la luz del sol. Es libre.
—Cien por cien.
—Pues serán seis mil quinientos dólares, por favor.
—Cobrarás con la entrega.
—¿Con la entrega?
—A ver, Fenicio, señor Main, yo soy un joven ostentoso. Conduzco coches rápidos. ¿Cómo quedaría si la poli me pillara por exceso de velocidad y me encontraran con seis mil quinientos dólares encima? Usa tu *keppeleh*. ¿Sabíamos que eras tan duro negociando?
—Los negocios son duros, y yo los gestiono con dureza.
—Claro, claro. Te pagaremos. La fianza más el treinta por ciento. Por correo certificado. No hay nadie más honesto que un hombre del Sindicato.
—Excepto por el exceso de velocidad —le digo.
Pero la sensatez está del lado del hombre joven. Nos damos la mano y se va. La campanita de panadería suena detrás de él. El señor Crainpool me mira con reproche, tiene la mirada triste, como si tuviera dolor de muelas.
—¿Algo va mal, Pepito Grillo?
—No, señor.
—¿Qué pasaría si yo lo rechazara? Lo haría Fetterman, o Klein. O Adams. No seamos más papistas que el papa.
—No son más que mil quinientos dólares después de la incomparecencia.
—Vaya, ya veo por dónde va. Está bien señalar a un hombre, siempre y cuando nos llevemos una buena suma. Señor Crainpool, muchacho mío, yo no me llevo tanto. Si le preguntan cómo lo hago, dígales que es por el volumen extraordinario de mis negocios.
—Bien, señor.
—Nosotros preferiríamos ser un banquero bien vestido. Preferiríamos ocuparnos de negocios discretos con unas copas en el club. Corazón a corazón, de hombre a hombre, acuerdos entre caballeros y un apretón de manos entre amigos. Nos encantaría la plata en la sien y un retrato al óleo en el vestíbulo de mármol, pero…
Hasta Crainpool se aprovecha de mis ritmos coloridos. Esto es lo desagradable, más que los altos vuelos y los brazos fuertes. La retórica. Ser lacónico, taciturno, el tipo silencioso. Hablar con modestia y darles las gracias a mis clientes por sus hábitos. Nada reemplazará esto nunca, ni la depravación ni los entusiasmos sórdidos ni mi conocimiento colectivo y carcomido del mundo. Hay que ver, las cosas que pasan. Mis pensamientos explotan en palabras. Se los digo a Crainpool.
—¿Conoce usted, señor Crainpool, el progreso de la duela del hígado, desde el intestino de una vaca hasta un ser humano? Eso sí que tiene tela. El trematodo se forma en la mierda y sale de la vaca a través de las heces. No puede arrastrarse ni volar. Toda su movilidad se concentra en un fin, la

acción de perforar. De modo que, como es un sacacorchos de la madre naturaleza, se hunde en la base de una brizna de hierba. Todo el resto de la boñiga muere: hasta el último microbio, hasta el último virus. Solo el platelminto, que sale de la matriz de mierda como un fénix para anidar en la base de una única brizna de hierba, solo eso sobrevive. Hasta la vaca sigue su camino, quiere poner algo de distancia entre el estiércol y su almuerzo. Bien, llegan las lluvias, brilla el sol, la hierba crece. La duela no le ha hecho daño, solo está allí por el viaje. Hasta que finalmente se encuentra en la punta de la brizna, la única parte de la hierba que tocarán las ovejas: su palma y su corazón de alcachofa. Una experta, la oveja. Y eso es lo único que esperaba el trematodo, una especie de radar sucio en él que respetara sus instintos letárgicos y le avisara a tiempo de la llegada de las ovejas: ¡Ya llegan! ¡Ya llegan! Ha estado agazapado en una emboscada todo ese tiempo hasta que la hierba ha crecido lo suficiente para ser masticada. Entonces la pequeña criatura paralizada se vuelve loca. No ha movido el culo en todo el rato que ha estado en la hierba, fíjese, pero, ahora, de pronto, salta de su silla de ruedas para caminar, correr, ejecutar putos triples y hacer un descenso hasta el hígado de la oveja, donde ha querido estar siempre, ya ve. Nada una milla, es decatleta, baila, cena, se prepara para los diamantes más brillantes, bueno para el hígado, se precipita como un acto de venganza, como un domador de potros salvajes, y envenena el pis de las ovejas, contamina el suelo en el que caga la oveja enferma. Solo que ahora ha hecho la metamorfosis, ahora es una mariposa serpiente que pica los talones de los niños descalzos que se ven en esos putos calendarios que tenemos. Es el maratón asqueroso, son las estaciones de la cruz, las jugarretas de la naturaleza.

»Y con la gente lo mismo. Lo que puede hacer la duela del hígado, lo puede hacer el hombre. Está amañado, es cosa de dos, todo delito es una cooperación. Esto es lo que quería ver. Ya lo he visto, ahora enséñeme otra cosa. Puf. Un puf fenicio allí encima.

Crainpool escucha y asiente con la cabeza, pero tiene los ojos vidriosos. No está muy interesado en mi visión de conjunto, mi Crainpool, la morfología de nuestra empresa no le dice gran cosa.

Volví a soñar con Oyp y Glyp anoche. Tal vez debería contárselo a Crainpool. Lo alegraría. Bueno, no lo haré, no. Al diablo los humores de Crainpool. Seré su naturaleza como la naturaleza es mía. Ay, naturaleza, tú que puedes enviarnos tantos sueños, ¿cuál eliges tú? ¿Soñamos con banquetes? ¿Con pícnics de tres estrellas Michelin en un mantel de cuadros extendido sobre un suave y esponjoso césped, con cestas de mimbre con botellas de vino envueltas en finas telas y unos sándwiches espectaculares de pollo en un día sin viento? ¿Con bellas mujeres que se nos entregan en un agua deliciosa, o cabalgando detrás de nosotros a pelo sobre el caballo por espléndidos paisajes? ¿Se oyen cosas ingeniosas en nuestro sueño, o la naturaleza nos ingresa millones en la cuenta, o nos amuebla la casa como nos

gustaría? ¿Nos muestra colores nuevos, nos hace oír notas nuevas o nos susurra buenas noticias? ¿Nos otorgaría buenas vistas de las estrellas en primer plano, o nos distraería con la contemplación de bestias? ¿Se encuentran en los sueños nuevas obras de arte que estudiar o el ralentí del cine ordinario? No. Es demasiado tacaña, nos envía harapos, porquería, y banales enigmas de ingeniero que olvidamos al despertar. Sería mejor que nos dejara sin sueños, pero no, la naturaleza no es así. Nos envía a Oyp y a Glyp. La verdad es que no recuerdo dónde estaban en mi sueño, pero era un lugar alto, me parece, en las montañas (aunque las vistas no eran espectaculares), por encima de las aguas territoriales de la naturaleza, engreídos, calentitos detrás de sus barbas; en la vida no llevan barba, se las han dejado crecer allí, aunque eran un amasijo de hielo y pelos, una gelatina asquerosa. Los veo desde abajo (yo ni siquiera estaba con ellos). Esas alturas no están hechas para un fenicio; Dios nos dio hombres acordes con nuestras montañas. Oyp y Glyp. Están vivos. Vivos y libres y desafiando mis derechos de extradición. Pero eso es lo que me consuela si el sueño es verdadero. Siguen juntos, y si lo encuentro a uno, los encontraré a los dos. No fue así con Evans, no fue así con Stern, no fue así con Trace. El Fenicio se dispersa, sus enemigos en la diáspora van a la deriva hacia el exterior, como el universo. Tardé años en encontrarlos. Los junté como una colección.

—¿Tiene alguna orden particular para mí hoy, señor?

—Haga sus cuentas. Actualice su inventario. Tenga al día el libro de contabilidad de mis delincuentes. Pase la página de los calendarios. Mullins se ha quedado sin aplazamientos. Podemos arrancar noviembre ya.

—Sí, señor.

—Y destrúyalo. No lo deje ahí como hizo con octubre.

—No, señor.

—No quiero ver más noviembre en las paredes, fuera.

—Me gusta bastante —dice Crainpool hábilmente— el pescador con botas altas. Se parece a mi hermano.

—Claro, muchacho, llléveselo.

Me parece que Crainpool tiene un álbum de imágenes de mis calendarios. Ese pescador no se parece a su hermano. No tiene hermano. Creo que asocia las imágenes con los delitos del mes mediante alguna técnica mnemónica. Noviembre sería un violador y tres ladrones de coches, un par de atracos a mano armada, algún allanamiento de morada, un conductor peligroso y un demente que tiró una maleta de multas de tráfico. Crainpool se compone un panorama de América a través de los pósteres de los más buscados. A lo mejor tiene razón, a lo mejor hay más conexión de lo que pensaba entre las imágenes de esos calendarios y la vida del crimen.

—Todo suyo. Sí, señor. Un suplemento.

—Sí. Gracias, señor.

—Quédese junto al teléfono, como para una maratón televisada. Cuando llame ese poli, dígale que estoy en la cárcel. Que le deje un mensaje a Lou y

le diga a quién tengo que ver.

—¿Señor?

—¿Sí, señor Crainpool?

—¿No sería mejor que contestara la llamada usted? Quizá el agente sea reacio a transmitir una información de esas características a otro colega.

—¿Reacio? Se olvida de la duela del hígado. ¿Dónde estaría la duela del hígado si le hiciera caso a la vaca o a los escrúpulos de las ovejas? Al diablo la sensibilidad y sus posibles reticencias. Estoy en la cárcel.

Cojo mi sombrero y salgo. La campanita de panadería tintinea con alegría y yo sonrío. He hecho oír al mundo mi musiquita.

● ○

La cárcel está a tres kilómetros del tribunal —una buena razón para el referéndum del año que viene— y yo voy con frecuencia. Me gusta la idea de tener lugares en los que llevar a cabo mis negocios. Tengo corazón de vendedor. Me hace salir. Hay muchos sitios así: la cárcel (y sus salas de interrogatorio donde quedo con mis clientes), el tribunal, la comisaría de policía, despachos caros de abogados, los despachos de ciertos jueces, incluso la oficina de correos (una de las mejores maneras de localizar a los que no comparecen es estar en contacto con la administración postal; tarde o temprano, hay quien acaba enviando una de esas tarjetas de cambio de dirección solicitando que le redirijan el correo a un apartado de correos determinado de una ciudad remota), las casas o pisos de sus familiares, y, cuando estoy en la carretera siguiendo a esos truhanes, el mundo entero. Yo no conduzco —sé conducir, pero no lo hago— y siempre utilizo el transporte público (se puede ver a alguien que buscabas o enterarte de alguna cosa que necesitabas saber; eso en un coche cerrado no pasa).

La cárcel es mi lugar favorito. Me relaja ir. Hay mucha mierda y adulación en este oficio. Mucho «sí, su señoría» y «no, su señoría» incluso cuando los tienes en nómina. Los abogados son los peores; se creen que somos escoria. Suministro alcohol a la mitad de los letrados de la ciudad, pero aún no ha llegado el día en el que uno de ellos me invite a una copa. Cuando sus hijos se casan, siempre les envío buenos regalos y, sin embargo, nunca he olido ninguna de esas bodas. Así que la cárcel me relaja. Allí todo son polis. Polis y cacos. Y aunque tengo el mismo respeto por los guardias que por el juez más importante o por las mayores eminencias, no sé por qué, no me importa tanto.

Es una gran construcción, diez pisos de piedra gris y barrotes tan negros que hasta se distinguen en la última planta, las barras paralelas del mantenimiento de la ley. Me encanta. Es un edificio que tararea y murmura sin cesar, los detenidos en las ventanas de los pisos inferiores les toman el pelo a los transeúntes o gritan obscenidades que llegan hasta el bloque de mujeres a través del patio. Y la que responde a voces desde el octavo piso

pidiendo clientes. Desde allí arriba, ruedan las invitaciones y promesas y recorren tanto camino que, de algún modo, pierden su fiereza, el espacio modera la voz humana. Es como si todos estuvieran fuera en la hora del patio y el resto estuviéramos dentro con nuestras gripes y catarros.

Una conocida me ve bajando del autobús. (Las putas deben de tener una vista tremenda.)

—Ahí está el señor de las fianzas —grita—. ¿Cómo estás, cariño? ¿Aún tienes ese cipote de oro? Ese hombre tiene una pilila de oro macizo —le explica a la calle.

—Pero ¿qué dices, loca? ¿Esto? Esto de pilila no tiene nada. Es el cable transatlántico. Puedes llegar hasta Jerusalén con él. Una vez llamé a Polonia, hablé con el príncipe.

—Entonces, ¿está el teléfono rojo dentro de esa bragueta de blanco?

—Sí, eso es. Tú lo has dicho.

—Pues, si es así —añade otra voz—, que le den una comisión a ese tipo y que nos concedan a todas el pendón.

—Querrás decir el perdón.

—Me cago en tus muertos, ya sé yo lo que me digo. Lo que quiero decir es un pendón. Estoy hasta las narices de esta compañera de celda que me han dado. Fea no es, ¿sabes?, pero tiene unas uñas que parecen ganchos. Me tiene sangrando por el coño.

En la calle se ha formado una multitud para escuchar. Se acerca a la ventana otra voz y ocupa el lugar de la mujer que acaba de hablar.

—Eso no es sangre, cariño, es lefa. La pava tenía cuarenta años de lefa acumulados en la raja. Yo me limito a ayudarla a que la expulse. Tiene tanta que hacemos peleas con bolas de nieve aquí.

Los hombres se ríen. Entrecierro los ojos por el sol y alzo la vista hacia las mujeres, me quedo contemplando su eclipse. No las reconozco, aunque de vez en cuando alterno con putas. Si ellas me conocen a mí es porque he pasado a formar parte del personal de la cárcel de manera no oficial, igual que los abogados. No se atreverían a hablarles así a los guardias, ni siquiera a los cocineros o a los panaderos. Con las visitas de las demás ni se meten, he observado. Solo con desconocidos y con esos de nosotros que podemos ayudarlas.

Las chicas ya han tenido su turno. Ahora es la oportunidad de los hombres conmigo. En el tercer piso, emerge por una ventana un enorme rostro negro. Saca los brazos por los barrotes y los extiende; de pronto, gira la cabeza y se aproxima, presionando la oreja contra los barrotes como si estuviera escuchándolos. Hace una especie de ajuste imaginario con los dedos de la mano derecha y, a continuación, rasguea con la izquierda. Empieza a cantar con un vozarrón horrible.

Tengo el bluuuuues,
tengo el bluuuues,

¡la leche, que si tengo el bluuuuues!
Tengo el bluuuues por la mañana,
tengo el bluuuues por la noche,
tengo el bluuuues por la tarde,
tengo el bluuuues,
tengo el bluuuues mañana tarde y noche.
Tengo el bluuuues en febrero,
tengo el bluuuues en otoño,
tengo el bluuuues el jueves 12 de abril.

Surge un rostro blanco en la celda junto a la suya.

—¡Estoy en la selva! —grita—. En una puta selva. Estoy encerrado en una puta selva con una puta panda de negros. Me siento como el puto Dr. Livingstone.

El negro separa los dedos y se vuelve feroz hacia el blanco.

—Me has hecho tirar la guitarra, cabrón. Sí, tú, el de los dedos de los pies de color rosa. ¿Cómo demonios voy a practicar sin ella? ¿Cómo van a descubrirme sin mi guitarra de veinte cuerdas? Hecha trizas sobre el cemento, ya no me sirve para nada. ¿Tú te crees que a Leadbelly lo tratan así?

—Pues usa el acordeón —dice alguien—. Que te descubran tocando el acordeón.

Ahora hay muchos rostros blancos en las ventanas.

El cantante desaparece, regresa, vuelve a sacar los brazos entre los barrotes y empieza a hacer movimientos disparatados, estirando y recogiendo los brazos como si estuviese apretando algo.

Mujer española, yo te adoro,
mujer española, yo te adoro.

Se interrumpe bruscamente.

—No es lo mismo —dice desconsolado.

—Pues dedícate al atletismo —grita un preso.

Se ríen. Abajo, yo aplaudo.

—Muy divertido, damas —grito—. Muy entretenido, caballeros.

—¿Le ha gustado?

—Ya lo creo. «Increíblemente divertido…». «Cuatro estrellas, Alexander Main, agente de fianzas de Cincinnati». Tenéis un exitazo, muchachos. La crítica es unánime.

—¿Cree que nos mantendrán mucho tiempo en cartelera?

—Meses. Años.

Hago un paso de baile: dos pasos, un poco de claqué. Y me pongo a cantar:

Ningún negocio como el del espectáculo,
no conozco otro igual.
Un día te dicen que llegarás lejos,
y al otro te cuelgan en el camerino.

—Joooodeeer.

—¿Vosotros creéis? —extiendo mis palmas y se las muestro. Les doy la vuelta—. ¿Lo veis? ¿Lo reconocéis? ¿Alguno de vosotros recuerda qué es esto? Es el sol. Mirad, sí. —Respiro hondo—. El aire fresco. Huele bien. Y os diré más. Cada vez que necesito cagar, puedo cerrar la puerta. Sin orinales. Me siento en un váter que está limpio como una patena. Si voy a comer, me dan un menú. Me coloco la servilleta en el regazo para que no me caigan migas encima del traje. Después de comer, si me apetece, doy una vuelta por el parque, me siento en un banco, miro a las chavalas. Si quisiera, podría lanzar una pelota a una pared e ir a por ella. Podría caminar kilómetro y medio para ir a por un Camel. Tengo una radio junto a la cama que pilla todas las emisoras, y nunca hay interferencias con la tele por la silla eléctrica.

—Ve a llevar tus papeles, hijoputa.

—Tú lo has dicho.

—Pues claro.

—Joooodeeer.

—Cada año hay siete millones de arrestos en Estados Unidos, os doy las cifras del último periodo del que disponemos estadísticas. Ciento sesenta mil personas en las cárceles, calabozos, penitenciarías y granjas penitenciarias. Me baso en el último momento del que tenemos estadísticas.

—Joooodeeer.

—Ochenta mil de vosotros, mis pequeños monos, estáis en preventiva, a la espera de un juicio. Ochenta mil. ¿Me seguís? Uno de cada dos de vosotros podría salir esta misma tarde si pagara una fianza. Voy a entrar. He quedado con los guardias que me reuniré con tantos de vosotros como sea posible. No habrá ningún problema. Solo tenéis que llamar al guardia y decirle que queréis ver al señor Main. —De pronto, me llega la inspiración—. Decidle al carcelero que os lleve a la sala de visitas. Os veré a todos, a la mierda. Esta ciudad ha estado aburrida sin vosotros en las calles. —Hay abucheos, pero yo elevo la voz para taparlos—. Hablo así, públicamente, porque esto no es ningún privilegio, estamos hablando de derechos constitucionales. No me preguntéis cómo ha sucedido, pero resulta que tenéis derechos constitucionales, degenerados. Que Dios bendiga a América, y os veré dentro de unos minutos.

Las pantallas que dividen la sala de visitas en dos dan la sensación de que estamos en pleno verano. Saludo a los guardias con la mano, soy un Fenicio saleroso. Un gesto simple de buena voluntad porque no cambia exactamente nada con estos tipos tranquilos, que llevan un revólver a un costado. A mí

no me tienen más consideración que a sus tutelados. El contribuyente se equivoca cuando da por hecho que todos los funcionarios aceptan sobornos. Muchos de estos tipos, pobres hombres corrompidos por su propio trabajo, no reciben ni un penique de mí.

—Deme un billete de cinco, Fenicio —silba uno antes de que lleguen los hombres—. No se arrepentirá.

—No he oído nada —le digo, agitando delante de él el vaso de cartón con café que he sacado de la máquina—. Tú no has dicho nada y yo no he oído nada. Bien, ¿dónde están mis chicos y mis chicas? ¿Qué podría estar reteniéndolos? Si llega a infringirse alguno de sus derechos constitucionales…

—Que no, que no —dice Poslosky, el jefe de los guardias—. De eso nada.

Empiezan a entrar en fila por una puerta gruesa al otro lado de la pantalla metálica.

—Oye, Paul, están del otro lado. Quiero ir con ellos.

—Ay, Fenicio, ya conoces las reglas. Ni siquiera deberías estar aquí. Tendrías que verlos en las salas de interrogatorio. Podría meterme en un lío.

—Está bien, muchacho, te doy el cinco por ciento de lo que me lleve, pero tenemos que entrar en el camerino.

—Fenicio, en serio, algún día podría perder el trabajo por tu culpa.

—Vale. Sería estupendo. Así te vendrías a trabajar conmigo. ¿Qué dices? Serás mi representante en el sudoeste y te ocuparás de los espaldas mojadas y de los indios. Te haré un policía de verdad. Ciento cincuenta pavos por cada uno que mates de los que no comparecen ante el juez. Estoy haciéndome mayor, Paulie, tengo que bajar el ritmo. Tú no sabes lo que todos esos Big-Boys y Burger-Chef hacen al estómago de un hombre cuando sale a la carretera para atrapar a esos prófugos. ¿Qué le pasará al negocio cuando yo ya no esté?

Le coloco el brazo sobre el hombro y salimos al pasillo.

—No debería llevarte —me dice Poslosky—. En serio, está prohibido.

Lo dirijo hacia una puerta con barras de acero. El guarda que está allí se levanta al verme.

—Oye, Fenicio, tengo un mensaje para ti.

—Ahora no, Lou.

—Me parece que es importante. Me ha dado la sensación de que reconocía la voz. Un jefe, creo. Algo sobre un tal Morgan.

—Después, Lou, haz el favor. Que llego tarde. Abre la puerta. —Aprieta el botón y la puerta se desliza lateralmente—. Luego vuelvo.

Cruzamos otra puerta y nos detenemos ante un portón metálico.

—Abre —le digo a Poslosky.

—En serio, Fenicio, esto está estrictamente prohibido para los civiles.

—¿Civiles? ¿Así es como le hablas a un hombre que se ha pasado la vida combatiendo en la guerra contra la delincuencia? Abre la puta puerta, voy a pasar revista a las tropas.

Dentro, además de guardias, hay siete hombres y cuatro mujeres. No me esperaba una multitud, pero esta es una escasa muestra. Me froto las manos.

—La mayoría de agentes de fianzas no se tomarían tantas molestias —les digo—. Pero ¿qué puedo deciros? Yo soy así. Presto atención al más mínimo detalle. Nos esforzamos por hacerlo mejor.

No reconozco a nadie. A casi todos les habrán negado la posibilidad de fianza. Otros no habrán encontrado a nadie que se la pague. No dejan de dar vueltas, apáticos. Hay quien ha venido solo por salir de su celda. Me acerco a uno de ellos.

—¿Qué tal el papeo?

—He probado cosas peores.

—Felicidades al chef. Déjalo. No te tocaría ni con un palo. Bien, ¿a alguien más le gusta la comida aquí? ¿No? ¿A quién le han negado la fianza? Venga, vamos, no me hagáis perder el tiempo. —Agarro a un negrata—. Oye, ¿a ti no te rechacé ya para tu fianza?

—No, señor. Aún no he tenido ninguna vista.

—Ninguna vista, ¿eh?

—No, señor.

—Algo horrible habrás tenido que hacer si todavía no has comparecido. ¿Qué? ¿Has descuartizado a alguien?

—No, señor.

—¿Le disparaste? ¿Le destrozaste la cabeza a cadenazos? ¡No me digas que usaste veneno! ¿Le añadiste un toque especial a la comida negra?

—No hice nada de todo eso.

—Oye, monstruo, algo realmente atroz habrás hecho si no has tenido una vista.

—Dicen que me acosté con mi criatura.

—¿Quién lo dice?

—Mi mujer. Ella presentó la denuncia.

—Y quieres salir de aquí.

—Sí, señor.

—¿Tienes muchas ganas de salir?

—Es como si ya estuviera fuera.

—Ya, entiendo lo que quieres decir. ¿Cuántos años tiene tu hija? Porque hablamos de una niña, ¿verdad? ¿No estarán diciendo que se la metiste a tu hijo?

—No, señor, a mi hija.

—Bien, tienes pinta de ser joven. ¿Cuántos años tienes? ¿Veintiséis, veintisiete?

—Cumplo veintiocho el 4 de julio.

—¡Qué patriótico! ¿Cuántos años tiene la cría?

—Nueve, señor.

—Bien, me has dicho que estabas casado. No te referías a una mujer con la que solo convives, ¿no? ¿Estáis legalmente casados?

—Sí, sí.
—¿Te has divorciado alguna vez? Lo compruebo todo. No te servirá de nada mentir.
—No, nunca. Mi mujer y yo llevamos casados desde los diecisiete.
—Bien, la niña, ¿cómo se llama?
—Ruth.
—Entonces, ¿Ruth es hija tuya y de tu mujer?
—Eso es.
—¿Va al colegio?
—Pues claro que va al colegio. ¿Qué se ha creído?
—Tranquilo, Romeo. ¿A qué colegio va? ¿A qué curso?
—Al O'Keefe School, está en cuarto.
—Ese colegio es blanco.
—Va en autobús, por el programa de integración.
—¿Qué notas saca?
—Es lista, le ponen buenas notas.
—¿Has ido alguna vez a una reunión de padres de alumnos?
—Claro que sí. Ruth es la delegada de su clase.
—La delegada de su clase, ¿eh? Dime, ¿a qué colegio iba antes de que empezaran a llevarla en autobús hasta O'Keefe?
—A Lamont.
—¿Le iba bastante bien allí?
—Siempre estaba entre las mejores.
—¿Trabaja tu esposa?
—Limpia.
—¿A qué te dedicas tú?
—Trabajo en el servicio de lavado de coches de mi primo.
—Este primo… ¿es tuyo o de tu mujer?
—Es mi primo. No son muchos en la familia de mi mujer.
—Vale. Dime cómo se llama tu abogado. Me encargaré de que te impongan una fianza.
—Oiga. ¿Quiere decir que saldré de aquí?
—Claro.
—¿Cuánto me costará?
—¿Eso te importa?
—Es que trabajo en un servicio de lavado de coches.
—Pues es que se trata de una acusación bastante grave. Yo diría que decretarán una fianza de dos mil pavos. Te costará el diez por ciento del importe, doscientos. ¿Tienes doscientos dólares?
—En el banco.
—Fírmame conforme puedo retirar doscientos dólares de tu cuenta.
—Si lo hago, ¿usted me saca de aquí?
—Así de fácil. Solo tendrás que firmar unos papeles.
—Papeles.

—Cómo os cagáis encima cuando oís la palabra papeles. No te preocupes. No vendo comedores, ni dormitorios, ni televisores en color. Soy Alexander Main, el hombre de la libertad. El gran emancipador. No. Esos papeles no tienen nada que ver con el dinero. Simplemente establecen que renuncias a los procesos de extradición y que das tu consentimiento para que se aplique la fuerza necesaria para asegurar tu regreso si no comparecieras ante el juez.

—¿Y qué quiere decir todo eso?

—Pues que si intentas huir, te mato.

—No voy a intentar eso.

—Claro que no. Eres un buen riesgo. Por eso responderé de tu fianza.

—Traiga el papel. ¿Dónde tengo que firmar?

Estampa farragosamente su firma, como si la estuviese clavando.

—Perfecto. Es como si estuvieses fuera ya.

—Quiero darle las gracias.

—Claro. Lo comprendo. Es amor verdadero, el auténtico. Echas de menos a esa niña. —Me vuelvo a los demás—. Siguiente. ¿Quién va? Avancen, damas y caballeros, tienen ante ustedes a A. Main, el hombre de la libertad, que les proporciona alivio a cambio de un diez por ciento. ¿Cansados de la misma rutina? ¿Tenéis callos en el culo? ¿Anheláis volver a vuestros zapatos de gamuza azul? Fianzas, vendo fianzas. ¿Una fianza, señor?

—Sí.

—¿Por qué estás aquí?

—Está en prisión preventiva por asesinato, Fenicio —dice Poslosky.

—¿Asesinato? ¿Quién lo ha dicho? ¿Es eso cierto, hijo?

El muchacho, un gamberro de aspecto huraño que acaba de dejar la adolescencia, se me queda mirando fijamente. Tiene unos ojos por los que se podría patinar.

—Vamos, chico, piensa en mí como si fuera un médico. Si quieres que te ayude, tendrás que poner los huevos en mis manos y toser cuando te lo pida.

—Mató a uno de catorce años por guiñarle el ojo a su chica.

—Mató a un enemigo, un asunto de honor. ¿Desde cuándo es asesinato matar a un enemigo por un asunto en el que está en juego el honor? No culpable. Es una ley no escrita.

—Ni siquiera iban a casarse, Fenicio, ni siquiera iban en serio. Era su primera cita —explica Poslosky—. Lo único que hizo el chico fue guiñarle el ojo.

—Es una ley no escrita. Esto es América. ¿Desde cuándo hay una ley no escrita para los casados y otra para los solteros?

—Le prendió fuego al muchacho —susurra Poslosky.

—El incendio provocado es un delito por el que puede establecerse una fianza. No veo ningún motivo por el que este hombre deba ser retenido sin fianza. Fue a un enemigo a quien le prendió fuego en un asunto en el que el honor estaba en juego. Este tipo de cosas se saben rápidamente. ¿Qué posibilidades hay de que otro le guiñe el ojo a esa chica? Yo digo que son

insignificantes. Dime, hijo, ¿tienes contactos?
—¿Contactos?
—¿Tus padres son ricos?
—Naa.
—No tan deprisa, chaval. Espera un poco. Te sorprendería saber lo que constituye una fortuna. ¿Vive tu padre?
—Sí.
—Es solo un comienzo, pero es bueno. ¿La casa es suya?
—La está pagando.
—¿Dónde está esa casa?
—En Brackman Street.
—¿Por encima o por debajo del 1400?
—Por debajo. En el número 6.
—¿En el 6 dices? ¿Por encima del río? El 6 es por encima del río.
—Sí.
—No digas «sí» como si estuviéramos hablando de un solar. Estamos hablando de una propiedad que da al río.
—Es una casa vieja.
—En un río todavía más viejo. ¿Cuál es el tamaño de la parcela?
—Nunca lo he calculado.
—Cuando le cortas el césped a papá, te pido una estimación, ¿cuánto tardas de ir de una punta a otra y de lado a lado? ¿Usas cortacésped motorizado o manual? Haz un cálculo aproximado.
—Nunca he cortado el césped.
—¿Demasiado trabajo? Podría jugar a tu favor si es demasiado trabajo.
—Sí, era demasiado trabajo.
Doy un silbido.
—¿Cuántas habitaciones?
—Dos.
—¿Dos? ¿Solo dos en una finca enorme como esa? ¿Eres hijo único? Eso puede tener su importancia.
—Sí, solo estoy yo.
—La cosa mejora. A ver, muchacho, piénsalo bien, intenta recordar, ¿mamá vive o está muerta?
—Sí, de eso me acuerdo. Soy hijo único y mamá está muerta.
—Hijo, eres heredero. Eres un hijo, muchacho.
—El viejo no puede ni verme.
—Hay reconciliaciones en el lecho de muerte. El partido no ha terminado hasta que no abandona el terreno el último hombre. Bueno, vamos a hacer inventario de esto. Tenemos una interesante propiedad que da al río, una magnífica casa de dos habitaciones y un hijo único. Bien. Dime. Tú eres un tipo corpulento y fuerte. ¿Te pareces a tu padre? ¿Has salido a él?
—Yo soy más alto. Pesamos parecido.
Le aprieto el michelín alrededor de la cintura, le palpo la tripa como si

fuera una teta.

—¿Ochenta y seis kilos? ¿Ochenta y ocho?

Se aparta de una sacudida.

—Setenta y ocho.

El gordo cabrón miente.

—Diremos ochenta y uno. ¿Qué edad tiene tu padre?

—No lo sé. No me invita a sus fiestas de cumpleaños.

—Tranquilo, hijo, tranquilo. ¿Ronda los sesenta? ¿Los cincuenta?

—No lo sé. Cincuenta.

—¿Fuma?

—Sí.

—Vale, eso está bien. Te diré la verdad, me habría preocupado si me hubieses dicho que rondaba los sesenta porque eso habría querido decir que habría superado la esperanza de vida. Una vez sobrepasas la estadística, no se puede saber cuánto durarás, pero con cincuenta años y siendo fumador, ya es otra cosa… Bien, ¿tiene seguro?

—A saber.

—Bueno. ¿Trabaja por cuenta propia o por cuenta ajena?

—Es panadero. Tiene una panadería pequeña.

—Oye, no habías dicho nada de una panadería. Eso es estupendo.

—Es una pocilga.

—Es un pequeño negocio. Es un pequeño negocio y está asegurado. Vale, hasta ahora hemos estado hablando de posibles garantías. ¿Cuánto dirías que vale él, ahora, vivo? ¿Tiene acciones, bonos del tesoro?

—No lo sé.

—Vamos. ¿Lo ves alguna vez leyendo las páginas financieras del periódico? ¿Se pone a despotricar de Wall Street?

—No.

—¿Lee la sección de deportes? Seguir los resultados suele indicar un interés por la fluctuación del dólar.

—Lee las tiras cómicas.

—Empiezo a hacerme una idea. Es propietario de un terreno sobre el río que, con los precios de hoy en día, podría estar entre los cincuenta y los sesenta mil dólares para un promotor. Tiene un pequeño negocio, lo que significa que debe de tener dinero en el banco. ¿Es inmigrante?

—Sí.

—¿Sicilia? ¿Italia?

—Sí, Sicilia, Italia.

—Un inmigrante. Llegó a este país a finales de los años veinte. Era joven. Vio la caída de la Bolsa y aprendió una lección. Trabajó y ahorró hasta que fue el dueño de su propia panadería. Ingresa el dinero en el banco, le gusta verlo crecer, supervisar cómo sube la cifra. Por supuesto. A día de hoy podría haber treinta o cuarenta mil dólares en su cuenta. A simple vista, tu papá

debe de valer unos cien mil dólares, sin contar posibles seguros.
—Vaya.
—Más un coche, seguramente. Una camioneta de reparto, probablemente.
El chico asiente.
—El material de la panadería, claro. Solo los hornos industriales podrían costar entre diez y quince mil dólares.
—Madre mía.
—Es de esa gente que nunca tira nada. Los muebles rústicos deben de valer dos mil dólares más. En total, rondará entre ciento diecisiete mil y ciento veintitrés mil dólares. Redondeemos a ciento veinte.
—Hostia.
—Vivimos en un gran país, hijo. Pero hemos sido optimistas. En mi oficio, hay que ser prudente. Puede que no sean más de noventa mil.
—¿Ese viejo cabrón tiene noventa mil pavos?
—Espera, espera, aún estoy calculando. En definitiva, ya sabes que, en el fondo, Poslosky tiene razón. Estás aquí por pena de muerte y, si bien los argumentos que presente a favor de tu liberación pueden convencer al juez, la fianza tendría que ser elevada.
—¿Elevada qué quiere decir?
—Entre cincuenta y setenta y cinco mil dólares.
—Eso es mucho.
—Podríamos conseguirlo. Te lo acabo de mostrar.
—Pero no es mi dinero, es el suyo.
—Podría hablar con él, convencerlo.
—¿Lo hará?
—No.
—Pero ¿qué dice? Entonces, ¿a qué viene todo esto?
—Eres un riesgo de mierda.
—Oiga, pero ¿de qué va? Actué movido por la cólera. Como usted mismo ha dicho, la gente se apartará de mi camino. No puede volver a pasar.
—No es eso.
—¿Y entonces? ¿Qué es?
—Nunca has cortado el césped. No tienes buenos lazos con la comunidad. Siguiente. ¿A quién le toca?
Hay un hombre blanco, alto y atractivo, que debe estar cerca de los cuarenta. Bien vestido, el único que no va ataviado con el uniforme de presidiario. Me acerco a él.
—Señor, me da la impresión de que, en su caso, podríamos estar ante un arresto por error. Disculpe, solo me tomo un sorbo del café, que se me está enfriando… Bien. ¿Qué hace una chica como usted en un sitio como este?
Se aparta bruscamente de mí y yo lo sigo.
—No se enfade, es mi manera de romper el hielo. No se lo tome a mal.
—No pienso hablar con este tarado —le dice a Poslosky.
—Es el agente de fianzas —le explica—. Si quiere salir, tendrá que

entenderse con él.
—Iré a buscar a otros clientes.
—¿Por qué va vestido así este hombre, teniente?
—No sé, Fenicio, puede ser que aún no haya pasado el trámite.
—Acaba de llegar —comenta el guardia de su bloque de celdas—. Lo he traído para que viera al agente de fianzas. Haré que se cambie en cuanto volvamos.
—Ni hablar —dice el tipo—. No me van a hacer poner uno de esos uniformes. Aún no me han condenado. Tengo derecho a llevar mi propia ropa.
—Cállate, bocazas —dice Poslosky.
—Un momento, teniente —digo con voz suave—, tiene razón. Conoce sus derechos. La ley dice que se permite al detenido que lleve su propia ropa antes de ir a juicio.
—Vale, sí —balbucea Poslosky—, pero…
—Siempre y cuando esté limpio y presentable.
—Lo sé, pero…
Tiro lo que me queda de café sobre el traje del tipo.
—Ya está —digo—. Ha dejado de estar limpio y presentable.
Poslosky estalla en carcajadas, y el hombre se abalanza sobre mí. Casi me alcanza antes de que los guardias lo atrapen.
—Bueno, bueno —digo yo—, creo que se lo va a tomar bien. Podéis soltarlo. No me va a tocar. No me tocarás, ¿verdad que no, Morgan?
—Si sabe quién soy y, aun así, ha hecho eso, es que debe de ser idiota —dice Morgan.
Me vuelvo hacia Poslosky.
—Creo que esto es todo por hoy, teniente. Volveré por el monigote cuando el banco me dé su pasta. Llévatelos. A todos menos a Morgan. Me ocuparé yo de su fianza. Ya buscaremos la manera de que comparezca enseguida.
—No le has hecho ninguna pregunta. No sabes ni por qué está aquí.
—¿Morgan? No hay ningún problema con él. No hay riesgo. Estoy al tanto de su caso y te aseguro que puede salir en libertad bajo fianza.
—Yo no quiero irme con este hombre.
—Nosotros no podemos retenerlo una vez se haya pagado su fianza.
—No quiero que la paguen.
—Las autoridades no tienen nada que decir al respecto —le digo en voz baja—. Si puede salir en libertad bajo fianza, es como si ya estuviese fuera.
—No pienso comparecer ante el juez.
Poslosky me mira.
—Qué va. Es la euforia la que habla, el placer de ser libre. Este hombre tiene unos vínculos formidables con la comunidad. Unas raíces bien sólidas. Tráemelo.
Es una violación tan clara del protocolo que Poslosky se resiste. El guardia

de Morgan se levanta y se pega a él como un hermano siamés. Le digo a Poslosky *sotto voce*:

—Blablabá, tal y cual, blablablá. ¿Tú qué dices?

—¿Que qué digo?

Le recuerdo, susurrándole al oído, lo del mensaje que Lou dijo que tenía para mí. Le añado unas cuantas florituras fenicias. Poslosky mira a Morgan, que ya está a punto de abrazar al guardia.

—Bueno, si es un pez tan gordo…

—Shh.

—Pero ¿por qué tiene tan pocas ganas de irse?

Me lo llevo aparte.

—Poslosky, eres un metomentodo. Eso me gusta en un policía. Lo único que sabemos es que el ayuntamiento lo quiere fuera de aquí lo antes posible. Mi suposición es que es un periodista del *Enquirer* que ha venido a hacer un reportaje sobre las condiciones de detención.

—Será hijo de puta. A ver si le hago yo un reportaje en la cara.

—No, eso sería caer en su trampa. Mira, yo no sé mucho más que tú sobre este asunto. Sabía que pasaba algo y he sacado mis conclusiones a partir del mensaje que Lou ha intentado pasarme. Seguro que él nos dice que tenemos que llevarlo cagando leches en un furgón al despacho del juez Ehrlinger para que decrete rápidamente una fianza *pro forma* y así sacárnoslo de encima antes de que su traje se haya secado. Le harán un interrogatorio de doce minutos y esta tarde retirarán los cargos. No me gustaría estar en tu lugar si se lo retiene un minuto más de lo necesario.

—Bien, vamos a ver qué tiene que decir Lou al respecto.

Poslosky le confía el tipo al guardia y salimos para hablar con Lou.

Palabra por palabra, se lo juro. ¡Mi familia no lleva miles de años en este negocio en vano! Morgan, el furgón, Ehrlinger —Ehrlinger, un inepto, es el juez de guardia esta semana—, todo. Poslosky está entusiasmado. Utiliza el teléfono de Lou para pedir un furgón y un par de guardias para que nos estén esperando cuando salgamos con el detenido. En menos de cinco minutos, estamos en ruta. Yo me siento delante con el conductor. El mismo Poslosky me ayuda a subir y me cierra la puerta. Me da la mano por la ventana abierta.

—Gracias, Fenicio.

Me inclino hacia la ventana.

—Teniente —le digo fríamente—, yo no soy ningún filántropo. Si algún día salen a la luz las condiciones de esta cárcel, los jueces dejarán a todo el mundo en libertad provisional sin fianza, a excepción de los asesinos, quizá. Bastante me complican ya las cosas esos mamones de los tribunales.

—Puertas giratorias —suspira Poslosky.

—Tú lo has dicho. Tenemos los días contados, Poz. Se nos van cargar. A los polis, a los agentes de fianzas.

—La puta Corte Suprema —se queja Poslosky—, la puta advertencia

Miranda.

—Sí, muchacho. Ay, me quedaría filosofando aquí contigo todo el día, pero será mejor que llevemos a este capullo al centro antes de que Ehrlinger se mee encima.

—Sí. Hasta la vista, Fenicio.

En el tribunal, Morgan camina entre el poli y yo hacia el despacho de Ehrlinger. Lo examino con atención sin poder decidir hasta qué punto su indignación es fruto de la hostilidad que siente por mí o de lo que piensa de su situación.

—Mire —le digo con amabilidad—, me da mucha vergüenza lo que he hecho antes. Qué carácter. Quiero que me envíe la factura de la tintorería, la pagaré yo.

—Joder, como las manchas de café no se vayan, me pagará un puñetero traje nuevo.

Está claro que no se entera de nada.

—Por supuesto —le digo—. Se lo prometo.

El despacho de un juez, incluso el de Ehrlinger, me provoca una erección del espíritu. Todos esos paneles de roble —el marrón es el color de la civilización—, oscuros como la corteza, esos largos filetes de madera como si la habitación estuviese hecha con una colección de violonchelos, el leve aroma aceitoso de las cosas bien hechas (lo recuerdo), los profundos apliques de cobre como los metales expuestos en un museo, los cueros pesados y maravillosos que sugieren correas, trofeos (Dios, es tremendo). El escritorio grande como un piano y los ceniceros hondos y limpios sobre la amplia superficie. Y los souvenirs. Todos estos tipos han sido oficiales en la guerra, han pertenecido a comisiones. La historia ha dejado su rastro sobre todas las superficies: la pluma de un presidente de Estados Unidos arma un soporte de mármol, recuerdos de Núremberg, una caricatura original hecha por un dibujante político enmarcada sobre el escritorio, la inversión egoísta del amor, el billete firmado entre varios que viajan juntos y que está prensado en gelatina en un pisapapeles; juguetes, el prototipo en miniatura ofrecido por algún compañero industrial: todas las maravillosas baratijas de la respetabilidad. Y grabados oscuros y nubosos en las paredes, escenas de caza y capitales europeas en siglos pasados, el centro de Londres antes del gran incendio, el Palacio de Justicia de Berlín. Un gran globo terráqueo emerge como un inmenso huevo pasado por agua en una huevera, rodeado por una amplia órbita de madera que forma una pasarela alrededor de su cintura ecuatorial. El cuero rojo de los lomos de los libros de derecho brilla detrás del cristal. Solo distrae la bandera: un buqué absurdo que cae desde un extraño paragüero posado sobre tres pies de garra metálicos. El manto negro del juez está colgado en un perchero.

Cuando el secretario judicial nos hace pasar, Ehrlinger está en su escritorio haciendo ver que escribe unas conclusiones. Este hombre hace años que es juez de distrito, no subirá más en la jerarquía, pero es absolutamente

incorruptible, de una inflexibilidad tal que nunca ha sido más peligroso que ahora cuando, sentado como magistrado de guardia esta semana, oye a puerta cerrada argumentos especiales que violan el calendario de la Corte y que le exigen modificar las convenciones.

Como a muchos hombres sin sentido del humor, a Ehrlinger le encanta que lo diviertan. Hago de bufón para él y le caigo bien por ello.

—¿Sí? —Nos mira molesto y echa un vistazo a los papeles de Morgan que el secretario judicial acaba de colocar sobre el escritorio—. ¿No puede esperar? Este hombre acaba de ser arrestado. La policía tiene derecho a retenerlo durante veinticuatro horas. ¿Por qué no puede esperar como todo el mundo a la vista de mañana para que hagan su petición de puesta en libertad bajo fianza?

—Tráfico de influencias —intervengo rápidamente—. Ya conoce a estos canallas, señoría. Tienen amigos en las bajas esferas.

—Ah, es usted, el Fenicio, ya veo.

—Sí, señoría.

—Bien, entonces pongámonos con ello.

—Espere, un momento, señoría. Hay algo que siempre he querido hacer.

—¿Qué? ¿El qué?

—No, no me haga caso, señor. Siga escribiendo eso que sentará jurisprudencia.

—A ver, ¿de qué se trata todo esto?

Me precipito hacia el perchero donde cuelga el manto de Ehrlinger. Levanto el dobladillo y me meto dentro. Después saco mi brazo derecho. Aún agachado y escondido debajo de la prenda, me giro en dirección al juez.

—No se mueva. —Cierro el puño de la mano que se ve—. ¡Ya está! Ya tengo su foto, señoría.

Salgo del manto radiante.

—Pero, por favor, Fenicio —dice Ehrlinger—. Un hombre de su edad. Bien, veamos —dice como Ted Mack en *The Original Amateur Hour*—, ya está bien. Veamos qué tenemos aquí.

Dirige su atención al expediente y le guiño el ojo a Morgan. Ehrlinger estudia los papeles unos instantes y vuelve a levantar la vista.

—Bien, según dice aquí, no había sido arrestado anteriormente. ¿Puede confirmarlo?

—Sí, señoría —dice Morgan.

Ehrlinger sonríe.

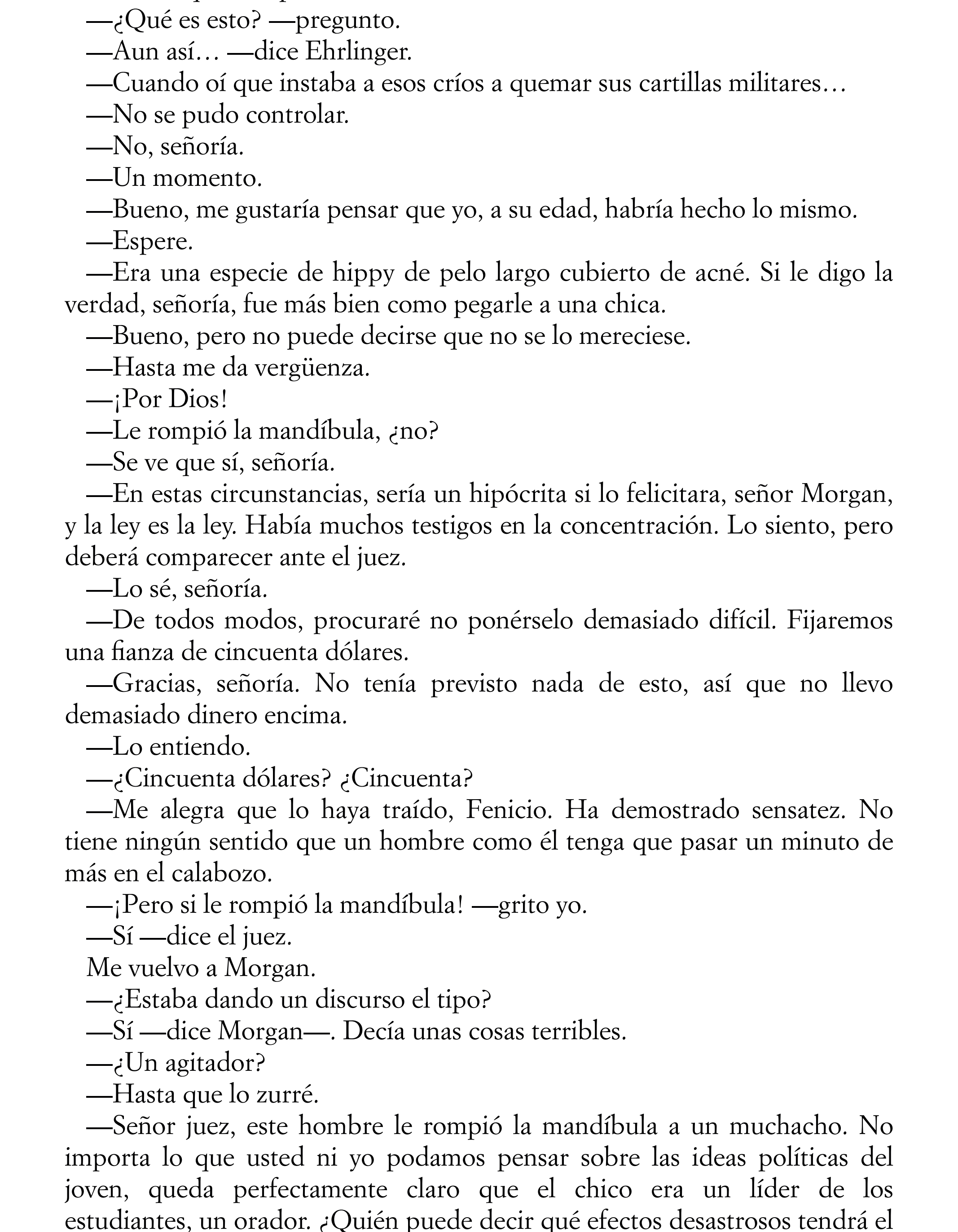
—Así que le dio un puñetazo, ¿no?

—Eso me temo, señor.

—¿Un buen puñetazo?

—Creo que sí, señoría.

—Bien, estrictamente hablando, usted debe controlarse y, como los alumnos tenían autorización para hacer la concentración, la policía no ha



hecho más que cumplir con su deber arrestándolo.

—¿Qué es esto? —pregunto.

—Aun así… —dice Ehrlinger.

—Cuando oí que instaba a esos críos a quemar sus cartillas militares…

—No se pudo controlar.

—No, señoría.

—Un momento.

—Bueno, me gustaría pensar que yo, a su edad, habría hecho lo mismo.

—Espere.

—Era una especie de hippy de pelo largo cubierto de acné. Si le digo la verdad, señoría, fue más bien como pegarle a una chica.

—Bueno, pero no puede decirse que no se lo mereciese.

—Hasta me da vergüenza.

—¡Por Dios!

—Le rompió la mandíbula, ¿no?

—Se ve que sí, señoría.

—En estas circunstancias, sería un hipócrita si lo felicitara, señor Morgan, y la ley es la ley. Había muchos testigos en la concentración. Lo siento, pero deberá comparecer ante el juez.

—Lo sé, señoría.

—De todos modos, procuraré no ponérselo demasiado difícil. Fijaremos una fianza de cincuenta dólares.

—Gracias, señoría. No tenía previsto nada de esto, así que no llevo demasiado dinero encima.

—Lo entiendo.

—¿Cincuenta dólares? ¿Cincuenta?

—Me alegra que lo haya traído, Fenicio. Ha demostrado sensatez. No tiene ningún sentido que un hombre como él tenga que pasar un minuto de más en el calabozo.

—¡Pero si le rompió la mandíbula! —grito yo.

—Sí —dice el juez.

Me vuelvo a Morgan.

—¿Estaba dando un discurso el tipo?

—Sí —dice Morgan—. Decía unas cosas terribles.

—¿Un agitador?

—Hasta que lo zurré.

—Señor juez, este hombre le rompió la mandíbula a un muchacho. No importa lo que usted ni yo podamos pensar sobre las ideas políticas del joven, queda perfectamente claro que el chico era un líder de los estudiantes, un orador. ¿Quién puede decir qué efectos desastrosos tendrá el puñetazo de Morgan en las futuras capacidades de ese joven en la tribuna? Imagínese que hubiese querido trabajar en la radio. O ser cantante. Dejar a Morgan en libertad con una fianza de solo cincuenta dólares… es que… es casi consentirlo, equivale a una incitación al crimen.

—Usted siempre igual, Fenicio —dice Ehrlinger con indiferencia—. Ya conozco su sentido del humor y no me ofendo, pero intentar descaradamente subir la apuesta a expensas de un patriota solo para embolsarse unos míseros dólares más ya es otra historia. No. Para serle del todo sincero, Fenicio, sé tan bien como usted que la fianza en estos casos es de quinientos dólares. Esta es una bromita que le gasto.

¿Para qué insistir?

—Claro. Muy bien, señoría.

—Entregue los papeles al secretario judicial cuando salga. Su comparecencia será dentro de tres semanas, señor Morgan. ¿Alguna objeción?

—No, señoría. Se lo agradezco.

En cuanto salimos, saco la chequera.

—Oiga —dice Morgan—, ¿qué hace?

—Rellenar un cheque.

—Espere —dice incómodo—, el dinero no cambiará de manos a no ser que no comparezca.

—Exactamente, sí. Firme aquí, por favor. Junto a la X, en lápiz.

Me fulmina con la mirada, pero firma los papeles y yo se los entrego al secretario judicial junto con el cheque. Entramos juntos en el ascensor.

—Sus honorarios, ¿cuáles son? ¿El diez por ciento? Aquí tiene sus cinco pavos.

Me extiende el billete con frialdad, pero yo no hago ademán de cogerlo. Lo examino con atención.

—¿Qué pasa, es por el traje? No cuesta cinco dólares llevarlo a la tintorería. Deme dos cincuenta de cambio.

Le doy dos dólares con cincuenta centavos y él intenta volver a darme el billete de cinco.

—Vamos, cójalo.

—Ya está pagado.

—¿Cómo que ya está pagado?

—Que ya está pagado. Hay un caballero esperándole fuera. Un jugador de golf profesional, creo que ha dicho.

Morgan se queda blanco.

—¿Y qué quiere? —pregunta con voz ronca.

—¿Cómo voy a saberlo? A lo mejor le propone una fiesta.

—Será cabrón —grita—. ¡Me ha vendido!

—Así es. Y me he llevado dos dólares con cincuenta por el trato.

—¡Mamón!

Viene a por mí, pero saco la pistola y aprieto el botón de emergencia. El ascensor se detiene de una sacudida.

—Tú eres de la Mafia y vas por ahí sin dinero ni pistola encima. Yo soy un hombre honesto y cargo con ambas cosas. Bien, imagino que nos han jodido a los dos. Por eso te hago este favor.

—Menudo favor.

—Ya lo creo que es un favor. Yo iba a recibir mil quinientos dólares por ti. ¿Cómo diablos iba a saber yo que la poli te quería por haberle dado un guantazo a un hippie desgraciado? Presto atención al más mínimo detalle. Nos esforzamos por hacerlo mejor. Lo pasado, pasado está. El favor es que te había avisado.

—Dice que el tipo está fuera. ¿Qué tengo que hacer?

—Esto es un tribunal. Confiesa un delito. Exponte al agente de tráfico. De ti depende. Yo me bajo en el tres. Tú no. —Aprieto el tres. Paramos y la puerta se abre—. *Vaya con Dios, tío Sam*‡. —Al salir aprieto un botón, pero antes, me apoyo contra la puerta. —Una cosa más. Si al final te sales con la tuya, recuerda que tu comparecencia es dentro de tres semanas. Tengo cincuenta dólares retenidos por ti. Si tú no apareces, vendré yo a buscarte.

Suelto la puerta, se cierra detrás de mí y quedamos en paz.

---

* En inglés, *bailbondsman*. En Estados Unidos, persona que paga la fianza de un detenido para que este salga en libertad hasta la fecha de su juicio. (*N. de la T.*)

† Pasaje bíblico que advierte sobre una desgracia inminente. Reina Valera, 1960, Daniel 5:25-31. (*N. de la T.*)

‡ En español en el original. (*N. de la T.*)

2.

Los agentes de fianzas de Cincinnati comen al otro lado del río Ohio, en lo que hoy en día es un enorme restaurante a poco más de un kilómetro al sur de Covington, Kentucky. Se llama The Grace and Favor, que suena a pub inglés, pero que no se parece en nada a uno. Construido a principios de los años veinte, ha tenido distintos avatares: bar clandestino, club nocturno, casino; por una breve temporada, durante la época de las grandes orquestas, salón de baile, y, después, bar de carretera cuando ese estilo pasó de moda tras la guerra; club nocturno otra vez en los cincuenta hasta que el público se aprendió de memoria las canciones y los números de las estrellas que aparecían en la televisión; después fue una especie de salón comedor donde los judíos de Cincinnati celebraban los bar mitzvá de sus hijos y apoquinaban en las concurridas bodas de sus hijas; un lugar donde el Partido Republicano organizaba banquetes a mil dólares el cubierto y los Demócratas transmisiones por televisión en circuito cerrado de mítines que tenían lugar en Hollywood y Nueva York por entradas de entre 25 y 50 dólares con consumiciones, hasta que, a mitad de los sesenta, acabó convirtiéndose en restaurante, aunque siempre había tenido cocina, la comida siempre es necesaria en esos lugares, deben estar listos para preparar enseguida el entrecot del derrochador o la langosta del pistolero.

Probablemente debido a sus varias encarnaciones, The Grace and Favor disfrutaba de una cierta ambigüedad de geisha: sin importar cuál fuese su función en ese momento determinado, siempre había gente que lo recordaba en otra función; que había visto una pista de baile donde ahora había mesas y banquetas, o recordaba las mesas donde se jugaba a los dados, al *chemin de fer* y la ruleta donde estaba la pista de baile; que aún veían los extraños pasillos metálicos que formaban las filas de máquinas tragaperras; que eran capaces de evocar configuraciones anteriores mirando las paredes, las ventanas modificadas y la tarima elevada (que estuvo hundida por debajo del nivel del mar a diferencia del resto de la sala), donde las balas de la pasma, que habían hecho añicos espejos, habrían podido traer siete años de mala suerte si la dirección no hubiese considerado que una continuidad así no podía darse en las transformaciones camaleónicas del lugar. Pero nadie, menos el gánster inglés emigrado que lo había construido y que ahora era un anciano, había sido testigo de todo ello, aunque había unos cuantos, algunos

incluso en la larga mesa reservada para los agentes de fianzas, que habían estado allí al principio. Aunque había habido lagunas. Habían tenido que irse de la ciudad, quizá, o los habían llamado a filas, o habían sufrido infartos; una cosa u otra los había apartado en un momento en que el establecimiento pasaba por una de sus múltiples transformaciones. Ahora, tal vez en su fase más decadente, como restaurante para los hombres de negocio y las damas de Cincinnati, conseguía su mayor facturación a la hora de comer. (Era verdaderamente un lugar inmenso. Su único salón principal podía dar cabida a quinientos comensales sin que los clientes tuvieran la sensación de estar hacinados.) La nueva autopista federal interestatal que cruzaba el río Ohio por un puente nuevo y que, de hecho, le proporcionaba (ya que la publicidad está prohibida en las autopistas federales) un amplio cartel reflectante de un atractivo color verde («The Grace and Favor en la siguiente salida») y una rampa de salida (nadie, ni los más cínicos de los agentes de fianzas, sabían con qué artimañas se había conseguido, aunque se especulaba que tal vez lo había hecho posible uno de esos banquetes a mil dólares el cubierto), lo convertía en un restaurante tan accesible como cualquier otro en Cincinnati.

Los agentes de fianzas venían en taxi, cinco o seis por coche y, con sus llamativas chaquetas sport con grandes hombreras —vestían con un estilo que recordaba a la mitad de los años cincuenta, como los clientes que iban a los delicatessen los domingos por la mañana—, se codeaban con las pieles de las damas y los trajes sobrios de los clientes de las tiendas del centro. El asado de Londres por un dólar cincuenta era una de las especialidades. Era lo que todos comían, y su distinción solo se manifestaba, ya no por su carácter, sino a través de su apetito, por cómo lo querían preparado y con qué bebida elegían deglutirlo.

Hoy el Fenicio no estaba con ellos y, como ya se había filtrado la broma de Ehrlinger, a algunos agentes les decepcionó que no estuviese allí para recibir sus mofas. Aunque nadie emitió el más mínimo comentario. Esta no era una reunión social como a las que solían asistir normalmente. Era un nuevo rumbo, más o menos un encuentro formal, programado hacía semanas. Nunca habían convocado reuniones de negocios y no tenían muy claro cómo empezar. Habiendo pasado toda su vida adulta en el oficio, eran hombres que nunca se habían cansado de la infinita excentricidad con la que se topaban, que por el simple hecho de estar constantemente en la posición de testigo se habían convertido en anecdotistas, el mero acceso al «material» había democratizado todas las diferencias de imaginación y presentación que hubieran podido existir entre ellos en un principio. Se miraron alrededor de la mesa y todos los ojos acabaron puestos en Lester Adams, un agente alto, con manchas en el rostro taciturno, de más de setenta años.

Adams había llegado al oficio en los años treinta, cuando los bancos le arrebataron su granja. Llegó a Cincinnati buscando trabajo y, durante su primer día en la gran ciudad, se encontró cien dólares en la calle. Iba de

camino al tribunal para devolver el billete (en Bend, su pueblecito de Ohio, no había calabozo, aunque tenían un juez de paz que funcionaba como agente del mantenimiento del orden y como servicio de Objetos perdidos), lo llevaba en la mano porque nunca había visto tanto tráfico y le daba un poco de miedo que lo atropellara un camión, le encontraran el dinero escondido encima y la gente se preguntara qué hacía un pobre agricultor destituido como él con un billete de cien dólares en el bolsillo. Iba buscando la sección de Objetos perdidos, que debía de estar, razonó por analogía, en el inmenso tribunal. Agitaba el billete mientras iba por los pasillos, chasqueándolo como un estandarte que le aseguraba el paso, la ostentación del gesto le resultaba menos doloroso que el miedo de que pensaran que lo había conseguido ilegalmente, hasta que lo detuvo un abogado que iba a buscando a un garante que avalara la fianza de setenta y cinco dólares para uno de sus clientes.

El abogado, que lo había visto mostrando el dinero, le tocó el brazo para llamar su atención y le dijo: «Garante». Y Adams, creyendo que el hombre había dicho «currante» en tono interrogativo, respondió de inmediato con un sí. El letrado le explicó la situación del cliente y Adams, que no había seguido ni una palabra de lo que decía aquel hombre pero a quien le mortificaba no haber reconocido a un paisano, pensó: «No llevo en la gran ciudad ni un día ni una noche y ya estoy tan alterado que, además de no acordarme de este tipo aunque seamos del mismo pueblo, ni siquiera me doy cuenta de que me resulta familiar». Y asintió con la cabeza a todo lo que le decía el jurista, entendiendo lo que decía a medida que lo decía, cuando ya era demasiado tarde, y su asentir amable había sido el culpable de que fuese demasiado tarde, y parecía que su viejo amigo quería pedirle prestados setenta y cinco dólares de los cien que se había encontrado para ayudar a un amigo suyo, otro paisano, probablemente, imaginó Adams. Cuando se materializó el cliente del abogado, pensó: «Pues sí, estoy peor de lo que creía, porque este hombre no me suena más que el primero. No llevo en la gran ciudad ni un día ni una noche y ya no me acuerdo de nadie. Es indignante, pero ¿cómo puede ser? Soy un desastre, tengo la cabeza más grande que la barriga de una cerda».

De modo que ya estaba listo para darle los setenta y cinco dólares y llevar los veinticinco de cambio a la sección de Objetos perdidos en cuanto pudiera escabullirse y encontrarla, cuando el abogado le dijo: «¿Y la hoja?».

Adams negó triste con la cabeza.

—No hay soja. La perdí. Con la granja.

—No importa —dijo el abogado—, ahora vuelvo.

Al cabo de unos instantes, estaba de nuevo allí con una hoja de papel.

—Esto servirá. Me lo ha dado el secretario judicial. Tenga. Firme.

Y aunque Adams no sabía leer demasiado, sabía escribir su nombre —¿no había sido así precisamente como había perdido la granja?—, y se imaginó que esto tenía algo que ver con el préstamo, no le resultó nada extraño que,

en la gran ciudad, donde todo iba al revés, fuese el prestamista quien debía firmar con su nombre en un pagaré y no el prestatario. Vio que todo iría bien cuando firmó también el cliente del abogado.

—¿Cuándo le doy los setenta y cinco dólares? —preguntó.

—¿Cómo? No se preocupe, que no se irá —dijo el abogado—. Venga, Baxter, páguele.

Y Baxter, el amigo y paisano del abogado, le dio a Lester Adams siete dólares con cincuenta centavos, por los que Lester ni le dio las gracias, de lo preocupado que estaba por no saber situar al abogado y a su amigo, del que ahora sabía que se llamaba Baxter y no le sonaba de nada.

Todo aquello terminó en pocos minutos. Baxter y el abogado abandonaron el edificio y Adams se quedó allí plantado con ciento siete dólares con cincuenta centavos. Estaba tan desconcertado que ni podía moverse de allí. Empezaron a abordarlo otras personas, todos le pedían, al parecer, dinero prestado. Aunque no tenía ninguna obligación con respecto a estos nuevos prestatarios, ya que ninguno reclamó ningún tipo de solidaridad por parentesco, era demasiado bueno y tímido para decirles que él no tenía dinero, así que no rechazó a nadie y, cuando salió del tribunal, además de los cien dólares que se había encontrado, tenía ochenta y cuatro más que los nuevos prestatarios ¡le habían hecho aceptar!

Ahora bien, Lester Adams no era ningún bobo. Sabía diferenciar las cosas buenas de las malas y, aunque no entendía qué había pasado, sí comprendía que había habido un malentendido. Cuando por fin los pasillos se quedaron vacíos, se acercó a uno de los policías, le contó la historia desde el principio y le preguntó si él entendía algo. El agente se echó a reír durante unos quince minutos, pero cuando paró, se lo explicó todo, procurando no omitir nada, ni el detalle más trivial, ya que pensó que solo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad podría hacer entender a ese cateto el pedazo de pueblerino que era, y eso, con una intención cruel, fue la mejor lección que podía aprenderse de los entresijos del oficio de agente de fianzas.

—¿Será posible? —dijo Adams a lo que le había explicado el policía—. Pero ¿será posible? ¡Menudo negocio! Vamos, me juego lo que quiera que en una ciudad tan depravada como Cincinnati siempre hay algún que otro mengano que se mete en un lío.

Con una parte de sus ciento ochenta y cuatro dólares, contrató los servicios de un tutor privado y, al cabo de dos meses, además de haber mejorado sus habilidades lectoras, era capaz de leer y entender los documentos legales más complicados. Al cabo de tres, obtuvo la licencia del estado de Ohio para establecerse como agente de fianzas y, antes de que terminara el cuarto mes, tuvo que lanzarse a la búsqueda de Baxter, su primer prestatario, le disparó en la pierna y tuvo que llevarlo a la fuerza al tribunal para que compareciera cojo ante los jueces. A lo largo de los años posteriores, mató a once hombres, ya no era un cateto y contaba ejemplos de

depravación que ponían los pelos de punta.

Aunque seguía siendo reservado, su imaginación estaba tan bien lubricada por el contacto diario con lo surrealista que, con los años, su carácter se había invertido, como cuando se les da la vuelta a unos pantalones para rehacerle las costuras, y fue Lester Adams quien abrió la conferencia.

—Señores, nos quieren matar. Los especialistas de ciencias sociales, las coaliciones de la nueva izquierda y los partidarios de los derechos civiles. La Corte Suprema, y no se engañen, no solo Burger no es demasiado distinto de Warren, sino que, en ciertos aspectos, es aún más peligroso, porque mientras Warren y su banda se conforman con aumentar los derechos de los indigentes, esta banda de pretendidos conservadores se inventa derechos para los peces gordos. ¿Hay alguien aquí que no prefiera ser garante del presidente de General Motors antes que de Pedro Harapos? Lo único que ha pasado es que ahora tienen un legado. Con ese legado, estos constructores estrictos van a ponernos muros hasta en el ojete. La historia es testaruda: cuando ha tomado su decisión, no hay quien le haga cambiar. La compasión es una necesidad histórica y no tenemos más oportunidades de restaurar el *laissez-faire* que las flagelaciones públicas.

»Así que nos están matando. La ley de reforma de procesos federales de puesta en libertad bajo fianza de 1966, que les dio a las cortes federales la capacidad de actuar como su propio agente de fianzas y aceptar el pago del diez por ciento de la fianza al contado, ya nos ha dejado sin raptos, sin secuestros de avión y sin asesinatos políticos. Nos ha quitado los atracos en bancos en los que los ladrones han cruzado las fronteras de los estados. Nos han apartado de los casos de la ley antimonopolio y se van a quedar con los casos de contaminación industrial que se anuncian, joder. El delito, señores, es cada vez más político. Nos ha expulsado de los disturbios más apocalípticos y nos ha hecho subir la apuesta en los casos de espionaje, que reconozcámoslo, nunca han sido demasiado importantes para nosotros, y tiene el potencial de dejarnos sin los casos de narcóticos, por no hablar del nuevo patrón de persecuciones por asociación ilícita que está emergiendo. Con todos estos fondos de defensa legal de base, esta podría haber sido la trampa más lucrativa de todas.

»Presten atención a lo que les digo. A medida que la delincuencia se vuelve cada vez más en contra del estado y la opinión pública está más nerviosa, lo único que nos quedará a nosotros, pobres diablos, serán los ladronzuelos, los maridos que pegan a sus mujeres y los envenenadores de perros. Los vagabundos. Joder, colegas, si es que hasta el aborto es legal hoy en día. Las baratijas, señores, cosas de poca monta, la profesión se convierte en algo tan miserable como las patatas en una pequeña Irlanda. En realidad, tengo mis dudas de que se nos vaya a dejar eso. Conforme el corazón gane la batalla de la historia y los jueces que aplican penas por todo el país acuerden la libertad provisional para aquellos a quienes considera «buenos riesgos», solo nos quedarán los dobles y triples reincidentes. Más vale comprar partes

de una mina de uranio en el Bronx. Estamos jodidos, compañeros, somos los viejos sátiros de la ley.

—Eso lo sabemos —dijo Barney Fetterman—. Eso ya lo sabemos. Pero ¿qué hacemos?

Ted Caccerone se levantó. Tenía una Coca-Cola en la mano, restos de salsa en la comisura de la boca y migas del panecillo en el que le habían servido el asado londinense.

—Bajamos los precios. Reducimos nuestros honorarios al siete y medio por ciento.

—Va haber una guerra por el petróleo —dijo Art Klein—. Se va a desencadenar una puta guerra por el petróleo.

—No seamos de gatillo fácil —dijo Paulie Shannon—. Si alguien no comparece, lo traemos vivo. Lo convencemos para que aterrice como expertos desde la torre de control, nos presentamos como trabajadores sociales, cambiamos nuestra imagen de tíos duros. Hacemos turnos en el tribunal, cada uno coge un número, hacemos cola, todo cortés. Con reglas, una coreografía. Como en las cartas, donde el que reparte le deja la mano a su adversario.

—¿Quién está de acuerdo? —preguntó Adams.

—Yo —dijo Shannon.

—Yo también —se sumó Klein.

—Habrá que estudiarlo —dijo Ted Caccerone—, pero creo que me parece bien.

—Algo hay que hacer, eso está claro —dijo Walter Mexico—. Sería necesario una especie de comité para estudiar las propuestas que habéis hecho, formalizarlas y después someterlas a voto.

—¿Te prestarías tú como presidente de un comité así? —preguntó Adams.

—Claro, ¿por qué no?

—¿Dónde está el Fenicio? —preguntó Barney Fetterman.

—Hay que racionalizarlo —dijo C. M. Smith—. Hay que disminuir la competencia, ¿estamos hablando de eso?

—Más o menos —dijo Lester Adams.

—No deberíamos ir por los pasillos cogiendo a la gente de la solapa, ¿es esa la idea? Me parece bien, ¿quién va estar en el comité?

—El comité somos nosotros —dijo Adams—. Aquí tienes al comité.

—Pero ¿dónde está el Fenicio?

—No nos precipitaremos —dijo Paulie Shannon—. Pondremos en común nuestros recursos. Me parece que esa es la única manera. Me alegra constatar que sois de la misma opinión. Creo que hoy hemos avanzado mucho.

—Pero tenemos que comprometernos todos, eso es lo importante. Si no, no servirá de nada. Tenemos que comportarnos como hermanos. ¿Dónde se ha metido ese maldito Fenicio?

—Qué cabrón. Está por ahí quitándonos a los clientes.

—Si juega con nosotros, lo eliminaremos.
—Pero ¿dónde está ese mamonazo?

3.

Alexander saluda al guardia con un gesto de cabeza. El viejo hace una mueca, tan aburrido como siempre. Main se fija en sus zapatos, pesados, una forma voluminosa como los pies del dibujo de un niño. El gran empeine negro, una bóveda de cuero tenso, una salchicha, todas sus tensiones resueltas como por una armadura de costillas de acero, un horrible puño, un muñón en forma de pie. El propio lustre ya dice mucho. Ahí hay disciplina, deber, y se pregunta si, en algún lugar, existe un vestuario en el que los hombres saquen brillo a estos caparazones sólidos y les den este negro sin lustre, uniformemente mate, que no tiene equivalente en la naturaleza.

Los zapatos están hechos para ir con la sarga pesada del uniforme, los pantalones sin forma que quizá ya eran así cuando estaban nuevos, la larga caída hasta los tobillos, también negros, negro sobre negro sobre negro, difíciles de distinguir, como las telas en la puesta en escena de un ilusionista. Alexander se pregunta si el guardia tiene problemas de espalda, si se hace baños de agua caliente con sal en los pies. Estos suelos de madera con aceite, pálidos como cerillas, que se hunden ligeramente, irregulares. Si se lanzaran canicas, rodarían al azar, y se reunirían en una especie imprevisible de gravedad. Esa misma fuerza debía de aspirar los pies del hombre, tirar de ellos dolorosamente a través de las sólidas suelas mientras estaba allí de pie todo el día en su dominio. Alexander percibe los antojos del viejo, el desagrado que siente por los rezagados, sus deseos ambiguos por las estudiantes de Bellas artes, cuyas espaldas, que inclinan hacia delante en los asientos, revelan la curva de las gomas elásticas de la ropa interior por debajo de sus vaqueros azules, cuarto de luna, rodaja de melón de la braga, centímetros cuadrados olvidados detrás de ellas en su joven concentración, como el zapato de Cenicienta. ¿Acaso ve los objetos expuestos? ¿Tiene algún favorito? ¿O se preocupa solo por las vitrinas, por la gente que silba, por los que hablan demasiado alto y por impedir que se fume?

Como le ocurre a menudo, Main siente una extraña envidia por el hombre, por su situación circunscrita. De pronto se da cuenta de que el guardia es la única persona que consta en su lista de Navidad que no es abogado o juez, ni policía o guardia de la cárcel, ni secretario judicial del tribunal o funcionario de la administración penitenciaria. Y aunque el guardia no reciba nada que Main haya escogido especialmente para él, solo

la caja de puros buenos o una botella de whisky o la billetera de excelente cuero florentino que compra al por mayor para sus contactos menos importantes, eso le convierte, supone, en su amigo. Una amistad que solo va en un único sentido, porque en el caso de que el hombre llegara a pensar en Main, lo consideraría un chalado. Debe de haber otros, atraído como él, a este lugar, o a otros parecidos. Aunque Alexander no los ha visto nunca, solo a los colegiales y a los amantes ilícitos, a los vagos coquetos y los hombres solos, muy angustiados.

Le encanta la gran sala fresca, sus antiguos radiadores y las vitrinas de exposición pasadas de moda, su atmósfera anticuada, la museología antediluviana, la tipografía grande de las tarjetas amarillentas junto a los objetos expuestos. Le encantan los dientes.

—Buenas tardes, le dice Main al guardia.

El hombre le hace un gesto con la cabeza y Main se aleja de él para dirigirse a las vitrinas. «Estos especímenes», reza la leyenda, «provienen de farmacias de Extremo Oriente. Los farmacéuticos los consideraron "dientes de dragón", sin importarles lo que eran de verdad. Los dientes expuestos aquí provienen de depósitos de grutas cársticas, de la China meridional, ya que son piezas parecidas a las del Pleistoceno medio encontradas en la región».

Ve el diente del panda gigante, grande como una pequeña concha marina, y su impresión en forma de feto pequeño acurrucado en la superficie pesada. Al lado, un par de molares de orangután, con forma y color de dados viejos, cada uno de ellos perforado con tres agujeros profundos como la cara de un duende, a la historia le salió un seis. Aquí la dentina de un jabalí, sombría como una cerveza tostada, las cámaras de la pulpa forman un corte transversal de venas blancas como las de un hígado. Ve el diente enorme de un rinoceronte, creyendo la palabra de la cartela. Ni siquiera se parece a un diente, es profundo, con cortes como una cerradura. En otra vitrina, hay un trozo de mandíbula de canguro, cuatro dientes florecen del hueso como cactus.

Se desplaza a lo largo de la repisa de una serie de especies extintas, mira los ojos delante de la mandíbula parecida a la del camello de *Macrauchenia Patachonica*: «miembro», dice la etiqueta, «del orden peculiar de los ungulados de América del Sur. Este sujeto presenta similitudes con el camello, pero otros se parecían al caballo. Así, los litopternos presentan paralelismos con los verdaderos camellos y caballos de hoy en día que nos resultan más familiares». El teclado de dientes reposa sobre la encía petrificada como bulbos de tulipanes. Y la mandíbula inferior de un perezoso terrestre, pariente del *Megatherium*, con los dientes hundidos profundamente en el hueso, y con todas las formas. Una como un ocho aplastado, otra como un tocón, una tercera como una pipa, una cuarta como una corona con una textura de corcho. Los dientes están en un estado de deterioro lamentable (murieron así, cree Alexander, mordiendo su dolor).

Una raíz más gruesa que el alambre de una percha se eleva tres centímetros por encima de las horribles terrazas de caries que la rodean. Son dientes largos y gruesos y curvos como colmillos —estas cosas estaban dentro de una boca, piensa Main— gigantescos como chisteras.

Como siempre, Alexander no presta atención a los esqueletos, las carcasas cuidadosamente forjadas como xilófonos, andamios inmensos de espinas dorsales, supone, de cientos de animales diferentes, de tal manera que lo que ve es un antiguo conjunto bestial en el que le cuesta creer (aunque las partes individuales le fascinan: la pelvis parecida a un escudo, las distintas vértebras largas como empuñaduras de espadas, una mandíbula articulada parecida al reborde inferior de una llave). Un megaterio cómicamente agazapado dando zarpazos a un árbol artificial, su extraña postura evoca la de cagada prehistórica de un plantígrado. No. Son los dientes. Las espinas minúsculas en el cráneo de este joven jaguar, curiosamente blanco, afilado como las uñas del pie. La piel se adhiere al paladar, la red de líneas concéntricas e igual de limpias como lo que él toca con la punta de la lengua en su propio paladar. Son los dientes lo que no deja de venir a ver una y otra vez, como si fueran la quintaesencia del alma animal, el filo cortante y mordaz de su pasión y de su vida.

Ahora piensa en tiempo geológico, en miles de millones de años: piensa en el Precámbrico, en el Cámbrico, Ordovícico, Silúrico, Devónico, Carbonífero, Pérmico, Triásico, Jurásico, Cretácico, entristecido por el umbral de sesenta millones de años de su pasado inmediato, Paleoceno, Eoceno, Oligoceno, Mioceno, Plioceno, Cuaternario. Desde las algas, más jóvenes solamente que la corteza terrestre, por los invertebrados, los peces, las embriofitas, los anfibios, los reptiles, los mamíferos, los pájaros y el hombre. Empieza a sollozar.

El guardia se le acerca.

—¿Se encuentra bien?

—¿Qué? Ah, sí —dice el Fenicio—, soy un viejo tonto sentimental.

Empieza a caminar para dejar al guardia, su amigo.

—Estaba pensando en algo —dice el guardia.

—¿En qué?

—Bueno, es que usted pasa mucho tiempo aquí.

—Sí, bueno, le diré el motivo. Soy dentista.

● ○

Llegaba tarde a la comida (como solía suceder, los días que iba al museo, su noción del tiempo —es madrugador, llega el primero a todas las citas, acelerado como un candidato cuando toca ir al siguiente encuentro, se acuesta tarde, se lleva el papeleo al lavabo, al autobús que toma para ir a casa, no usa maletín pero tiene todos los bolsillos llenos de correspondencia, plumas, papel de carta, sellos preparados en la billetera— se volvía trágica,

alargando los rostros, el pasado ralentizaba su sangre, espesándola, deteniendo su reloj). Ni siquiera tenía tiempo de volver al despacho.

La parada de autobús que había elegido, mirando por encima del hombro mientras recorría la distancia entre una y otra manzana, estaba delante de una droguería. Una mujer aguardaba, con una cesta.

—Señora —dijo Alexander—, ¿hace mucho que espera?

—Unos diez minutos.

—¿Lo ha visto irse?

—Ha pasado cuando salía de Kroger.

Si se daba prisa, tendría el tiempo justo para llamar a Crainpool.

—¿Crainpool?

—Sí, señor.

—¿Qué hay de nuevo?

—Está muy tranquilo.

—¿No hay mensajes?

—Se ha pasado el hombre que ha venido esta mañana.

—¿Qué? ¿El mafioso?

—Ha dicho que el señor Morgan se ha dado el piro. Lo considera a usted el responsable.

—¿Ah, sí? ¿Ha llegado el correo de la tarde?

—Sí, señor.

—¿Y?

—No hay nada de Chile, nada de Irán.

Crainpool suelta una risita.

—¿De Alemania Oriental?

—Ni una palabra de Alemania Oriental.

El Fenicio cuelga el teléfono con tanta violencia que el empleado de la droguería levanta la vista. Libres, piensa, fugitivos que andan sueltos; esta frase, como siempre, escalofriante, le pone la piel de gallina. Piensa en pantanos, cuevas, desfiladeros. Libres. Andan sueltos. Piensa en campamentos tan adentrados en terrenos tan amenazadores cuyos habitantes carecen de lenguaje. El parloteo de los simios, quizá, las señales de los pájaros. Como siempre, la idea de sitios tan remotos le vacía el rostro, neutraliza sus rasgos, una especie de parálisis de la atención. La gente, cuando lo ve, quiere ayudarlo.

—¿Desea algo, señor? —le pregunta el dependiente.

Andan sueltos. Libres.

—¿Hum?

—¿Puedo hacer algo por usted?

Libres.

—¿Qué me recomienda que sirva para atar?

Ve el autobús fuera y corre a cogerlo.

Están en el restaurante Hilgemann a petición de la chica. Pero es él quien ha decidido cenar en el interior en lugar de en el jardín. Aunque hace bastante calor, las largas vides que serpentean por el emparrado lo ponen nervioso. No podría haber sido agricultor; si es agente de fianzas es porque puede ejercer algún tipo de control sobre las cosechas de delincuentes, sus cultivos pasmados tan cerca de ser continuos que no tiene la sensación de trabajar con el tiempo (sus calendarios son tan solo una especie de mapa, como los planos que se encuentran en las comisarías). De modo que están en el interior, en esta Bavaria aproximativa de Ohio, encadenados a la realidad por los hemisferios azules sellados de Diners Club, el centurión de rostro afable de American Express y los círculos dorado y naranja entrelazados pegados en la ventana como sellos de colores vivos. Él ve bastos, picas y corazones aéreos entre las pesadas barras de las sillas de respaldo bajo, se fija en la gentil intrusión de una cabeza de ciervo disecada —aquí, sin dientes— y las recargadas jarras de yeso de París que cuelgan del asa por encima de la barra y que la gravedad dispone en ángulos idénticos, como una serie de hombres que se caen, por aquí y por allá, con su jarra de cerveza de peltre con tapa, parecidas a narguiles diminutos o a un complicado motor de vapor de los antiguos. Una vez Herr Hilgemann le propuso al Fenicio tener una propia con su nombre grabado en ella. «Yo no soy de los que participan», le dijo. Ve sin apetito las pesadas porciones de carnes gruesas y fibrosas: faldas, costillas y asados, y escalopes vieneses que parecen rebozados con arena, con gusanos de anchoas enrollados como muelles decorándolas. Salsas espesas hieren la ropa de mesa. Hay edificios de hojaldre, entramados geométricos de chocolate, puentes horneados de caramelo, cenefas de corteza, copos, cerezas cortadas como rodajas íntimas de una biopsia. Entre estas ruinas húmedas, Main mastica el sándwich que no puede saborear; no quiere llevarse esos horribles cubiertos a la boca, esas púas pesadas.

El apetito de la chica lo deja atónito. Esta comida, como Miss Krementz debe de haber adivinado, no es necesaria; la cuestión podría haberse tratado en la oficina o por teléfono. Él le podría haber pedido, como ha hecho con otros, una redacción: «Por qué creo que… … compareceré ante el juez».

A Main no le apetece ni explicárselo. Tiene ganas de echarse una siesta, de soñar con fugitivos porque, aunque son sus pesadillas, por lo menos, en los sueños, está con ellos, se entera de sus planes, los ve en sus nuevos entornos con sus nuevos disfraces.

—Bien —dice dejando el sándwich. Cuando está preparado para hablar, ya ha decidido que no avalará la fianza del novio de la chica—. El incendio provocado conlleva una de las fianzas más elevadas. Una fianza muy alta. Cuando se incendia un edificio…

—Pero él no lo hizo.

Alexander se encoge de hombros.

—Cuando se incendia un edificio, las compañías de seguros se meten. Son ellas quienes determinan los precios, no yo. Reconozco que no es justo. En

nuestro país, casi todas las minorías tienen grupos de presión, pero ¿quién piensa en los pirómanos? ¡El poder del fuego! No me haga caso, estoy pensando en voz alta.

—Su abogado dice que tenemos que sacarlo, que la presunción de culpabilidad es demasiado fuerte si permanece en prisión hasta el juicio.

—Eso es verdad.

—¿Y entonces qué dice? ¿Ha tomado una decisión?

—Tengo que hacerle pasar una prueba.

—Una prueba.

—Es algo completamente rutinario.

—¿Qué tengo que hacer? Oiga, un momento, que yo no le pido un papel en su película. No se haga ideas raras.

—¿Qué? ¿Con la mierda que come? Con su aliento me haría caer de la cama.

—Bien. Solo quería dejar eso claro. Le pagaré con un cheque de caja. Iremos al banco a que me lo hagan.

—Tiene que pasar la prueba.

—Tengo que pasar la prueba.

—Es una prueba muy tonta.

—Muy bien. Hagámosla ya y acabemos con esto.

—No es científica. No es para una persona culta como usted.

—Adelante.

—En realidad, es un insulto a su inteligencia.

—Por el amor de Dios, póngame a prueba.

—¿Cuánto quiere usted al señor Hunsicker?

—¿Qué?

—¿Cuánto lo quiere? ¿Lo quiere mucho?

—Claro. Por supuesto.

—¿Mucho mucho?

—Sí. ¿De qué va esto?

—¿Un montón?

—Esto es ridículo.

—Dígame.

—Sí.

—Muéstremelo con las manos.

—¿Con las manos?

—Solo tiene que extender mucho los brazos y enseñármelo.

Ella abre los brazos. Podría ser un pescador mostrando la longitud de un gran róbalo.

—¿Eso es todo?

—No. Más. Mucho más.

—Muéstremelo.

Abre tanto los brazos que Alexander oye crujir sus omóplatos. Sus tetas avanzan al plato.

—Pues no es tanto —dice él.
—Me está tomando el pelo. No hay ninguna prueba.
—No puedo. Es un hombre marcado. Su novio está jodido. No piense mal de él. A veces, hay hombres inocentes que suponen un mayor riesgo que los culpables. ¿Cómo sé yo si provoca incendios? Me gusta la versión de la acusación, pero eso no quiere decir nada; aún podría perder la partida. El caso es que, en el estado de ánimo en el que se encuentra su novio, él está convencido de lo contrario. Lo vi. Está muy deprimido porque le haya pasado a él una cosa así. No creo que aguante hasta el final. Demasiado dinero en juego: es demasiado arriesgado.
—¿Por qué me ha hecho pasar por todo esto?
—Se ha llevado una buena comida, ¿de qué se queja? ¿Los otros agentes de fianza le dieron de comer? ¿Quiere postre?
—Quiero irme de aquí.
—Enseguida pido la cuenta. No, antes ha pensado que le estaba tirando los trastos. Así que se lo quiero preguntar, ¿qué oportunidades tendría una persona como yo con una chica como usted?
—Ninguna. Gracias por la deliciosa comida. Hasta otra.
—Sí. Mi mujer está muerta, ¿lo sabía?
—Me sabe mal. Es una putada.
—Exacto. Eso es lo que le dije cuando supimos que iba a morir.
—Es usted un tremendo hijo de puta, la verdad.
—No. ¿Qué dice? ¿Qué sabe usted de eso? ¿Quiere postre? ¿Qué le parece esa porquería de allí con nata y nueces?
—De verdad piensa que se me puede llevar a la cama.
—¿Por una comida? Sí que se tiene en alta estima. No me he vuelto a casar.
Ella no hace ademán de irse. A lo mejor piensa que aún llegará a un acuerdo.
—Voy de putas de vez en cuando, de flor en flor, para desahogarme. Hay varias joyas en Cincinnati. Hacen lo que sea por dinero algunas de esas chicas. Ahora bien, si una de mis furcias se muriese, pondría dinero encima de la máquina de discos y me sentaría en la barra con el sombrero en la cabeza como Walter Winchell.
—Tuvo que querer mucho a su mujer —dice Miss Krementz con ecuanimidad.
—Sí, bueno, era muy normalita, feúcha. Nos casamos cuando ambos ya habíamos entrado en la mediana edad. ¿Sabe lo que no soportaba de estar casado? Los pícnics. Todas esas salidas a la maldita playa. Con los manteles y las servilletas y los sándwiches envueltos con papel encerado. La Coca-Cola tibia. Llevar bañador. Ir descalzo sobre las piedrecitas, o la arena que se me metía en los zapatos si no me los quitaba. No era mucho mejor en el patio de casa. Echado sobre los muebles plegables del jardín con bermudas. Yo vengo de un pueblo del desierto, de una cultura caliente, tengo arena en

la sangre igual que linfa, pero, durante todo el tiempo que estuve casado, fue como si hubiese tenido fiebre, como si su señor Hunsicker me hubiera hecho algo con su material incendiario, con sus trapos grasientos. El sudor en la barriga como la grasa del caldo. El suspensorio estaba mugriento, me salían sarpullidos. Los domingos. Estuvimos juntos cuatro años pero lo único que recuerdo son los putos domingos. Haciendo el vago. Intentando buscar cosas que hacer, aburrido en la barbacoa e instalado detrás de la valla como un balón perdido.

»No solo bermudas, también pijamas. ¿Sabe cuánto odiaba los pijamas cuando todo se acabó? A mí me gustan, siempre me han gustado. ¿Quién quiere acostarse con los grandes huevos rojos yendo de acá para allá, con la polla a la deriva como una vela al viento o la aguja de una brújula? No, yo soy de pijama. En moteles, en hoteles, me encanta ponerme uno. Pero tiene que estar almidonado, tiene que estar limpio, planchado, me gusta que tenga un pliegue como el periódico de la mañana. El caso es que cuando vivía mi mujer, lo llevaba una semana seguida, un hombre que nunca había dormido con el mismo pijama más de dos noches, sucio como un pañuelo y maloliente como unos calcetines.

»Yo no sé, se supone que un año tiene cuatro estaciones. Pues solo recuerdo las olas de calor, estar incómodo, hacer cosas que nunca quise hacer, que ella nunca quiso hacer. Nadie podría querer hacer esa mierda. La gente tiene que estar cómoda, pero juntas a dos personas y, de repente, tiene que haber planes, actividades, te partes el lomo pensando nuevas maneras de quedarte atrapado en los atascos. Su leucemia fue mi fianza. Ahora me la casco o me voy de putas, especialistas como ese hombre de Boston que puede hacer esa maravillosa operación. O me doy un capricho y me pago una de esas prostitutas telefónicas de la universidad. Lo corriente se ha acabado para siempre.

»Veo a tipos como yo en restaurantes —como nosotros dos aquí—, viejos verdes acompañados de rubias altas, con flequillo como una cornisa en la frente y un bonito bronceado. Uno se pregunta: ¿padre e hija? ¿Tío y sobrina? Jamás. Son tíos de fuera que tienen la jeta de preguntarle al botones del hotel dónde pueden ligar. ¿Por qué le estoy contando todo esto?

—Sí, ¿por qué me está contando todo esto? ¿Qué le hace pensar que me interesa su vida?

—¿No le interesa? ¿No quiere saber cómo vive la gente? ¿Qué problema tiene? ¿Cuántos años tiene, veinticinco? ¿Cuánto puede haber visto una cría como usted? ¿Tiene fiebre también? ¿Le metió el señor Hunsicker periódicos enrollados por el culo y se los encendió con un encendedor? Bien, nos saltaremos la vida amorosa. Así es como me siento en este bonito día de primavera: como si solo pudiera recuperar con drogas el sentido de mis posibilidades. Como si no hubiese estado nunca en la lavandería. Usted come como un caballo y yo estoy lleno. Este es el motivo por el que la invité a comer: para comunicarle que no pagaré la fianza de su amiguito. Para

confiarle todo esto. Ahora ya sabe un poco cómo me siento. No es información privilegiada; mucha gente sabe todo eso de mí. Hay más, pero se lo ahorraré. Dígame, ¿tiene fotos suyas? Es usted guapa. Me gustaría tener una foto suya. Le daré cuatro dólares por ella.

—Está loco.

—Y una mierda. Los locos son personas que están agitadas. ¿Usted cree que yo estoy agitado? Entonces es que no me he explicado bien. Mire, le diré una cosa. Si hubiéramos tenido esta conversación ayer, quizá habría aceptado pagar la fianza. Puede que sí, puede que no. Pero ha pasado algo. Me he cruzado con un tipo aterrador hoy. He sido descuidado. Mi estilo grandilocuente requiere mucha energía. Soy el mejor del sector, pero tengo siete mil años y estoy bajando el ritmo. Además, he faltado a una reunión importante con mis colegas. Hacen planes para vencer a la historia, la selección natural, hablan de progreso alrededor de un buzón de sugerencias y delante de un asado londinense en Covington, Kentucky. Se creen que estoy en contra de ellos. No estoy en contra. Estoy por delante. ¡Asado londinense! Vaya memos. Mastican la extinción de la raza y ni se dan cuenta. Asado londinense. Media hora de trayecto para llegar hasta Kentucky y se piden un asado londinense. ¿Y sabe por qué? ¿Quiere un signo de los putos tiempos en los que vivimos? ¡Porque el pollo frito al estilo de Kentucky hace años que ya no está en el menú!

Sacó la billetera, puso siete dólares sobre la bandejita junto a la cuenta y se levantó.

—¿De qué signo es? ¿Aún se pregunta eso? ¿Cuál es su signo?

—¿Mi signo? Sagitario.

—Sagitario, ¿eh?

—¿Y usted de qué signo es?

—Plioceno.

El Fenicio acompañó a la chica a coger un taxi. Tenía el principio de una erección.

● ○

Dejando atrás la radiante luz del sol, Alexander Main abre la puerta de su oficina, haciendo tintinear los alegres cascabeles por encima de la puerta. «A trabajar, señor Crain- pool», le lanza con aire ausente al hombre con liguero de manga. «A trabajar, canalla holgazán. Cuando el gato no está, ¿eh? Si ha terminado lo que estaba haciendo, búsquese otra cosa. No le damos nuestro buen dinero para que… vaya, vaya», dice con voz de inspector. El rufián de Chicago está sentado en su mesa. «¿Quién está sentado en mi silla?», pregunta el Fenicio con voz monótona.

—¿Dónde está Morgan? ¿Qué le has dicho?

—Oye, tú, me debes dinero. La fianza ha sido un poco inferior a los cinco mil de los que me habías hablado.

—¿Dónde está?
—¿Quieres saber dónde está?
—Eso es.
—¿Se te ha escapado?
—Tú le dijiste que yo estaba fuera.
—A ver si lo entiendo. ¿Se te ha escapado y volvemos a estar en la casilla de salida?
—Sí, eso.
—¿Entonces el contrato sigue vigente?
—¿Dónde está?
—¿Sigue vigente?
—¿Sabes dónde está?
—¿Sí?
—Si lo traes.
—Veamos. La fianza fue de cincuenta pavos. Treinta por ciento por haberlo denunciado son quince dólares más. Me debes sesenta y cinco dólares en total.
El gánster se saca la billetera y pone dos billetes de veinte, dos de diez y uno de cinco sobre el papel del escritorio.
—Muy bien. —Se saca el acuerdo de fianza del bolsillo y se lo muestra—. Sí. Tribunal municipal. Sala nueve. Comparece dentro de tres semanas.
—Qué buena pieza eres, hermano.
Recupera uno de los billetes de diez y se lo mete en el bolsillo.
—Tramposo —grita Main—. ¿Ha visto, Crainpool, cómo se quiere escabullir este soldado y no cumplir con nuestro acuerdo? ¡Sinvergüenza!
—De verdad, qué buena pieza estás hecho —dice—. Tienes suerte de que soy un profesional y que nadie me paga para que te elimine. No trabajo gratis, pero voy a tener una larga conversación con mis superiores sobre ti. Ya lo creo que sí, voy a darles informes detallados, listo. —Cambia el tono y mira a Alexander con algo parecido a la sorpresa—. ¿Cincuenta pavos? ¿Su fianza solo fue de cincuenta pavos? Joder. ¿Es que no se enteran de nada en este burgo o qué?
—Un pueblucho.
—De acuerdo, mala información. Recibimos una llamada diciendo que se había hecho atrapar y me enviaron a mí.
—Oye, mira, pues te has ido de excursión.
—Sí, claro.
—Una salida, un poco de aire fresco. Vuelve a vernos otro día, ahora ya sabes el camino.
—Exacto —dice—. Dentro de tres semanas.
Se va.
—Bueno, señor Crainpool, ¿ha sido lo bastante emocionante para usted?
—He visto cosas mejores.
—Sí. Y las verá mejores todavía.

—¿Sí?

—Estoy convencido de ello, tiene muchos números. Y ahora, ¿qué tiene para mí?

Crainpool señala un calendario.

—Mañana es día uno.

—Sí. Iré a ver a Avila, creo.

—Siempre es usted el que sale —protesta.

—Sí —le digo—, es lo que tiene la libertad.

● ○

Las oficinas de Avila están en el centro. No es abogado penalista, está especializado en divorcios, y su lugar de trabajo lo refleja. Está en las tres o cuatro manzanas de la ciudad que conforman nuestra Quinta Avenida, con las tiendas de lujo y los edificios de oficina más caros.

El día es un reproche a mi corazón, como si, igual que les pasa a todos los viejos en un día espléndido, yo precediese a la naturaleza y estuviese allí por una especie de tolerancia, de cortesía profesional del tiempo. He dejado mi sobretodo en el despacho, pero da igual. Dios me tiene calado y sabe que solo es el viejo Alexander Main que ha venido de su Cincinnati de alquileres altos, ningún muchacho, nadie que frecuente los bulevares, solo el mancillado Fenicio, con el pecado y la historia como la mierda en su intestino. Dios ve a través de mis coronas de oro, sabe qué hay debajo, ve hasta mis encías, la base rosa de mi ser, las cavidades confusas en las que los dientes se erigen paralelos como estacas. Y debajo de las encías, las raíces cubiertas de cemento que agarran el hueso, buscando asideros y sujeción como un alpinista que sufre apraxia. Dios conoce mis mandíbulas.

Aun así, sigo aquí. Al menos mi dinero me da el derecho. (He redactado mi testamento. Seré enterrado con mi dinero. Adornará mi ataúd como una ensalada, para que un día me encuentren los arqueólogos, caerá un rayo, la tierra temblará, el estado decidirá abrir una nueva autopista más directa, la nueva edad glacial me desplazará dos mil kilómetros hacia el sur. Científicos de esa época lejana me catalogarán, mis huesos como restos entre las hojas de lechuga con gusanos de mi fortuna, la fianza de *ragtime* de Alexander, sepultado bajo la garantía. Tal vez, si aún existen, habrá espacio para mí en la vitrina de algún museo futuro, con las huellas de los alumnos en mi cristal, ensuciando la esfera de reloj de mi aislamiento de cristal.)Mientras tanto le usurpo placer a la bonita jornada, me estremezco en el leve frío de la brisa primaveral que sopla entre los bulevares de Lego de Cincinnati, en nuestra América de Lego. Voy por la gran arteria donde la piel de cada edificio se funde con la piel del siguiente en una contigüidad siamesa, una larga muralla china de arquitectura, y paso por delante de la terraza de un café delimitado por una valla blanca y baja como un parque infantil que tuviera que plegarse cada noche y poner a refugio de la intemperie. Exhibición de toldos. Como

si Cincinnati fuera una ciudad con puerto, una ciudad de velas. Un camarero entra y sale de entre las mesas, no con uniforme sino con un traje gris claro, corbata de buen chico por debajo de un chaleco adornado con una cadena de reloj y trofeos de llaves de distintas sociedades electivas.

Contemplo los escaparates limpios de las tiendas —ahí está el verdadero arte de nuestro siglo, en la ornamentación de sus escaparates— como decoración para una vida mejor. Disfruto del buen gusto de los demás. Las cosas están instaladas, aisladas en espléndidas cajas de la alta moda: un bonito escritorio y una bonita butaca descentrados en un inmenso aparador. En otro, sobre una alfombra exquisita, encima del brazo de una soberbia butaca Wassily, hay un cachemir Braemar de un verde pálido como los espacios abiertos de los billetes de dólar. Un quiosco brilla con todas las novedades espectaculares que anuncia con pósteres —una compañía de danza ucraniana, caballos lipizzanos, el Teatro Negro de Praga, los Stones, el Black Watch— proyectados sobre el alto cilindro, como si los países extranjeros estuviesen pintados sobre un globo terráqueo. Me sorprende que estén impresos en inglés y no en francés. Hasta el aire tiene un aroma francés: huele a castañas, a Gauloises y gasolina. Delante de mí, por la calle, va una chica con la mano metida en el bolsillo trasero de los pantalones de su novio y utiliza su culo como timón.

Paso por delante de otra terraza. Una mujer elegante está sentada junto a un hombre que luce el jersey de cuello alto más blanco que he visto nunca. Sus pantalones de tela gruesa están hechos a medida, son amplios. Con los codos sobre la mesa, ambos se inclinan el uno hacia el otro con intensa afinidad sobre sus tazas de café vacías. Bajo la vista para descifrar el mensaje formado por las migas de sus brioches sobre el mantel blanco, un código morse de masa y de corteza. Más lejos, unos obreros subidos a camiones elevadores cuelgan decoración de Pascua en los árboles delgados, unas largas bandas de papel metálico dorado enmarcadas con espirales rígidas que tienen exactamente el mismo tamaño y aspecto que los muelles de los colchones. Cuando pasé por aquí hace dos días, solo llegaban a la altura de los almacenes Pogue: ahora han avanzado dos manzanas, invadiendo centímetro a centímetro la larga avenida como una epidemia dorada.

Entro en el bloque de oficinas nuevo y consulto el gigantesco directorio que ocupa casi toda el largo de una pared de mármol negro. Localizo el número del despacho de Avila —no había venido nunca— y le digo al mozo del ascensor que voy al piso dieciocho. Detiene la cabina entre dos pisos, se vuelve hacia mí y se saca una caja de madera rudimentaria del bolsillo. Hay pintada una especie de escena hawaiana. Me va a hacer un truco de magia. «¿Fuma?». Sin esperar a que le conteste, levanta la tapa y muestra que la caja está vacía; entonces vuelve a abrirla y hay cuatro cigarrillos dentro. No parecen frescos y les falta tabaco en los dos extremos. Se ríe. Tiene unos tubos plásticos que le salen de las orejas como desagües minúsculos.

—A lo mejor quiere uno. Tres dólares.

—Oye, vuelve a hacer eso.

—¿Fuma? —Levanta la tapa y la caja está vacía. Vuelve a abrirla y hay cuatro cigarrillos sobados—. Tres dólares. ¿Quiere uno?

—Naa, es un truco —le digo.

Las oficinas de Avila son un decorado de teatro igual que los escaparates. Detrás de la fachada de rascacielos de cristal y acero, el arquitecto ha inventado buhardillas y formas extrañas de las habitaciones, aquí entran y aquí salen, como un traje mal colgado en la percha. Estoy dieciocho plantas por encima de la calle, pero podría estar en el primer piso de una casa colonial de las afueras. De las paredes de la sala de espera (no tengo cita; la secretaria me ha pedido que aguarde) cuelgan unas ampliaciones de fotos gigantescas, granuladas como el papel moneda, grandes como banderas. Los muebles que hay aquí no se parecen en nada a los de una oficina. Recuerdo el traje bueno del mozo del ascensor. Es demasiado para mí: la primavera, el estilo, el futuro.

La secretaria me dice que puedo pasar y recorro un pasillo que también podría estar delimitado por puertas que abriesen a dormitorios. Avila viene a encontrarme delante de una de las puertas; es un hombre de entre treinta, treinta y cinco años, sin americana, vestido con unos pantalones y un chaleco negro por donde salen dos mangas de camisa blanca como dos llamas de acetileno. Me da la mano y me lleva —qué pasivo me he vuelto— a su despacho, que parece como si estuviese decorado vaciando tres o cuatro de aquellos escaparates. Su escritorio, desprovisto de cajones, es una placa de mármol blanco de dos metros de largo sobre un metro de fondo, que reposa en pies de cromo rodesiano. En la pared a mi derecha, hay una biblioteca antigua con viejos libros de leyes detrás de un enrejado dorado como un cura entrecortado detrás de un confesionario. Un mechero de plata sobre la mesa como un ladrillo plateado. Una gran lámpara redonda blanca sin pie como la pechera de una camisa burbujea sobre el mármol, y la moqueta, largas pieles de lana color crema, tiene el aspecto de un parqué emblanquecido. Una consola francesa del siglo xviii se duplica contra un espejo. Solo la silla donde estoy sentado me es invisible. Gusto. Gusto por todas partes. Un despacho lleno de buen gusto en una ciudad confitada en gusto.

Avila no ocupa su lugar detrás del escritorio, sino que coge asiento en la otra punta de la habitación, en un sillón tapizado con lino granulado tejido a mano. Luce bien su ropa. Lo veo sin calcetines como un Kennedy con zapatillas deportivas mojadas; me imagino sus tobillos articulados de rico. Lo veo en su amplia cama baja, con sus inmensas sábanas con estampado de fresas gigantescas. Lo veo coger las multas de aparcamiento del parabrisas de su coche deportivo; lo veo entregárselas a su secretaria para que las pague.

—Oiga —dice—, no lo esperaba. En realidad, iba a bajar a que me cortasen el pelo. —Tiene el corte de pelo indefinido de un actor—. La

barbería está en el edificio. ¿Por qué no me acompaña? Podemos charlar mientras estoy en el sillón.

Me sale antes de pensarlo:

—Pero si está perfecto. No hace falta cambiar nada.

—Uy —se ríe—, la presentación son los nueve décimos del derecho. Cada día a esta hora tengo cita con mi estilista. Un abogado de divorcios depende mucho de la transferencia. Como un psiquiatra.

Estamos en el mismo ascensor en el que acabo de subir, pero el hombre que me ha enseñado el truco ha desaparecido, aspirado por la historia. Me molesta no volver a verlo más. No sé cómo sé esto, pero lo sé.

La barbería es deslumbrante. Largas superficies de trabajo de formica amarilla ocupan toda la longitud de una pared cubierta al completo por espejos y toda la longitud de otra como los mostradores de un establecimiento de comida rápida. Esto es un salón de belleza, luminoso como el consultorio de un cirujano estético. Cajas de pañuelos, platos de joyero cubiertos de peines, neceseres, grandes esponjas rosas, mantel de satén azul, botellas de colonia, un surtido de cepillos con cerdas tan brillantes y limpias como las pieles de visón y chinchilla, la colección completa de tiritas, tantos lápices de cejas como los que hay en la oficina de la redactora en jefe de la revista de moda *Women's Wear Daily*. Hay lacas, cuencos pequeños de tinte, un mostrador de bastoncillos de algodón dentro de una caja transparente como un bosque que emerge de la nieve. Hay nidos de pelucas, apósitos, botes de rímel, coloretes, rizadores de pestañas colocados de lado y que se curvan entre ellos como cucharas de un servicio para ocho. Hay montones de limas para uñas, astringentes calientes y cremas hidratantes, cortaúñas como instrumental quirúrgico. Una triple serie de tubos fluorescentes corona los espejos. Estoy excitado: ojalá pudiera oler las lociones y champús, y, de pronto, levanto un maquillaje en barra de Max Factor y lo lamo con la lengua como si fuera un helado de esos que los niños aprietan por la parte de abajo para que suba.

Avila se instala entretenido y contento en un sillón de barbero mientras una mujer con pantalones blancos hace unos pasos alrededor de él con las tijeras y el peine. Cuando se retira para elogiar su obra, yo lo acuso de su belleza; le digo que su estructura ósea es su destino.

—¿Qué? No, soy muy corriente.

Me veo rebotando por los espejos, fracturado en el espacio como el saque inicial del billar. Veo el reflejo de cuadros de mi cazadora de cuadros. Es cara, hasta nueva, pero vulgar. No tengo gusto, solo hambre. Nunca he ido a la moda y me deja atónito que hayan pasado tantas cosas en el mundo. Los cambios que percibo me dejan sin aliento. Más atónito todavía por lo que falta que pase. Tengo premoniciones erráticas, repentinas, de nuevas técnicas de embalaje: cereales del desayuno en vaporizadores, cerveza en cajas herméticas que la mantendrán helada, yema de huevo en tubo. El manto de Avila podría ser una mortaja. No soporto mirar, por lo que me

dejo caer en un sillón vacío junto a él.

Un barbero deja su periódico y se acerca a mí.

—¿Quiere un corte?

—Déjeme —digo demasiado fuerte—. ¿Podemos hablar aquí? —le pregunto a Avila.

—Pues claro que sí —me dice con tono benévolo.

—«Pues claro que sí». Abogado, abogado, menudo estilazo tiene. Sí, me gusta. A su lado todos parecemos negros de mierda, derrocha seguridad como otro derramaría la sopa. —Pasar a la ofensiva sacude un poco mi pasividad—. ¡Vaya ética profesional que tiene! «¿Podemos hablar?». «Pues claro. ¿Qué pasa, que esto es una biblioteca pública y tenemos que bajar la voz?». Eso. ¿Huele ese pedo? Es mío. Ha salido del ojete de Alexander *ragtime*, son los rugidos marrones de Main. ¿Por qué debería negar lo obvio? No hay dos hombres en todo el universo cuyos pedos huelan igual. Como los copos de nieve y las huellas dactilares. El argumento de mi distinguido colega es convincente: aquí podemos hablar.

—¿De qué está hablando? Pero ¿qué dice?

—Sí, bueno, hasta ahora no habíamos hecho negocios juntos, si no, conocería mi meticulosidad, el ojo que tengo para los detalles, mis métodos quisquillosos. Me tomo más molestias que las que me calma la aspirina. Mañana es uno de abril, día de los Inocentes, no lo olvidemos.

—¿Sí?

—Sí. Withers debe comparecer mañana. —Levanto la voz para que me oiga todo el mundo en la barbería—. Se trata de Withers, el banquero. Eugene Withers, el que no ha podido pagar una pensión alimenticia de dos mil quinientos dólares al mes y que ya tenía unos atrasos de treinta mil dólares cuando se cruzaron nuestros caminos en el tribunal. Eugene Withers, el presidente del Ohio First Federal Savings Bank, no lo olvidemos. Por cierto, si alguno de ustedes, barberos, manicuristas o limpiabotas hacen negocios con él, les sugeriría que investiguen un poco sobre su banco. Háganlo circular. Withers.

—Pero ¿a usted qué le pasa? —dice Avila—. ¿Dónde se cree que está?

—Él no está en la ciudad.

—Bueno, probablemente esté en el norte del estado por trabajo. ¿Por qué no me espera en mi despacho?

—¿Sabe usted con seguridad que está en el norte del estado por trabajo? No soy su exmujer. No tengo dulces recuerdos del presidente Withers en la cama que me saquen de los apuros cuando los atrasos se acumulan. No paro de llamar a su banco. «No está», me dicen, «deje un mensaje». ¿En qué parte del norte del estado está? Lo llamaré personalmente.

—Charleen, llame al guardia, por favor —le dice Avila a su barbera—. Quiero que se vaya de aquí este hombre.

—¿Al guardia? ¿Que llame al guardia? Charleen, querida, los guardias son mi pan de cada día. Desde los guardias de niños hasta los que accionan la

silla eléctrica, los tengo a todos en el bolsillo, Charleen. Andy Frain fue testigo en mi boda. Llame, llámelo, somos viejos amigos. Ahora bien, abogado, en cuanto a usted, el juicio de nuestro hombre es mañana. Quiero estar allí para ver cómo baja del tren, barco o avión privado. Si no aparece, lo iré a buscar. ¿Ve mi arma? ¿Quiere que le haga una inocentada el día de los inocentes?

—Creo que será mejor que se vaya.

—Deme un número donde pueda encontrarlo.

—Me encargaré de que le revoquen la licencia.

—¿La licencia? ¿Y cómo piensa hacerlo? ¿Cómo cree que va a hacer para revocar una carta blanca? ¿Usted cree que el sistema recupera lo que ya ha entregado? Escúcheme, doctor en leyes, usted podría ser inhabilitado con más facilidad. Pobre Withers. Dos mil quinientos dólares al mes. Vaya abogado. Dos mil quinientos al mes por una tía que le ha hecho una mamada a todos los depositantes del Ohio First Federal Savings. Se lo ha montado con todo quisqui que ha abierto una cuenta. En todas las sucursales. ¿A menos que se refiera a mi permiso de armas? Tengo más papeles para mi pistola que un ciudadano nacionalizado o que la garantía de una tostadora. Tengo tanto derecho a ello como el general Eisenhower a una salida honorable.

El tipo se queda mirándome; no ha visto nunca una interpretación igual en toda su lujosa carrera. Pero, de repente, me he quedado sin fuerza. Termino sin convicción.

—Asegúrese de que comparezca. Encárguese de Withers.

● ○

En el vestíbulo, espero a que aparezcan los ascensores. Me prometo que, si el viejo está en uno de ellos, le compraré su truquillo, pero ha desaparecido.

● ○

De nuevo en la calle, está cansado. Ha ganado poco dinero para ser lunes. Es tarde, pero no tanto como para no llamar a los sargentos. ¿Cuándo es el mejor momento? ¿A medianoche cuando han cerrado los registros? Demasiado tarde. Los otros se habrán llevado lo mejor. Lo único seguro sería comprar a todos los sargentos, pero eso sería prohibitivo. Será mejor hacer una especie de llamada de cortesía, utilizar ese enfoque. No hace falta que sumas importantes de dinero cambien de manos. Si existiese un diario de la profesión, escribiría un artículo sobre ello. Esta tarde en Covington han votado por cooperar. Se han hecho amenazas en mi ausencia. Mi pequeña ventaja hace aguas.

● ○

La calle ha cambiado. No hay tanto dinero aquí, ni tanto gusto, pero todavía más estilo. Las tiendas explotan con un egoísmo del presente, las relucientes letras de los relucientes carteles de madera escritos con una caligrafía salchichón se parecen a esos gestos diestros y rápidos que hacen con las patas y la columna vertebral los animales que fabrican hinchando globos los payasos. O son negras, sin mayúsculas, una esbelta y económica geometría tipográfica. Recuerda esas tiendas, podría contar anécdotas, conserva como un testigo perfecto sus antiguas encarnaciones ya desaparecidas. Bootique, la zapatería de señoras, fue antaño el cuartel general de la campaña para que el Partido Demócrata nominara a Estes Kefauver como candidato a las elecciones presidenciales, luego fue un garito de apuestas con cajas de puros vacías y ruedas deshinchadas haciendo el hipócrita en el escaparate. Después de eso, nada de nada por un tiempo; aunque, una vez, al principio, Licores Tyson, que es el nombre con el que aún lo recuerda, en realidad. La mayoría de comercios no llegará al año. Pero hasta ahora, piensa el testigo, nunca han sido así de uniformes, tan prisioneros del contagio del estilo y de la moda, la teoría del dominó del fin del mundo. Qué fuertes discrepancias percibe entre la voluntad y la fatalidad, los carteles de los inquilinos actuales son lemas y chapas de una campaña electoral para la supervivencia a partes iguales. Busca razones pero no ve más que lo irracional, una manera de hedonismo cohibido. Los carteles, las tiendas, este negocio aquí y esa empresa allí, este paisaje, estacional como las imágenes de uno de sus calendarios, son todo chistes. La juguetería, con sus caros juegos educativos, cajas chinas, grandes animales de peluche, muñecas tradicionales, peonzas, palos, aros y pelotas tradicionales, miniaturas verdes y negras de auténticas máquinas de vapor para niños eruditos que jamás han existido, se llama —con letras de arcoíris, sí, es la secuencia del arcoíris: el amarillo atrapa al verde, el verde al azul, y así sucesivamente en la vitrina— «Palacio del juego». Y la carnicería, con serrín en el suelo como cereales esparcidos y los carniceros con sombrero de canotier, con conejos despellejados y sin refrigerar, con pollos desplumados y carcasas bocabajo clavadas en ganchos donde podrían colgarse abrigos, se llama «La carne en el asador». Una tienda de tejidos: «Tela marinera». Un restaurante italiano: «Pizza Resistencia». «Como pez en el agua»: una pescadería. «Viajes Diáspora». Una tienda de artículos para fumadores: «El Templo del Fumador». Un cine: «La última proyección». «Dar la cara»: un salón de belleza. Una tienda de comida dietética y saludable: «Madre naturaleza». «Dulce Hogar»: una agencia inmobiliaria. Una pollería: «Marco Pollo». Una tienda de lápidas y panadería: «El muerto al hoyo y el vivo al bollo». Una tienda de corbatas: «Nudo en la garganta». Un establecimiento de alfombras: «Besar el Suelo». Una sombrerería masculina: «De gorra». Un taller de reparación de relojes: «Tiempo Muerto». «Howard Johnson», los

restaurantes. (¿Cómo demonios llegó eso ahí?) Hasta una pequeña empresa de mudanzas: «Con la casa a cuestas».

Se habla de la desintegración de la ley y el orden, de la delincuencia en las calles, pero cuánta disciplina había ahí fuera, cuánta sumisión a las necesidades y a los gustos de los tiempos. La evocación del futuro está más allá de sus capacidades, él no es capaz de imaginar ni cómo serán las cuchillas de afeitar dentro de veinte años, o las palas de nieve. Pasa por delante de una droguería y ve escrito en el escaparate: «Desde 1961». Se ríe antes de darse cuenta de que no es ninguna broma. Si solo fuese una cuestión de este barrio…, pero no; se ha extendido hasta los centros comerciales, hasta los guetos. En su propio barrio —«Alexander Main, agente de fianzas con licencia»—, ha visto autocares con cristales panorámicos, excursionistas con un guía que los lleva a golpe de pito. ¿Qué pueden estar mirando? ¿A gente que ha sobrevivido una década y media? ¿Pertenecen ya a la historia? ¿Tan pronto? Él no es joven. Ha conocido buenos tiempos y otros que no lo han sido tanto, pero nunca una época como esta, donde el propio tiempo hace en una temporada lo que antes tardaba una década en lograr. ¿Irá a comprar pintura? ¿Mandará a Crainpool con un pincel al escaparate? ¿Le hará pintar… qué? ¿«Con libertad»?, «Más vale fianza en mano que ciento volando», ¿«Pongo la mano en el fuego»?. Es como si viviera atrapado en el cuello de un reloj de arena. El estilo, piensa. Cuando era joven, lo deseaba, esperaba encontrárselo allí como el francés en su boca. Ahora lo ve como un síntoma de enfermedad ruinosa.

● ○

Necesita dormir, echarse una siesta. Pasa a empujones los cochecitos, a los amantes y a los compradores —son más de las tres, los chicos del instituto están en la calle, los universitarios también—, moviéndose entre la multitud vestida con ropa chillona como alguien que baja una escalera mecánica a toda prisa. Roza el brazo de un joven que lleva una camisa blanca normal y corriente con galones de sargento cosidos en la manga. Esquiva a una chica con una cartuchera, a muchachos con banderas, con kipás, las muchachas van sin sujetador, con los pezones erectos, haciendo pucheros con las camisetas, como si se pasearan en un estado de excitación permanente, los genitales de los hombres torcidos, paquetes aplastados en vaqueros apretados, los dos sexos cachondos, literalmente, sus sexos comprimidos dentro de sus prendas apretadas. Ve colores que hasta ahora no habían sido impresos en tela. Ve a todos los jóvenes atractivos como si fueran una nueva especie con sus zapatos de piel, sus botas, bolsos que cuelgan de la espalda de hombres jóvenes y que les confieren un aspecto extraño de mensajero. Las chicas con pantalones, la molienda redonda de su trasero abierto como granos de café, la tensión les eleva la entrepierna y da la sensación de que

están suspendidas en sus pantalones, como paracaidistas, quizá, hundidas hasta la cadera y los riñones. Hay algo curiosamente militar en esta multitud. Tal vez sean los motivos a rayas de su ropa, que recuerdan al tricolor de las condecoraciones.

El Fenicio bosteza y un joven se vuelve hacia él.

—Eh, tío, me mola tu chupa.

—¿El qué? ¿Esta?

—Es chula.

—¿Esta te parece chula? Deberías ver mi uniforme de portero.

—¿Tienes un uniforme de portero? Qué pasada.

—Sí, bueno, mi hija se casa el domingo y yo la llevo al altar.

—¿Se casa? No jodas.

Habla con él como si estuviese dormido. (Estoy tan acostumbrado al palique, a dar el equivalente de lo que recibo, a decir la última palabra, a producir diálogo como placa dental. ¿Cuánto hace que no he tenido una conversación? Mucho. Desde que murió mi mujer.)

Ve una parada de taxi —Austins negros, con el volante a la derecha, importados desde Londres: Taxis La Reina, SA— y va al primer coche, se sube y se hunde en el asiento de cuero.

—¿Qué hay, jefe? ¿Adónde vamos? —saluda el chófer con su acento cockney.

No quiere volver a la oficina, no quiere volver a casa.

—Lléveme —le dice inspirado— a un hotel majo.

● ○

Un portero le abre la puerta del taxi y él se baja, paga al conductor, cruza las puertas giratorias y pide una habitación en recepción. Recuerda que no trae pijama y le pregunta al empleado si hay tienda de ropa de hombre en el hotel.

Le dice al vendedor que su talla es la L.

—¿Lo quiere de algún estilo en particular, señor?

—Almidonado. De algodón almidonado.

Paga el pijama y vuelve a recepción a recoger la llave.

—¿Equipaje, señor?

Sujeta el pijama nuevo. El recepcionista duda.

—¿Qué quiere? ¿Que pague por adelantado? ¿Cuánto es? —Baja la vista hasta la ficha que acaba de firmar—. ¿Veintiocho pavos? Aquí tiene. —Empuja los billetes en dirección al hombre, que al principio no los coge—. ¿Qué pasa? ¿Cree que soy un liante? ¿Un suicida? Nada más lejos de mi voluntad. Deme mi llave. Deme mi llave o pediré que venga el director.

El recepcionista le extiende la llave y el botones avanza un paso. El Fenicio se mete la mano en el bolsillo, saca un dólar y se lo da al mozo.

—Ahórrese el viaje —le dice y, sujetando su pijama nuevo, va en dirección

a los ascensores.

● ○

Le encantan las habitaciones de hotel. Esta es grande, nueva. Está en la planta veintitrés. A través del amplio y limpio doble cristal ve el campo de béisbol, el césped químico perfectamente cortado, brillante, luce como una esmeralda, verde como una sombra de ojos, tiene vistas perfectas al cráneo abierto del estadio, los puestos de diversos colores plegados como sistemas nerviosos a lo largo de sus paredes. Cincinnati se extiende bajo él como una medialuna de mandíbula, los edificios son los dientes, grises como la negligencia, mientras el Ohio recorre la ciudad como saliva. Es una habitación esquinera desde donde se ve el sur y el oeste; ve Kentucky. No retira las cortinas, que están estrechamente dobladas, apretadas, suspendidas en un triángulo que recorre la longitud del techo por encima de las ventanas, pliegues sobre pliegues en una especie de fuelle comprimido. El azul de las cortinas combina con el azul del cubrecama que parece que no se haya usado antes; como nuevo, igual que todo lo demás en esta habitación: las hondas butacas modernas, palmeadas como guantes de béisbol y con asientos como los bolsillos que tienen los receptores, las dos bandas de cerezo empotradas de sesenta centímetros de alto cuya textura es como la de la lona extendida, la reja de aluminio del aparato de calefacción y aire acondicionado en continuidad con la larga banqueta que bordea el inmenso ventanal orientado hacia el oeste. Admira el escritorio (del mismo cerezo liso) que levita contra la pared, con sus cajones suspendidos que cuelgan del aire como pistoleras. Se sienta en la butaca roja y coloca las rodillas bajo la mesa, abre un cajón, mira con satisfacción la presencia de un taco de hojas blancas de papel de carta, el logotipo dorado del membrete, los dos bolígrafos, los formularios de telegramas amarillos de Western Union. Coge el menú, que tiene la textura grasa de un naipe, de la superficie del escritorio, retira las cartas plegadas como tiendas de campaña que anuncian la hora a la que conviene dejar la habitación y dan instrucciones para utilizar la televisión, y las coloca en un cajón al lado del paño tratado especialmente para lustrar los zapatos y una bolsa de papel doblada con un cordel rudo donde meter la ropa para la lavandería que va acompañada de un ticket verde con un agujero reforzado de tela en la parte superior. Pasa los dedos por la pila de folletos, y los baraja como un mago que prepara un truco de cartas. Cierra los cajones, que retroceden en silencio por sus ranuras. A la derecha, el escritorio de madera liso —la madera en esta habitación no parece madera, es uniforme como el cristal— se transforma en cómoda y después cede el lugar a un emparrillado destinado a recibir las maletas. Hay cinco lámparas: sobre el escritorio, sobre la cómoda, junto a su cama, sobre una mesita baja blanca, una lámpara cromada de pie con pantalla alta y estrecha. El televisor rota en una barra cromada ante la

ventana del sur. Lo enciende y, desde la cama, las siluetas de la pantalla parecen estar suspendidas en el cielo. Extiende la mano hacia el panel de control —hay un reloj eléctrico, una radio, un altavoz como una mancha de tela marrón, filas de interruptores, botones— para apagarlo. Entra en el baño, ve los joyeros de plástico con jaboncitos, toallas de distintos tamaños y grosores como un servicio de cubiertos de felpa o una despensa de banderas. Pasa la mano a lo largo de la barra, inclinada como la trayectoria de una rampa de escalera sobre la bañera, y toca el bonito lavabo con su extraña grifería. Como un dignatario que corta un lazo inaugural, rompe la banda de papel que recubre el asiento del váter. Mea en la taza enérgicamente y durante mucho rato, hundiendo su orina en el agua ligeramente azul.

Le encantan las habitaciones de hotel.

Me encantan las habitaciones de hotel. Lo llevo en la sangre. Son los oasis de mis genes fenicios, la estación de paso de mi vetusto corazón.

Vuelve a la cama y descuelga el teléfono sobre la mesita de noche después de tirar del plato que está en la base del aparato para estudiar la información de la carta. Marca un número.

—¿Servicio de habitaciones? Aquí el señor Main, de la habitación 2341. ¿Hasta qué hora sirven? Perfecto… No, por ahora nada, gracias. Quizá me entre hambre a las tres de la madrugada.

Marca otro número.

—¿Es la gobernanta? Verá, si quisiera que me lavaran ropa, ¿podría...? ¿Qué? Ah, tengo que llamar a la camarera de piso. Hola, ¿camarera de piso? ¿Hay servicio de lavandería y plancha en el mismo día? ¿Y limpieza en seco? Muchas gracias, camarera. ¿Recepción? ¿Hay algún mensaje para el señor Main de la 2341? Sí, si es usted tan amable. Gracias. ¿La lámpara roja? ¿Dónde puede estar? Sí, la veo… No, no parpadea. Pensaba que estaría estropeada. ¿Podría probarlo, por favor? Sí, ahora sí. ¿Cuál es el recado?

Y el número del bar, el del aparcamiento y el del mostrador de Avis. Solicita información sobre una niñera y llama al cajero para preguntarle dónde puede cobrar un cheque. Descubre, también, que puede dejar su reloj y objetos de valor en la caja fuerte del hotel.

Luego marca el 99.

—¿Quién es el médico de la casa? Entiendo. ¿Podría darme información sobre él? Bueno, pues, por ejemplo, dónde hizo las prácticas… ¿Le importaría conseguir esa información y llamarme? ¿O dejar un mensaje en recepción? O dígame el número de la habitación del médico y le llamaré yo mismo… miré qué coincidencia, estamos en la misma planta.

Llama al médico. El hombre ha hecho las prácticas en la cadena Sheraton.

Y una última llamada.

—Operadora, aquí Alexander Main, de la 2341. Quisiera que me llamen a las siete de la mañana. Gracias. Y buenas noches a usted también, cariño.

Aún no son las cuatro de la tarde.

No llamó al servicio para reservar entradas para el teatro ni a la florista. No llamó a la peluquería ni al 32 para pedir una cuchilla Remington ni al 64 para solicitar los servicios de un intérprete. No llamó al servicio de reservas de billetes de tren ni de líneas aéreas ni al conserje para conocer las posibilidades de dejar a su mascota en una residencia. No llamó nunca para solicitar una secretaria. Pero le tranquilizó saber que, instalado en su habitación, estos y otros servicios estaban a su disposición, se sentía igual de vinculado, igual de conectado, que un presidente de Estados Unidos al conjunto de sus necesidades, extrañamente amado, sin duda era beneficiario de una gran confianza, su dinero, su chequera y sus tarjetas constituían cartas de crédito para el mundo entero. Podía tener todo lo que quisiera: carpinteros que le fabricaran cajas, modelos de tiendas que vinieran a presentarle las últimas creaciones de la moda, mujeres, fotógrafos de pasaporte, hasta cerrajeros. Era totalmente autosuficiente, vivía como en una isla desierta, pero no estaba abandonado y, desde luego, no se sentía solo, todas las opciones abiertas ante él, más dilatadas aquí que en casa, en el trabajo o en la calle. Qué tontería por parte del hotel llamarlo huésped. El crédito del que gozaba le confería un estado mucho más privilegiado y potente.

Con ese humor, se duchó, sin molestarse en cerrar la mampara, sin preocuparse por el agua que salpicaba contra espejos y paredes, por los charcos que se acumularon en el suelo embaldosado. En plena posesión de su vida privada. Con ese humor, se seca frotándose la inmensa toalla de baño y la lanza sobre un montón de ropa debajo del lavabo, quita uno por uno los alfileres de su pijama nuevo, cuyo olor fresco es como el aroma de la salud, el apresto como un polen de la camisería. Corre las cortinas, las toca, siente su opaca espesura, las cierra con tanto cuidado que, en lugar de las cuatro de la tarde, bien podría ser media hora pasado el crepúsculo. Va hasta la puerta a dejar sus zapatos en el pasillo para que el conserje los lustre, anticipando ya el instante de la mañana en el que se los pondrá como un crupier. Retira el cubrecama, lo tira a un rincón, palpa las sábanas blancas y limpias, blancas como el papel de carta, la manta suave. Él duerme. Yo duermo. Él sueña. Yo sueño.

4.

Huele el oro antes de verlo; un pellizco vago, involuntario, de las fosas nasales, una especie de reflejo ante la pimienta. Siente el oro antes de verlo, de un granulado rugoso como la banda de lija de una caja de cerillas. Lo saborea, tibio, con un ligero sabor a curry, aceitoso como un imán, sacando la lengua como una cataplasma, haciendo burbujas con su saliva. Lo oye, su zumbido de preciadas moléculas motorizadas, su raro silbido, más allá del umbral auditivo. Debe de estar rodeado de él. Su pesadez espesa el aire, lo vuelve a él más denso, entorpece su paso, hace ventosa bajo sus piernas y sus pies como el suelo junto a un precipicio.

Oye ruidos, espera que sean animales, sabe que son hombres. En realidad, nadie ha dicho nada. (Es este silencio el que es tan amenazador. Los animales, olvidándose, acabarían parloteando.) Oye… ¿Qué? La exploración. Los silencios que presiden la decisión. Después una piedra que se lanza contra algo, la presión de un hombro contra una pared, su reajuste como el elástico que regresa a su longitud neutra. Luego golpes, científicos a su manera azarosa, razonados y rápidamente abandonados, una furia ciega y algo que cede, una piedra que rueda y florece sésamo; la fuente de los sonidos se traslada bruscamente, como por un efecto de ventrílocuo, se eleva, se aleja. Pero no encuentra ningún consuelo en esto, ya que si ahora los ruidos son diferentes, son también más regulares, ya no hay vacilación, y oye… pasos. Y su proximidad vuelve a reajustarse.

Sabe dónde está —en un laberinto gigantesco, en la carne quemada del dédalo como el ojo de un huracán— y que está bajo tierra, en una especie de callejón sin salida arquitectónico, un archipiélago de muros y espacio ectópico en trampantojo. Se imagina las piedras y las barricadas, la rosca invertida, cónica, de un túnel a través de la tierra, los rincones, los embotellamientos y las ingles del espacio, todos los falsos espolones, toda la dificultad de la oscuridad. Y, a través de todo eso, los oye, ahora lejos, ahora cerca, desenmarañando el enigma del lugar como si caminaran con un mapa, sin confiarse en absoluto cuando cree que los oye donde los ha oído momentos antes. Pronto están lo bastante cerca para que pueda distinguir sus herramientas, sus barras, sus rasquetas, sus mazas y sus espadas y oír, también, en la estela de su progreso, un roce extraño. Luego oye que saltan sellos, que rascan la piedra, levantan vigas de madera y las hacen retroceder

por unas muescas. Unos golpes de martillo para acabar y el ajuste de piedras rodantes en una especie de cerradura gigantesca. Es como si él se escondiera en un hueco: en el eje, pongamos, de un rompecabezas cubo sobre el mostrador de una tienda.

Ve su luz antes de verlos a ellos, refractada, rodando entre las paredes como una duna de arena, rompiendo como una ola, atrapada, confirmando las superficies de oro que ha olido, ha sentido ha saboreado y ha oído antes de haberlo visto. Grita:

—No me hagan daño. Soy su agente de fianzas.

Siguen llegando. Están aquí.

Además del plato de aceite en llamas que lleva uno de ellos, han traído antorchas y ahora las encienden y las colocan en soportes que ya están allí. Atenúan las tinieblas, pero es el contenido de la sala lo que las disipa, convirtiendo la luz en láser, desplegándola como banderas al viento y salpicando el suelo con la impresión de un tatuaje reluciente.

—¿Ves algo? —pregunta uno.

—Sí —responde el otro—, cosas maravillosas.

Así pues, su primera impresión es estética, piensa el Fenicio. Está junto a los ladrones de tumbas, compartiendo su admiración. Nota algo extraño. Sin ser delincuente, es la primera vez que está tentado a serlo. Siente una ligera náusea. Y aun así está emocionado, se considera privilegiado; algo estupendo está a punto de suceder. Esto es lo que ve:

Primero los sarcófagos gigantes, la piedra carnívora alta como un hombre y larga y ancha como un coche, una diosa desnuda de perfil en cada esquina —Isis, Neftis, Neith y Serket—, con los brazos abiertos como un guardia controlando el tráfico, casi se tocan con las manos, ronda santa de la muerte y del estado, una red eléctrica de alas estiradas que se entrecruzan entre ellas cuatro como collares. Capas articuladas de escamas y plumas forjadas con cuidado cuelgan de sus axilas y de sus brazos extendidos y florecen como telas de araña detrás de sus senos, de sus coños y de sus culos. Detrás hay columnas hieráticas grabadas como sumas de una matemática extranjera. El Fenicio entorna los ojos pero no logra leerlas, solo distingue polla de agua y caballo, búho y herramienta, instrumentos musicales, barco y tazón y pez y trigo, y un zigzag incoherente de emes unidas las unas a las otras como una firma ilegible o un rayo horizontal. Está furioso consigo mismo. Así es como se ha sentido contemplando el interior de las vitrinas de los museos.

Hay arquitectura en las paredes, química, astronomía. Un Osiris blanco está sentado en un trono en el aire debajo de un alto sombrero que parece un bolo. Anubis, el chacal con cabeza negra, está detrás de él y posa una mano roja y paternal sobre su hombro bajo la mirada de Horus con cabeza de pájaro. Dos de los dioses exhiben peinados parecidos a la cresta de un gallo.

Un ladrón señala una pared; el otro va hacia ella y frota la mano a lo largo de un bajo relieve dorado de dos siluetas, de un hombre y una mujer,

sentados de perfil en un diván. El hombre sostiene un carcaj de flechas en la mano como un bateador en la caja del bateador, la mujer le presenta un pequeño abanico de puntas de flechas. El ladrón de tumbas acaricia el tocado de la mujer.

—Vaya —dice este joven perfectamente corriente, humano, ni monstruo ni demonio, solo uno más de los lugareños que se ven por todas partes en Tebas, Karnak y Luxor, en los últimos tiempos, desprovisto de la malicia del vándalo o del celo del inconformista, quizá desempleado, porque los tiempos son duros, los esclavos se llevan todos los chollos, se quedan todos los oficios de la construcción, y mejor así, piensa.

El Fenicio observa algo curioso en una de las manos del hombre. Está claro que no puede ser aprendiz de ningún artesano, y, a juzgar por su ropa barata de ciudad, no tiene nada de agricultor.

—Es como si estuviese tejido ahí, en la pared, o algo así.

—Vamos, no te quedes ahí parado con la boca abierta o te machaco. Tenemos mucho trabajo por delante —dice el primero, un hombre mayor, el profesional del equipo, piensa el Fenicio, probablemente desciende de Guiza o Sakkara, o Heliópolis, atraído por los rumores de la existencia de estas nuevas tumbas sin explotar en los campos del sur, quizá el relato de un esclavo fugitivo borracho confirmado por un plano rudimentario dibujado por el propio esclavo, a quien podrían haber matado por eso, porque este tipo no tiene pinta de cliente fácil. Aunque tiene algo comprometido también. Por más que no sea fácil, la primera visión de la tumba también lo ha cogido desprevenido, sus carreras por las ruinas de la obra maestra de Imhotep o sus actitudes de turista fingido ante las mastabas en ruinas no lo habían preparado para nada como esto.

No. Lo único para lo que realmente estaba preparado (el tesoro no era más que un concepto para él, que había puesto los pies en muchas salas del tesoro sin haber visto ninguno, o por partes, detrás de las barreras de cuerda en salas públicas, o como un destello rápido en desfiles, o solo como proposición, mirando por encima del hombro del dibujante, que trazaba algunos esbozos y croquis sobre una tabla; pero un tesoro real, la fortuna de un faraón, para él no era más que el objeto de rumores oídos, relatos de tercera y cuarta mano que perdían detalle y se hundían más profundamente en la mitología cada vez que pasaban de boca en boca, ya que la geografía no es más que un concepto para aquel que no ha viajado nunca) era para los laberintos, los toriles y los callejones sin salida del arquitecto, las callecitas mal iluminadas, las trampas y las avenidas para primos que no llevaban a ninguna parte y lo ocupaban hasta que salía el sol y despertaba con su destello a los sacerdotes contratados para vigilar las tumbas. Tales impedimentos le habían convertido en el explorador, el cazador, o el indio que se preparaba para ser, obligándolo a distinguir entre la pista real y su falsificación, poniéndose a prueba en cada una de las pirámides violadas de la base de Egipto, sin pasar, y después separándose del resto del grupo que

se precipitaba con el guía para visitar las despensas, las cámaras sagradas y las capillas ya vacías donde el doble pintado del faraón imitaba la vida en las salas-libros de imágenes que mostraban su álbum de familia desvanecido, y se ilusionaba celebrando imágenes de alimentación, cazando ciervos y peces de dibujos animados en los ríos de dibujos animados, copulando con dibujos animados y esperando que el alma del hombre muerto venga a invadir el cuerpo del ka como un virus (y tal vez podría haber sucedido, solo que los ladrones de tumbas siempre llegaban primero, rompiendo la cadena prevista, estropeando la eternidad con las necesidades feroces del presente). Dejando atrás al resto del grupo que se pasea por esos inútiles pasillos de la casa de la risa y por esos espacios en campos de minas, un analfabeto que se ha entrenado a leer la insinceridad de una piedra, un músico de la estructura con el oído absoluto para la nota falsa, que cayó en este sitio como el agua guiada por la gravedad o una aguja imantada que ignora cualquier otra dirección que no sea el norte.

—Empezaremos por las ánforas —dice el ladrón mayor de tumbas.

—¿Las ánforas?

—Esas jarras grandes de alabastro. Vamos, ¿tienes las botas?

El roce que oí, piensa el Fenicio.

—Muy bien, tráelas. Inclínalas. Cuidado, cuidado. Que lo derramas.

El Fenicio huele los deliciosos perfumes, ve un prisma reluciente en el suelo de la tumba, un charco de perfume derramado que refleja la luz de las antorchas. El olor es el de los propios colores, el rojo, el amarillo y el azul y todas las declinaciones del espectro, y está pisoteado por las sandalias del primer ladrón de tal modo que parece que esté sobre un halo flameante.

—Enderézala. Voy a preparar la otra bota.

—¿Para qué liarnos con esto? Solo nos añadirá peso. Conformémonos con coger lo que hemos venido a buscar y vayámonos.

—Yo soy quien decide qué hemos venido a buscar. Tú cargas y punto. ¿Qué sabes de los negociantes de Rosetta y de Avaris? Los ungüentos y licores del faraón, eso es lo que se busca. Inclina la otra.

—Esta pesa. Pesa mucho.

—Pon la espalda. Empuja, empuja. ¡Ahora!

—Te digo que pesa demasiado.

—Toma, coge la bota. Voy a probar. Uf, tienes razón, sí que pesa. Vale, tendremos que atravesarla. Pásame la barra de hierro. Dame el mazo. Voy a darle a este cabrón como si fuera un arce.

El ladrón mayor se arrodilla y coloca la punta de la barra a la mitad del alto recipiente.

—Trae esa antorcha —le ordena—. No veo qué carajo estoy haciendo.

El segundo ladrón acerca un candelabro de antorchas a menos de un metro del que está arrodillado. De pronto, detrás del sarcófago se ilumina un muro y el Fenicio percibe un panel decorado con doce babuinos sagrados de la noche. Están sentados sobre sus órganos genitales hinchados

y marrones como si estuviesen encima de balones de baloncesto, tienen el decoro apacible de las señoras sentadas en aseos públicos. La plata recubre su pelaje, sus cuerpos azules y su perfil alargado de perrito. Contemplan símbolos que se asemejan a las varas de los trombones. Hay cuadrados negros, marrones, lunas marrones y negras como tajadas de melón giradas, siluetas de cuchillas gruesas, pares de pilares de las mismas alternativas negras y marrones, un misterioso alfabeto geométrico, garzas oscuras, corredores sobre una pierna a contraluz y extrañas aves sin alas que flotan en largas columnas verticales como cifras en raros libros de cuentas.

Qué está pasando aquí, se pregunta el Fenicio, para quien la letra pequeña y los resquicios legales, las condiciones y las exigencias contractuales son igual de claras y directas que los paneles que indican la salida en las autopistas. Entonces ve la vasija de alabastro translúcida con sus espléndidas decoraciones en bandas superpuestas: dientes, palos y regimientos de esclavos pintados, frisos de calabaza y filas de algo parecido a clavos con unos colores que no ha visto nunca y que no reconoce, pero que le recuerdan a kilómetros de latitudes de lazo de las campañas presidenciales. Es aquí, justo debajo de la primera curva pronunciada del ánfora, donde el primer ladrón de tumbas tiene la intención de perforar.

—Abre la boca de la bota tanto como puedas. Aquí, colócate justo aquí, nos conviene recoger la máxima cantidad de este mejunje. Intentaré hacer un agujero limpio pero esta porquería puede hacerse añicos. Pase lo que pase, no acerques el fuego a esto o saldremos volando por los aires.

El Fenicio se pega a una pared y se imagina que su espalda roza los extraños símbolos pintados. Siente un extraño calor a través de la tela de la camisa. ¿Son artesanos marrones con faldas blancas preparando muebles funerarios, serrando madera, un hombre sujeta una pieza mientras el otro se inclina hacia él con torpeza, con la sierra extendida como el arco de un violonchelo? ¿Anubis, con las orejas largas de su cabeza de chacal, se apoya en la momia sobre su lecho funerario, tocándole el pecho, procediendo a los últimos retoques de embalsamador como alguien que le ajusta la corbata a un compañero? ¿Osiris, minucioso como una camarera, verificando las ofrendas sobre la mesa del muerto, con la comida reclamo y la bebida pintada? ¿Las mujeres dolientes de la casa se lamentan, con los senos desnudos, los brazos en alto, como en un semáforo de dolor, con ceniza sobre la cabeza y sobre los resortes relajados de su cabellera? Su carne absorbe la impresión eléctrica.

—Prepárate para recoger el jugo. Saldrá como marea alta.

Da un golpe único, contundente y hábil. La barra gruesa se hunde con la limpieza de una aguja, pero se equivocaba al preocuparse por el derrame. El líquido ámbar, sea lo que sea, es viscoso, lento y espeso como la cola. Cae en grumos medidos, llenando la sala de un olor dulzón, el olor de la esencia vital, mantequilla humana en escabeche, últimas babas y médula derretidas que se pueden rascar. Los licores de un faraón, desde luego, el material de

su cabeza de dios, sus últimos éteres eyaculatorios. El Fenicio y los dos ladrones de tumbas dan vueltas y se bambolean en una especie de embriaguez instantánea que los despeja y aturde a la vez.

—Madre mía —dice el muchacho—, esos comerciantes de Rosetta y de Avaris deben de estar chalados. ¿Quién querría tener esta mierda en su casa?

El hombre mayor suelta una risita.

—Coleccionistas, amigo. Cazadores de souvenirs. Amantes de primeras ediciones. Esa gente.

—Un sorbo y te mueres.

—No se lo beben, tonto; no es ningún aperitivo. Lo meten en sus bodegas, como el resto de sus bienes. —Mete el dedo y lo sostiene debajo de la nariz un segundo—. Una dinastía muy buena, puaj. —Se limpia la mano en la ropa—. Bueno, ya ha sido suficiente, cierra la bota. Ponle el tapón. Habrá que meterle algo a esta mierda, o el olor nos tumbará. —Al acercarse a la fuente, el más viejo de los ladrones empieza a tener arcadas—. Rápido, tráeme un trapo, arranca un trozo de esa tela. Allí. Encima del cofre en el tesoro. Date prisa, haz el favor.

—Esto no es ningún trapo. Es una tela de oro. No tiene precio.

—Estoy a punto de sacar las tripas por la boca y aquí el experto me ofrece un peritaje. Aparta, ya lo cojo yo mismo.

Se dirige a tientas hacia el cofre, se tropieza con un diván bajo, resbala un momento con el freno de un carro dorado, que vuela rozando el suelo, y se estrella contra una pared. Al recuperar el equilibrio, arranca la tela que recubre el cofre, tirando al mismo tiempo una estatuilla de alabastro dorado del rey que cae al suelo y se hace añicos.

—Qué bien te mueves —dice el otro ladrón de tumbas—. Por Dios.

—Déjalo. Tapa el agujero para que podamos ponernos manos a la obra.

El joven se encoge de hombros, hace una bola con la tela y la mete en la herida abierta del ánfora. Sobresale por el agujero, un tapón dorado de tripas. El Fenicio piensa en el tejido de oro absorbiendo las sublimes confituras y salsas del faraón, una alquimia al revés que transforma el oro en aliño. Pero al tapar la fuente, mejora el ambiente. Lo poco que queda en el suelo sin recoger se diluye cuando al segundo ladrón se le ocurre verter por encima un poco de perfume de la primera bota.

—No habrás echado mucho, ¿verdad? —pregunta el más viejo.

—Un par de gotas. Podemos volver a rellenarla con el primer chisme ese, el ánfora.

—De acuerdo. Adelante, tira. Para, ya está bien. Muy bien. Toma, pon estas botas en la antecámara, las recuperaremos cuando nos vayamos.

Parece que están contentos de descubrir que pueden cooperar. Con un movimiento del mentón, el segundo ladrón señala un símbolo de vida de oro como un llavero gigantesco que hay sobre una silla funeraria. El mayor asiente y el chaval lo coge para colocarlo con las botas en la antecámara,

luego ambos se frotan las manos a la vez. La avaricia los embriaga, se les sube a la cabeza la visión de todo ese botín intacto, con la reserva y cautela iniciales ya olvidadas por su éxito preliminar. Saben que ya son hombres ricos. Se mueven por la tumba con los gestos expansivos y magnánimos de los grandes jugadores en los casinos.

—¿Las palancas? —Sugiere el segundo ladrón.

—Las palancas —aprueba el primero—. No, esa no. Usa esta.

Da unas zancadas hasta el doble esculpido a tamaño real y arranca el cayado, que estaba apoyado sobre un muslo y parecía una fusta.

—Eso es clase —dice el segundo—. ¿Crees que es oro de verdad?

—Treinta y tres mil quilates.

Comienzan el breve paseo hacia el sarcófago pero, conforme avanzan, su desenvoltura inicial disminuye. Lo abordan como harían con un faraón vivo, titubeantes, como si cada uno de ellos se escondiese detrás de su propia presencia, concentrados, extrañamente castos, se vuelven inocentes por la magnitud de la violencia que están a punto de ejercer.

Cada uno se desplaza en silencio hacia el extremo opuesto y, en silencio, levantan las herramientas contra la cubierta sellada. El viejo busca un punto de apoyo para la cuña de su barra de hierro, prueba experimentalmente en la juntura, bombeando en arcos breves como para cambiar una rueda. La barra patina y el segundo ladrón suelta un taco.

—Tranquilo, viejo. Esto no es una lata de cerveza.

—Déjame probar a mí.

—No, espera. Ni siquiera se ha abierto. Vente a mi lado. A lo mejor si lo intentamos los dos…

El segundo ladrón se coloca detrás del primero y coge la barra larga como si fuera una cuerda de la que hay que tirar.

—Cuando te dé la señal, empuja hacia delante y hacia arriba.

—Un momento —dice el joven—, mejor que me limpie las manos primero. Las tengo pringosas de ese potingue del faraón. Vale. En realidad lo que necesitamos es una palanca.

—No tenemos una maldita palanca.

—¿De qué es esto?

—No sé. Quizá de cuarcita amarilla. ¿Estás preparado? Empuja… hacia delante y arriba.

—Nada. Es como intentar separar aceite de agua.

—Coge el mazo.

—¿Estás loco? Tardaríamos meses en hacer un agujero ahí con el mazo. ¿Por qué no pruebas con un golpe de kárate, ya que estás?

—Cállate. Déjame pensar.

El chico, con irónica deferencia, se retira hasta una silla en forma de trono donde hay un pequeño cofre de marfil. Lo deja en el suelo y pone los pies encima.

—No sé —dice—, ya tenemos más de lo que esperaba que íbamos a

conseguir. Dentro de este cofre sobre el que apoyo los pinreles, debe de haber mierda por un valor de medio millón de pavos. ¿Por qué no cogemos todo lo que se pueda transportar y nos piramos?

Pero si el primer ladrón ha llegado a oírlo, no lo muestra. Está dando vueltas al sarcófago, tocándolo por aquí, dándole un golpecito por allá, buscando palancas invisibles. Es un completo cínico que se ha entrenado toda la vida para pensar en términos de talón de Aquiles. Simplemente no confía en los muros. Tiene una imaginación de criptógrafo. Tiene en la punta de los dedos una sensibilidad especial para el eslabón más débil, como un ciego con el braille. Es una especie de afinador de pianos que, en otra época o en otras circunstancias, habría descubierto el Paso del Noroeste o la fuente del Mississippi. Hace un lento recorrido del sarcófago parándose a cada instante.

—Está bien cerrado.

—Sí —dice el segundo ladrón de tumbas—. Eso ya te lo podría haber dicho yo. Larguémonos, colega.

—Pero aún está en su plataforma original.

—Su plataforma original.

—Mira esto de aquí. ¿Lo ves? Los veinticinco centímetros de abajo son de madera dorada. Lo debieron traer rodando, después quitaron las ruedas y lo dejaron aquí tal cual.

—No me digas —dice cansado el muchacho—. Conque lo hicieron así. Las pirámides, eso sí que fue un logro de ingeniería. Es que cuando piensas en el material rudimentario del que disponían… Y tanta paciencia…

—Hemos traído una lima. Ve a buscarla.

El segundo ladrón se levanta sin ganas, hurga en la pequeña pila de herramientas, encuentra la lima y se la da al viejo sin interés.

—Trae la antorcha. Sujétala aquí para que pueda ver. Quiero examinar la pintura… Sí… No, un poco más cerca. Cuidado, no me vayas a chamuscar… Sí, ¿ves ahí, donde hay una burbuja, como pasa con el papel de pared que se coloca mal? Ahí está el defecto. Ahí es donde está pudriéndose la madera. ¿Dónde está ese mazo? Vamos allá.

Y pone la lima en el centro de la madera muerta, donde se hunde como un cuchillo en la carne tierna. Estirado en el suelo y trabajando a una distancia de un brazo, hace saltar a golpes como un escultor los trozos de madera podrida. Pero la lima solo mide treinta centímetros, el sarcófago es grande como un automóvil. Aplica la punta roma de la barra de hierro después de la lima, bombeando en las conexiones del vagón, confiando como siempre en la física aproximativa que dirige su vida, la punta dura y afilada de la lima se desviará de todo lo duro que haya dentro e irá hacia lo blando. Llama al segundo ladrón de tumbas y coloca la punta roma de la barra en la punta que sale de la suya. Trabaja de esta manera durante más de una hora —una lima, una barra de hierro, una barra de hierro, el cayado del ka y el mazo—, y casi ha llegado al otro lado aunque no del todo, cuando se queda sin

herramientas.

—¿Y ahora, qué? —pregunta el chico.

—El agujero. Tírame un litro de esa porquería. Tráemelo en uno de esos dos jarrones.

El mayor de los ladrones coge la sustancia y la aplica como si fuese mantequilla alrededor de la plataforma. De vez en cuando, para contrarrestar el olor, pide al muchacho que le frote la cara con un pañuelo empapado del perfume de la primera bota.

—Bien, ahora despeja todo lo que pueda quemarse. Trae la antorcha.

Acerca el fuego a la madera empapada; se abrasa lentamente, y el baño de oro se cubre de burbujas como el queso de un sándwich tostado y el fuego termina por prender. Arde un tercio de la parte frontal de la plataforma. El tufo es tremendo.

—Bien. El túnel que he hecho en el interior de la plataforma debería actuar como cortafuegos.

Retira delicadamente el cayado de la especie de tren que ha fabricado y lo sustituye rápidamente por el mazo, hundiéndolo todo lo que puede.

—Ve a por el látigo en el doble puño. Deberías poder desatornillarlo. Bien. Quédate aquí detrás del sarcófago conmigo. Supervisaremos el fuego. Cuando queme las herramientas, empujaremos. El conjunto debería inclinarse hacia delante entre treinta y cuarenta y cinco centímetros. Todo eso es un peso tremendo. A lo mejor el choque hará que se entreabra la maldita cubierta. Y, si no, al menos la gravedad estará de nuestro lado. Insistiremos como con un diente suelto. Bien, cuando te diga que empujes, quiero que le des tan fuerte que las palmas de las manos se te salgan de las muñecas.

El segundo ladrón está cerca de Neith, el primero cerca de Serket, desde donde observa el progreso de las llamas, que reptan como hongos por el fondo de la plataforma. Y, exactamente en el momento justo, grita «empuja» y pone todo su peso encima.

—Te he dicho que empujes, vago de mierda. Empuja.

Ahora ambos le ponen todo el empeño, y el enorme sarcófago cae hacia delante desde una altura de unos cuarenta y cinco centímetros, con el ruido del metal chocando contra la piedra. El choque supera las expectativas del viejo, porque el Fenicio ve la gruesa cubierta rebotar de una manera irreparable, envía unas vibraciones a la punta de la piedra que la cruzan en zigzag, de extremo a extremo, y forman una línea apenas visible. Una grieta. Fina como un cabello pero suficiente, más que suficiente para este genio, este Colón de la fractura y el allanamiento, que podría abrir el sarcófago como si fuese una puerta o una verja, cuya naturaleza participa de algo parecido a la calidad de un gas. Deja el cayado y levanta la vista.

—Pero ¿en qué habré estado pensando? —se pregunta con aire ausente—. No necesitamos estos juguetes. Mete la mano dentro, muchacho, y saca nuestras herramientas.

—Me voy a quemar.

—Qué va, el viento las habrá enfriado cuando este cabrón ha caído.

El ladrón joven recupera con cuidado las herramientas y el mayor coge su barra de hierro y su mazo.

—¿Lo ves? El fuego casi se ha extinguido solo —dice—. Será mejor que me dejes trabajar aquí solo un momento.

Y este hombre que ha vivido la existencia de una llave se concentra y va a por la yugular de la cubierta, utilizando esa grieta del tamaño de un cabello, jugando con el mazo y la barra de hierro como si fuera un billar, buscando los ángulos, dándole efecto a cada uno de sus golpes.

—Creo que ya casi —dice el hombre joven, y se levanta del trono donde ha estado descansando para retomar sus herramientas.

Juntos, tiran, empujan y hunden las herramientas en silencio como transportistas negociando con muebles en las esquinas de una escalera. La cubierta está suelta y luego cae.

El Fenicio se separa del muro y se pone detrás de ellos. No se ven relucir el oro y las joyas, solo una especie de masa opaca.

—Está vacío —grita el segundo ladrón.

—No —dice el primero—. Eso son los sudarios. Muchacho, la verdad es que no sabes nada de la muerte. Son solo los sudarios de lino. Eso el arcón de la muerte, hijo. Toma, mira.

Retira los sudarios y se revela un ataúd con forma, no de hombre, sino de una especie de trofeo de hombre, tirante, rígido y severo como un Óscar de la Academia. Su piel es un tatuaje de jeroglíficos y galones. En la luz tenue, el ataúd en forma de momia presenta la apariencia de un obeso revestido con un traje de rejilla poco halagador. Las superficies descomponen la luz de la antorcha colocada abajo para ver mejor, la dispersan en extraños reflejos azules y dorados sobre el rostro de los ladrones.

—Menudo chollo —proclama tras una pausa el segundo ladrón de tumbas.

—No —dice el mayor—, es madera. ¿Es que no reconoces la madera?

Parece que palpa el lateral con los dedos y toca una especie de botón o palanca que activa un resorte y el ataúd se abre como la polvera de una dama. Otro ataúd en forma de momia se revela encajado dentro del primero como un guante.

—¡Por los quinientos sombreros de Bartholomew Cubbins! —dice el ladrón joven. Coloca las manos en las escamas doradas del segundo ataúd y palpa el contorno masivo como si lo estuviese manoseando.

—No es más que madera con una placa de oro —murmura el primer ladrón—, incrustada con pasta de cristal.

De modo que no solo posee el espíritu parecido al de una llave, piensa el Fenicio, sino que también tiene algo de geólogo. La afinidad de un sastre por el tejido, hay algo de contador Geiger en él, una sensibilidad de papel de tornasol.

Ahora el ladrón mayor palpa los rebordes de este ataúd, con el mentón levantado y la expresión de estar juzgando el sabor de un plato. Es exactamente igual que el empleado de gasolinera que busca con los dedos el mecanismo que le permitirá abrir el capó de un coche. Lo encuentra, y la cubierta del segundo ataúd se abre bruscamente en el interior del primero. El joven ladrón de tumbas se echa a reír.

—Esto no es la momia de un faraón, es una serie de muñecas rusas.

—Qué chollo —dice el primer ladrón—. Es oro, hijo, nada más y nada menos que oro.

—¿No se puede?

El joven emite un silbido.

—No cambia nada para nosotros. No podríamos levantarlo.

Aun así, sus ojos recorren la larga concha horizontal del rey muerto —este inestimable huevo de pascua dorado, un faraón que parece flotar en su sarcófago como si estuviera en una bañera— fijándose en todos los detalles, en sus brazos cruzados y los grandes guantes de oro que sujetan el cayado y el látigo, zanahoria y palo de un faraón y de Osiris, con su gran cabeza en tres dimensiones, como una moneda de un valor absoluto. Examinan el extraño peinado de esfinge, que recuerda a una especie de turbante con toallas. Sus ojos abiertos no parecen tan ciegos como distraídos, como si sus pupilas, grandes y negras como bolas, siguieran algo extraordinariamente alto en el cielo. Sus labios dorados parecen degustar el oro del que están hechos.

—De acuerdo —dice el mayor—, vamos allá —y, de nuevo, toca algo, y la última cubierta se levanta un poco con un gruñido, su peso queda abajo como la propia gravedad—. Levanta, levanta —ordena—, introduce la barra de hierro. Haz palanca. Y ahora haz cuña con tu barra. Un poco más. Eso es. Bien.

La propia momia, ya expuesta, reposa bajo la última cubierta como si estuviese en una tienda de campaña de oro protegida del sol, y el Fenicio y el muchacho ven aquello que han venido a buscar: la máscara funeraria del faraón, colocada encima de la cabeza y los hombros de la momia como la cabeza de chacal de Anubis estaba fijada a su cuerpo humano. Pese a la delicadeza de los rasgos esculpidos sobre la máscara, le confiere algo misteriosamente bestial a la momia.

Contemplan el rostro fantástico, prefigurado en cada uno de los ataúdes protectores, pero solo como una silueta de papel prefigura la carne. No estaban preparados para esto; lo único que pueden hacer es admirarlo. Tienen delante los materiales más preciados de Egipto: oro, lapislázuli, mayólica, cuarzo y calcedonia. El propio Fenicio no puede apartar la vista de las cejas alzadas de lapislázuli, que describen un arco desde la nariz hasta casi las orejas, ni de los ojos delineados que son como dos mitades de anteojos sin unir. Examina de cerca los ojos, contempla el canto en el que los ángulos de los párpados superior e inferior se encuentran, los puntos rojos

que marcan el borde interno y externo, curiosa carúncula de Dios.

El segundo ladrón de tumbas mira el buitre y la cobra, símbolos del Alto y el Bajo Egipto, que parecen salirle de la misma frente al faraón, y que se elevan de manera espectacular en el aire, estriados y gruesos como la cara interna de una erección.

El primer ladrón de tumbas contempla la larga barba azul de mayólica que recuerda a un palo de hockey.

—Vale —dice, rompiendo el hechizo—. A trabajar.

Toma posición detrás de la momia y, olvidándose de la delicadeza previa, sujeta la máscara con las dos manos y tira de ella con fuerza. Sale como una silla. La deja en el suelo, coge un cuchillo y corta las vendas.

—Eh, tío —dice el segundo ladrón de tumbas —, no hagas eso.

El primero deja el cuchillo en el ataúd y tira de las vendas con las manos, desenvolviendo al faraón como si fuera un paquete. El tejido se rasga, y hunde las manos en el interior para tirar de collares, anillos de oro, brazaletes, dediles, un broche que representa un escarabajo, pectorales dorados, como una piñata rota llena de objetos de Tiffany.

—Era gay —se ríe—. Esto no es un rey, coño. Es una puta reina.

Vuelve a meter la mano en el interior, hurga y saca un bulto envuelto con vendas que, antes de desenrollar rápidamente, sostiene en alto manipulando las bandas de tejido como un pescador desenreda el hilo de su caña. Es el corazón embalsamado y seco en natrón del faraón. Lo eleva por encima de la cabeza.

—¡Pero qué buen chico soy! —grita antes de metérselo en su vestimenta con el resto de joyas —. Y ahora, nos largamos, tío.

—Eso —dice el otro.

Demasiado tarde. Quizá les haya alertado el ruido del sarcófago golpeando el suelo, o los porrazos sobre los sellos del ataúd, o los gritos del hombre mayor, o quizá les hayan dado el chivatazo, pero cuando los ladrones reunieron
el botín y se dirigían hacia el vestíbulo, la pasma ya estaba allí, sin aliento —habían corrido y, como no conocían el camino como el primer ladrón de tumbas, tropezaron—, y en número suficiente como para descartar la huida o siquiera un forcejeo. El Fenicio mira a su alrededor, buscando agentes y a los hombres por todas partes que vociferan órdenes, y avanza para ver mejor el botín o para inspeccionar los estragos que cree percibir. Hay inspectores jefe, sacerdotes (en parte, miembros del clero, en parte, guardianes asignados para la protección de la tumba), cargos elevados, ministros y diputados de la corte, civiles importantes que participan en los consejos principales, todos los agraciados y los favorecidos, cantantes, invitados, hasta atletas conocidos.

Es lo que se esperaba. Una gran redada, y su única preocupación es que se les haga daño a los ladrones de tumbas por un exceso estúpido de celo por parte de uno de esos distinguidos comandos antes de que logren sacarlos de

ahí.

—Eh —grita en medio de la confusión—, respetemos el procedimiento, muchachos. Esto es demasiado gordo como para solucionarlo en pleno ataque de furia.

No debería haberse preocupado. Actuando claramente según órdenes que venían de muy arriba, la policía se mostró casi más brusca con los espectadores que con los sospechosos. Recogieron las pruebas rápidamente, organizaron a la multitud y les pidieron que se fuesen. Hasta pensaron en dejar un destacamento detrás hasta que el sarcófago pudiese cerrarse y sellarse de nuevo.

El arresto fue rápido y correcto. Tras un breve anuncio al público, los detenidos fueron puestos bajo vigilancia especial. El Fenicio solicitó que le permitieran quedarse con ellos, pero, como ya había anticipado, le resultó imposible. Sí le dejaron quedarse en el edificio donde estaban retenidos, una concesión que le sorprendió un poco. Le ofreció dinero al carcelero que le había dicho que podría quedarse, pero el hombre lo rechazó educadamente.

Por la mañana, un guardia lo despertó zarandeándolo en el banco donde se había instalado para pasar la noche, y hasta le ofreció café.

—Hace buen día para un ahorcamiento —dijo el tipo para darle conversación.

—Cielo rojo de noche, delicia para el pastor —respondió el Fenicio—. Oye, ¿hay mucha gente?

—¿Se refiere afuera?

—Sí.

—La ciudad está a rebosar. Es imposible encontrar habitación y todo el mundo está muy excitado.

—¿En qué sentido? ¿Están disgustados? ¿Puede que las cosas se pongan feas?

—No, no lo creo. Este asunto se lo dejan a las autoridades.

—Pues es un alivio.

—Bueno —respondió el guardia—, usted no ha visto lo que las autoridades son capaces de hacer cuando el ambiente está exaltado.

A primera vista, por lo menos, la lectura del acta de acusación fue igual de correcta que el arresto. El juez —el Fenicio, que circulaba entre el público, oyó decir que era un hombre justo— escuchó impasible la lectura de los cargos de acusación y después pidió a los detenidos, Oyp y Glyp, que se levantaran.

El Fenicio se quedó de piedra. Se había acostumbrado tanto a verlos con sus disfraces, a reconocerlos por debajo de su pelo teñido, a través de las barbas y los bigotes que se habían dejado crecer con paciencia, a sus modificaciones quirúrgicas y a sus nuevas actitudes (Glyp hasta se había entrenado para ser zurdo), a no tener en cuenta las pistas falsas de su dicción alterada ni de su voz de tenor adquirida que nos los había reconocido en su estado original. No pudo más que reírse. Si hubiesen sido

serpientes, me habrían picado, pensó. Me habrían hecho el truco de la maldita carta robada. Cierto, estaba oscuro en la tumba, y la mayor parte del tiempo había estado más interesado en lo que estaban haciendo que en ellos mismos, y también es cierto que ellos tenían tanta presión que le habían impreso a su discurso un ritmo que él no había previsto —los yambos y los dáctilos de la acción y del ataque eran diferentes a los de la evasión—, pero, con todo, le asombraba no haber tenido la menor idea, ni la más mínima sospecha, por lo que la revelación de su identidad lo dejó pasmado. Le faltaba tanto el aire que cuando llegó su momento de tomar la palabra, solo fue capaz de hacerlo con un esfuerzo supremo, y solo después de que el secretario judicial, viéndolo tan alterado, le llevara un vaso de agua.

—Señoría —dijo—, soy Alexander Main, y deseo pagar la fianza de estos dos.

—Señor Main, la puesta en libertad bajo fianza está fuera de discusión —dijo el juez amablemente.

—Nunca está fuera de discusión la puesta en libertad bajo fianza, señoría —dijo con respeto—. Entiendo perfectamente que, dadas las circunstancias, el importe de la fianza sea necesariamente elevado, pero sea cual sea, lo pagaré. Puedo asegurar también a la corte, que sea cual sea la fecha que se establezca para la comparecencia de los detenidos, ellos se presentarán.

—Señor Main, la puesta en libertad bajo fianza está fuera de discusión.

—Señoría —insistió—, mire a estos hombres. No son maestros criminales. Son hombres corrientes. Banales. La fiscalía, al presentar los cargos, no ha sostenido en ningún momento que hayan conspirado con terceros para llevar a cabo esta acción, ni que hayan actuado como delegados, ni siquiera han establecido en su desventura el menor contacto con peristas conocidos. Afortunadamente, no ha habido muertos ni heridos en su tentativa abortada. Además, se han recuperado todos los bienes robados. Después de verificarlo con el catálogo, se ha comprobado que está todo. La buena suerte ha querido que las piezas dañadas sean las de menor valor en la tumba, y me ha parecido entender que incluso serán sujetas a restauración. He oído que la tela de oro está en estos momentos siendo sometida a una limpieza en seco —hizo una pausa—. En resumen, señoría —reanudó con astucia—, yo creo que aquí, a lo que nos enfrentamos, es a un caso de un par de ladrones de tres al cuarto que han apuntado bajo.

El público se rio valorando el chiste del Fenicio. Hasta el juez sonrió, pero cuando golpeó el mazo para restablecer el orden, lo único que hizo fue repetir que la puesta en libertad bajo fianza estaba fuera de discusión.

Main no daba el brazo a torcer. Exigió que ese hombre justo le diera una explicación. Preguntó si en el derecho egipcio los ladrones de tumbas estaban excluidos del beneficio del procedimiento de la puesta en libertad bajo fianza. Un guardia fue hacia él, pero el juez le hizo un gesto para disuadirlo.

—En el derecho egipcio, no —le dijo.

—Entonces, ¿es a partir de la jurisprudencia que se pronuncia tal exclusión?

—No hay jurisprudencia, señor Main, porque hasta anoche ningún ladrón de tumbas había sido aprehendido. —Hizo una pausa—. Pero ya que hablamos del tema, permítame recordarle que ningún precedente ha tenido jamás precedente, y que todo precedente emerge de los trapos aceitosos y los restos de yesca de las circunstancias que son la combustión espontánea del derecho y la experiencia.

El Fenicio no esperó a que el público tuviera tiempo de comprender las implicaciones de esto.

—¿Tiene pruebas la fiscalía de que el señor Oyp y el señor Glyp hayan estado relacionados con otros robos de tumbas? —preguntó con precisión.

—No se nos ha presentado ninguna.

Su siguiente pregunta era peligrosa porque sabía cómo era la situación en esos casos. Esperando que los egipcios no lo supiesen, se decidió a hacerla.

—¿Se busca a estos hombres por otros delitos?

—No que sepamos.

—Bien, en ese caso, ¿no podemos suponer que estamos ante un primer delito, y que la causa es como yo la he expuesto y que estos dos individuos se parecen a la descripción que he hecho de ellos: aficionados cuya ambición superó sus capacidades? No es mi intención perjudicar a la fiscalía. De hecho, tal como consta en el informe policial, yo estuve allí, fui testigo ocular. Lo vi todo y espero recibir una citación para ofrecer mi testimonio a petición de la fiscalía. Tengo la intención de ir más lejos. —Miró alrededor, al juez, a los espectadores y, finalmente a Oyp y Glyp en persona—. Hoy me presentaré ante la policía, de manera voluntaria, para ayudarles en sus investigaciones. Lo haré —dijo suavemente—, pero bajo juramento me veo también obligado a revelar lo que ya saben sus investigadores: que este par ni se molestó en traer el material adecuado, que tenían pocas herramientas y que las que llevaron eran increíblemente inadecuadas para su empresa. ¿Dónde estaba su aparejo? ¿Dónde estaban los taladros y los detonadores?

»En vista de todo esto, su calidad de aficionados, su pobre preparación, su manera de proceder improvisada, el hecho de que fue un primer delito, que nadie ha sufrido ningún daño, que los sospechosos no iban armados, que permitieron que los arrestaran sin ofrecer resistencia, que la acusación no ha podido establecer asociación alguna con otros integrantes y el hecho de que los daños reales que causaron a la propiedad en dólares y en centavos (doy por hecho que los artesanos encargados de restaurar los *objets d'art* son esclavos) no llega a cumplir los requisitos para calificarlo de delito grave, pero sobre todo, en vista de que el tribunal ha reconocido que no hay nada, en el derecho egipcio ni en la costumbre, que justifique el rechazo de la puesta en libertad bajo fianza, en vista de todo esto, solicito respetuosamente que el tribunal establezca el importe apropiado de la fianza exigible.

El juez lo fulminó con la mirada, pero cuando le habló, lo hizo con la misma suavidad que antes.

—Señor Main —dijo pacientemente—, ¿tiene idea de qué importe sería la fianza si aceptase imponer una?

—Ya he indicado que comprendo que sería muy elevada.

—Sí, lo sería.

—La pagaría.

—¿De verdad? Sean cuales sean las lagunas de nuestro derecho, hay un procedimiento perfectamente establecido en estas circunstancias.

—¿Señoría?

—Le diré las palabras exactas… Aquí está, este es el lenguaje pertinente, creo… bla bla bla, tal y tal, pascual… Ah, sí: «que el importe de la fianza no será inferior al valor del robo que pretendía llevarse a cabo».

El Fenicio silbó.

—Pongamos que ignoramos el valor de los tesoros que se dejaron intactos en la tumba para determinar solo el de los objetos encontrados con los detenidos o los que estaban a punto de llevarse al vestíbulo, eso ascendería… Bueno, no tengo las cifras exactas, pero diría que está alrededor de, pues, por ejemplo, unos veinte mil millones de dólares. Es una estimación aproximada.

—Los encontraré —dijo Main con voz áspera.

No sabía cómo, pero lo haría. La gente estaba en deuda con él por favores que él les había hecho —aquel negro, Billy Basket (quien precisamente aquella mañana se le había tirado encima intentando darle las gracias por haber pagado su fianza), aquel otro, el tipo que trabajaba lavando coches en el negocio de su primo. Sería por poco tiempo. Se quedaría con Oyp y Glyp. Contrataría a un ejército para que se quedara con ellos. Era cierto que la mafia la había tomado con él, pero podía contar con otros, guardias retirados y vigilantes nocturnos de Cincinnati que lo ayudarían a hacer de niñera de ese dúo. La libertad de Oyp y de Glyp solo sería nominal, pero era necesario que él se la comprara.

—Los encontraré —repitió.

—¿No ha pensado que solo sus honorarios les costarían a Oyp y Glyp dos mil millones de dólares? ¿Que un importe así puede ser prohibitivo para ellos?

—¡Pero son dos! —gritó Main—. Solo son mil millones por cabeza.

—El informe policial los describe como indigentes —dijo el juez con calma.

El Fenicio los fulminó a los dos con la mirada. Pretenciosos, pensó. Malditos inútiles con una barra de hierro. Ratas miserables. Tragó con dificultad.

—Un servicio personal —dijo—. Pagaré yo. Renuncio a mis honorarios.

—La puesta en libertad bajo fianza está fuera de discusión.

—¿Por qué? —preguntó Main—. No hay nada que se oponga a ello en el

procedimiento.

—Hay leyes y hay leyes —dijo el juez—, delitos y delitos. Grados de culpabilidad como las cifras en un termómetro. Hay actos que exceden tanto lo permisible que definirlos en el código sería fijarlos en la imaginación. Y estamos hablando de legisladores que tendrían que redactar esas leyes, que las someterían a debate y a discusión, con todos los riesgos que eso conlleva. Hablamos de lo que le ocurriría al mejor de los hombres del ideal. Reconocer que los mejores de los hombres, pensando en el ideal y, conspirando entre eruditos, platónicamente, pintorescamente, por así decirlo, pudiesen concebir esas acciones, sería reconocer que los hombres corrientes, privados de todos los sistemas incorporados de control y equilibrio que hacen al hombre superior, por el corazón y el espíritu, podrían hacer lo mismo, abriendo lo impensable a refinamientos, distorsiones, degradando a los depravados y declinando a los corruptos como un verbo irregular del mal, una gramática llena de excepciones monstruosas que transformaría lo indecible en nada más que una especie de francés. ¿Y qué decir de los hombres que se salen de lo ordinario? ¿De esos que viven por debajo de la gracia? ¿Qué decir de los mezquinos? ¿Qué decir de los despiadados, de los villanos, de los clientes con malas maneras, de los que matan a perros? ¿Qué pasaría con ellos? ¿De qué perversiones del paradigma del mal puramente abstracto concebido por los senadores serían capaces? ¿De qué argot, de qué balbuceo, de qué solecismo moral, de qué alboroto ensordecedor? Lo que es impensable no exige legislación, evita el procedimiento y repudia el derecho. La puesta en libertad bajo fianza está fuera de discusión.

—Avestruces —gritó Main—. Son avestruces, entierran a sus faraones en la arena con sus huevos.

—¿Cómo podría definirse lo impensable? —preguntó el juez con sinceridad.

—¿Impensable? ¿Qué es impensable? ¿Cuántos faraones han muerto? ¿Cincuenta? ¿Cien? Sus tumbas son como tugurios. Por todas partes hay ventanas reventadas y tuberías arrancadas para venderlas y sacarse algo para comprar droga. Las ratas mordisquean las obras maestras debido al plomo que hay en la pintura. Las puertas están rotas, faltan escaleras, el mobiliario está cojo y lo que pesa demasiado para ser transportado lo rompen. Con cada generación, el barrio cambia, con cada dinastía, el desierto se convierte en un lugar menos seguro de noche. Por Dios, no hay ni un parque, los niños juegan a la pelota contra los muros de las pirámides, escriben «puta» sobre la esfinge. ¿Qué es lo impensable? Pongan a estos hombres en libertad bajo fianza. ¿Qué es lo impensable?

—¿Por un delito como el suyo? —gruñó el juez—. No son simples allanadores, son vampiros, y no solo vampiros sino vampiros contra el Estado, y no solo vampiros contra el Estado sino vampiros contra Dios, manoseando sus cosas, eligiendo sus sobras como chatarreros. Indigentes

que no han visto nunca el interior de un museo asignando un valor al vestuario de Dios y a sus efectos, toqueteando sus prendas vacías, probándoselas. «Coge esto, no eso, esos, no estos. ¿Cómo me queda esto, Oyp?». «No te queda mal, Glyp. De hecho, estás elegante». Oyp tuvo el corazón del faraón en su bolsillo.

—¡Ya te lo dije, Oyp! —gritó Glyp—. ¡Te dije que no hicieras eso!

—Sacaron sus jugos con sifón como cuando se raciona la gasolina. Lo limpiaron del suelo utilizando su tela de oro como si fuese papel higiénico. Rompieron vendas y dejaron entrar el aire, que diluyó el natrón. Una docena de embalsamadores trabajaron una temporada entera para prepararle su suelo, puliendo su semilla para que durase una eternidad. Desviaron su curso con cuchillos y barras de hierro y aporrearon su sarcófago como niños un tambor.

Sí, piensa Main, ¡menuda fianza sería esta! ¡Vaya tanto me apuntaría!

—Prendieron fuego a su plataforma y la inclinaron como tramposos jugando al pinball. Toquetearon su cadáver y se sentaron en su trono como Weathermen ocupando un consejo de administración. Usaron su doble de manera familiar y le birlaron la cruz y el látigo. Y no solo vampiros contra Dios que la cagaron y metieron la pata hasta el fondo, sino que además interrumpieron su ciclo, gente que condenó a Dios, no ya al infierno, sino a la nada, que lo exiliaron, aniquilando su alma y enviándola a pastar en una tierra de nadie más allá de los límites de las aguas territoriales. ¿Establecer una fianza para ellos? ¿Establecer una fianza para esa gente?

—Hay otra cosa —dice el Fenicio—. Es que hay otra cosa.

—Se lo ruego —dice el juez—. No puede haber fianza en este caso.

—Los buscan en otro estado.

—¿Cómo dice?

—Los buscan en Ohio.

Se saca la orden del bolsillo que siempre lleva encima y se la entrega a un alguacil, que se la lleva al magistrado.

El juez la examina.

—No puede haber fianza.

—Se me escaparon. Son los únicos que me lo han hecho.

—No hay fianza. La fianza es denegada.

—No puede volver a suceder —implora Main.

—¡Fianza denegada!

El juez da un golpe con su martillo y el Fenicio sabe que la vista ha terminado. Entonces el magistrado pronuncia una declaración asombrosa. Ordena a los guardias que liberen a los detenidos. Dice que si hay delitos tan impensables que ninguna ley puede proscribirlos, deben de ser de tal magnitud que ningún castigo puede atenuarlos. Oyp y Glyp son libres.

El Fenicio se echó a temblar. Los fugitivos seguían siéndolo, primero habían huido de su vigilancia y control, después de su intercesión, y ahora de la tierra misma. Fugitivos de la libertad intimidante que él tenía la

necesidad de concederles, él, que hasta ahora estaba entre la ley y los transgresores, que tenía ese poder garantizado, el poder de hacer de intermediario, de garabatear el destino de la gente; el poder, como un derecho natural, de devolver a los asesinos a las calles, y a los lunáticos a sus barrios; el buen poder de desencadenar a los terribles, de conceder libertad cuando lo estimaba necesario, más magistral que un rey, controlando las esclusas y las cerraduras de la vida corriente, ajustando a su antojo los niveles y proporciones de culpabilidad y de inocencia, contaminando las calles de posibilidades. Pero Oyp y Glyp habían huido ya de su calidad de fugitivos y, por ese motivo, el poder y la preciada libertad del Fenicio tenían unos límites.

● ○

Gruñó en su cama, masticó un trozo de funda de almohada, se retorció en las suaves sábanas del hotel, gimió, objetó, se supo indefenso, se despertó y se sintió ridículo al descubrir que además, su sueño, había estado acompañado de una polución. Y, por supuesto, cuando encendió la lamparita de la mesita de noche para mirar, vio su polla levantada como una cobra y derramando el dulce y blanco veneno de su corrida.

No sintió la necesidad de especular sobre el significado del sueño. Hacía años que vivía con él, desde que el pelo había empezado a clarearle y su barriga había florecido, desde que las piernas habían empezado a fallarle y sus reflejos a disminuirle, desde la aparición de sus dolores y sus achaques, desde que sus heces se habían vuelto irregulares y desde que era capaz de ver el chorro débil de su orina. No es que la muerte ocultara un horror concreto para él, ni que el fin de su personalidad le pareciese una ofensa contra la naturaleza. En realidad, eso lo recibía con bastante agrado. Estaba harto de su fácil desdén, de su capacidad de ganar que nunca lo había abandonado, de su truco para derrotar al otro. Hizo falta un sueño para derrotarlo, e incluso entonces él era el soñador, era tan juez como el muñeco del ventrílocuo. Pero lo otro, lo otro. La curiosidad mató al gato. Oyp y Glyp eran sus únicos fracasos, pero Oyp y Glyp, en la vida, eran como en el sueño: granujas, perdedores. Su fianza conjunta —eso era algo que lo sorprendía cada vez que se acordaba, o que contemplaba uno de esos safaris caros que lo llevarían a cruzar el país o a viajar al extranjero cuando un rumor se propagaba y le llegaba a sus oídos— era inferior a mil cien dólares. No eran cerebros, no eran genios del crimen, eran simplemente unos ladrones de coches corrientes. Puede que ya estuviesen muertos, o que vivieran en un anonimato tan cercano a la muerte como pudiese existir. Separados a estas alturas casi seguro, cada uno se habría ido por su sórdido lado. Tal vez estarían en una cárcel mexicana o centroamericana, demasiado pobres o culpables para obtener abogados, más víctimas que verdugos y, como eran cortos, incapaces de tener la idea de solicitar la ayuda de su

embajada, pensando: «Nos buscan de todos modos, no vamos a ir de Guatemala a Guatepeor. Mejor nos quedamos aquí, pudriéndonos los veinte o treinta años que estos sudacas nos han dado en vez de que nos extraditen, volver, armar todo ese jaleo, que nos encierren en Ohio o quizá en algún penitenciario federal porque no comparecimos en la fecha prevista después de pagar nuestra fianza. ¿No implica eso la intervención de los federales? Joder, aquí hace calor y se está bien, no hablamos la lengua, lo cual es una ventaja, nadie nos molesta demasiado porque no nos enteramos de nada».

Había gastado cinco veces más del equivalente a lo que había perdido por perseguirlos. ¿Y cuántas semanas de sueño les había dedicado?

Pero ahora habían aparecido sus sueños —ese sueño— y les daba ventaja a ellos. Vamos, ¡es que encima los exaltaba! Misterio. Misterio. La razón por la cual él era agente de fianzas. El sentido de su vida. La manera que había tenido de aceptar aquello que lo hacía funcionar. Misterio. Por qué vivía con la poli y los ladrones. Por qué se molestaba en comer con sus colegas garantes en Covington. Por qué era un habitual del ayuntamiento, de los tribunales municipales, de los palacios de justicia federal, no solo se tuteaba con los granujas de baja estofa y los autores de crímenes pasionales, sino también con sus familias, sus compañeros y sus novias. El crimen era el único misterio al que podía acercarse. ¿Sabía de astronomía? ¿Tenía cerebro para las matemáticas superiores o para la física de hacía treinta o cuarenta años? ¿Podía leer español o seguir una partitura? ¿Sabía de historia o qué significaban los síntomas de su propio cuerpo? ¿Podía hacer una receta o mezclar pintura?

Y no era cierto lo que les decía a sus clientes: que su culpabilidad o su inocencia no le importaban y que lo único que quería saber era si huirían o se quedarían tranquilos. Le importaban y mucho, casi tanto como el poder que poseía para liberarlos. Lo único que no le importaba era el veredicto, pero en su mente él siempre llegaba a un veredicto, y estaba convencido de que en virtud de su relación única era como mínimo tan exacto como el de la ley. Misterio. El misterio lo había mantenido en activo y la curiosidad lo mató. Su corazón limitado de detective lo había convertido en cincinnatiano, lo había mantenido en esa ciudad que tenía el tamaño perfecto. Y aun así abarcaba demasiado, la solitaria trabajaba en su cerebro. Misterio.

Se duchó, se quitó la roña de sus viejas pelotas colgantes, se secó a disgusto con las toallas húmedas, dejó el pijama en la cesta de la ropa sucia, se vistió. Fue entonces, colocándose el reloj en la muñeca, cuando vio la hora: solo eran las once de la noche. Cogió la llave de su habitación, bajó en el ascensor y la dejó sin decir palabra delante del recepcionista nocturno que estaba en el mostrador.

Tenía hambre, entró en la cafetería y pidió una sopa, un sándwich de jamón, café, melón. (¿A qué sabían? Misterio.) El sueño lo había conmocionado a la fuerza. Ya se había olvidado de Oyp y Glyp, como se

olvidaba de todos los clientes en cuanto acababa con ellos. Ya no estaban en su vida. Era su delito: eso era lo que los exaltaba, lo que los liberaba de él, lo que no podía sacarse de la cabeza. ¿Por qué no había podido soñar, él que había soñado el delito, el éxito de su súplica al juez? Misterio. (¿Conocía la química de hacía cincuenta años, los clásicos, el futuro? Ni siquiera sabía de historia natural; sin las cartelas que acompañaban los especímenes en las vitrinas del museo no habría podido decir nada de los dientes que tanto le fascinaban.) Y ahora un sueño precipitaba sus acciones, le forzaba la mano, le provocaba corazonadas en la oscuridad como un jugador de la lotería.

Pagó y salió, rechazando la oferta del portero de pedirle un taxi.

—Hoy ya me he paseado en taxi. ¿Dónde está la parada del autobús?

Aunque lo sabía, por supuesto, se sabía todas las rutas y los horarios de los últimos autobuses, se conocía la ciudad al dedillo, todos los misterios insondables y particulares de Cincinnati, Ohio.

● ○

Cogió un autobús en Vliet Avenue en dirección Rosendale y se cambió en Koch-Demaret, que lo llevó por Glad Boulevard y el parque, después pasó por Hebrew Union College y la universidad de Cincinnati, donde los dos altos edificios gemelos, Física y Química, se contemplaban como dos llaves de pie. El autobús entró en una parte del gueto. Tres negros cuyos grandes sombreros les tapaban los ojos levantaron el brazo en el bordillo para pedir que el autobús parase. El Fenicio sabía que el conductor no lo haría. Se preguntó cómo acabaría todo, qué crisis y qué baños de sangre tendrían lugar, e intentó imaginarse qué asesinatos de qué líderes que todavía no habían nacido habría que soportar, y evocó cuestiones, lemas y hasta hombres tan ineptos y heteróclitos como puntuaciones en el vacío. Pensó en titulares de siglos lejanos: *Trent rechaza a gennis y reclama la amortización del epicentro. Indiana cuelga pañuelos de almidón, manifestación ante el parlamento. Merpen pide ciento siete. ¡Acuérdense de Nebraska!*

Pero incluso esos titulares estaban construidos a partir de analogías. El lenguaje lo deprimía, el argot limitado de su siglo. *Abatidos quentz visarblementes.* Necesitaba nuevas terminaciones, una nueva puntuación, una gramática diferente. Habría gente, y creerían cosas que él ni siquiera podía imaginarse. Cada cuestión tendría dos aspectos. Trent tendría razón y Gennis también, aunque, a lo largo de su vida, la opinión pública no conocería nunca toda la historia. La amortización del epicentro solo sería una solución a corto plazo a cualquier problema que se hubiese inventado para solucionar. Un parche, en el mejor de los casos, un primer paso titubeante. Y estaba muy bien acordarse de Nebraska, pero llegaría un momento en el que lo mejor sería olvidar heridas pasadas. Habría festivos distintos, fiestas épicas para homenajear a héroes que no nacerían antes de un millón de años. Y en todos los países del mundo, en todos los

calendarios, las fechas de su nacimiento ¡saldrían en rojo! ¿De qué serían capaces? ¿Qué drogas llegarían? ¿Qué sopas y qué estilos y cómo se haría la línea central de la autopista cuando las minas de pintura se secaran y se instaurase el racionamiento de pigmentos? ¿O cuando se tomaran medidas en contra, el verde sería ilegalizado y el naranja revocado?

Cómo los envidiaba, al hombre de la calle, al estudiante de un milenio futuro que deja la universidad cubierto de acné, cuánto le enfermaba pensar en los remates de los chistes que no lograría entender ni aunque se los explicaran con paciencia. ¡Las respuestas que brindarían tan despreocupadamente! Sus coeficientes intelectuales de 90 englobarían sabidurías que las mejores mentes de hoy no podían empezar a comprender. Cuanto más cambiaban las cosas, se decía, más iguales eran. Qué gilipollez, otra justificación y excusa más, otro argumento a favor de la muerte.

Lo que hicieron Oyp y Glyp había sido atroz. ¡Cómo los envidio! ¡Qué alegría haber estado allí y poder verlo!

Era su parada. Se bajó y caminó media manzana hasta el Hotel Vernon Manor.

● ○

Aunque era un hotel residencial, con unas vías de acceso en forma de herradura y unos grandes cuartos de luna de césped cuidadosamente arreglados, con un salón de baile en la planta baja y ventanas altas con cristales emplomados que parecían cinco dedos grandes, el Vernon Manor se parecía a un hotel balneario de los años veinte. Habría estado más en su sitio en la costa. Cada vez que lo veía, lejos del centro, al Fenicio le daba la sensación de que era una extraña especulación. Le gustaba bastante, se divertía con las señoras septuagenarias cuya escasa cabellera siempre le recordaba el azul escama que se ve en los lavabos químicos de los aviones. Se entretenía observando a las mujeronas de color ataviadas con uniforme blanco que empujaban las sillas de ruedas de las ancianas, que las enderezaban cuando caminaban con el bastón o las ayudaban a subirse a coches y cogían después el volante para llevarlas a sus citas médicas. No todas las residentes eran inválidas, pero sí de aspecto frágil, su calidad de supervivientes subrayaba su delicadeza, su pulcritud y su aseo, un testamento al cuidado que se dedicaban. Parecían vagamente pudientes pero con unos límites, se ajustaban a un presupuesto, su estricta contabilidad era más señal de necesidad que de una gestión atenta en beneficio de hijos, hijas y nietos (parecían estar tan privadas de estos como de maridos). Al Fenicio lo animaba pensar en la habilidad que tenían con su economía, las volvía más sagaces a sus ojos. Eran como cazadores que mataban para comer. Se las imaginaba aún despiertas, delante de sus televisores, ocupadas rellenando sus libros de contabilidad con cifras copiadas de las páginas financieras mientras sorbían agua caliente con limón para engañar a la digestión, leche

tibia para el insomnio. ¿Cómo veían el mundo? (Misterio, misterio. No las conocía. Las señoras mayores no acudían a él para que les pagara la fianza.)

En el vestíbulo, se dirige hacia los ascensores, donde el conserje nocturno cabecea en una silla.

—¿Señor? —dice el recepcionista.

Main se le acerca, se queda junto a las vitrinas oscurecidas de golosinas, el arbusto de postales que da vueltas, el gran revistero, el *Enquirer* del día siguiente, cuyo titular aparece por la ventanilla de la máquina amarilla. Echa un vistazo y ve las firmas de cristal, vacías de neón y polvorientas como sus alambiques, que sirven como carteles del salón de belleza y la tienda de moda. Mira por encima del hombro del recepcionista y ve las casillas de mensajes, las pocas llaves que salen de sus bocas como si fueran lenguas.

—¿Puedo ayudarlo?

—No creo, no.

—¿No tiene habitación?

—No.

—Lo siento, pero el comedor está cerrado. Servimos la última cena a las diez.

—No pasa nada, ya he comido.

—¿Viene a ver a un cliente del hotel?

—Sí.

—¿Puedo preguntarle si lo esperan?

—No me esperan.

—Es casi la una. Tendré que llamar por teléfono.

—Dígale a Crainpool que el señor Main está abajo.

El recepcionista se encoge de hombros, se dirige a la centralita, hunde una ficha en el agujero que corresponde a la habitación de Crainpool y habla en voz baja al aparato en forma de prótesis que va de su oreja a su mentón. Mira a Main y frunce el ceño.

—Me parece que lo he despertado. Dice que bajará en cuanto se vista.

—Subiré.

El recepcionista está a punto de protestar, pero Alexander ya se ha dado la vuelta y ha despertado de una sacudida al del ascensor.

—Quinta planta —dice.

Tiene que repetírselo porque el hombre está grogui. En el ascensor, echa un vistazo a los menús enmarcados en lo alto de la pared, lee el alegre «¡Buenos días!» de la cafetería cerrada. Son noticias viejas.

La puerta del ascensor se abre a un callejón sin salida. Hay una moqueta gris con motivos florales descoloridos, banquetas duras tapizadas donde se sientan las personas mayores mientras esperan el ascensor. Gira a la izquierda, otra vez más y recorre el largo pasillo, pasando por delante de los armarios del ama de llaves y las puertas metálicas anticuadas que abomban el vestíbulo. La habitación de Crainpool está al fondo. Enfrente tiene las oficinas del hotel y al lado un armario de limpieza. Gira el pomo de la

puerta, pero está cerrado. Golpea con el puño.

Crainpool, que ya se ha puesto los pantalones pero todavía lleva la camisa del pijama y una vieja bata azul, le abre.

—Señor Main.

—Es tarde, Crainpool. No hace falta que seamos tan formales.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Ha habido detenciones masivas en el campus? Estaba durmiendo, no he visto las noticias de las once. ¿Tenemos que ir al centro? Deme un minuto y me visto.

—Está bien su casa.

—Es cómodo.

—Es estrecho y pequeño, pero espero que se corresponda con sus necesidades. Se sentiría perdido en un sitio más grande.

—Sí, señor.

—Se pondría nervioso.

—Supongo que sí.

—No obstante, sus necesidades están cubiertas. —Da un golpe en la puerta de metal—. Hay servicio de lavandería y tintorería en el hotel, supongo.

—Así es, sí, señor, pero es bastante caro. No suelo utilizarlo.

—Cada noche lava algunas prendas en el lavabo, ¿no? Las cuelga en la barra para que se sequen.

—Pues sí, señor, eso hago.

—Sí, ya veo. Veo muy bien lo que hace.

De un paso ha entrado en el pequeño baño. Unos calzoncillos en el lavabo, dos camisas colgadas en perchas sobre la bañera, una mitad goteando en el suelo y la otra en la bañera; hay pañuelos colocados sobre los radiadores como las lonas de los vagones de los pioneros; un pijama seco sobre una estantería en una esquina.

Main se baja la cremallera de la bragueta y mea en el retrete de su empleado. No cierra la puerta ni levanta el asiento.

—Este pijama —dice.

—¿Señor?

—Decía «este pijama» —grita por encima del ruido de orina salpicando —. ¿Qué pasó con el camisón que le regalé por Navidad? ¿No se lo pone?

—Bien, pensé que había sido una broma, señor.

Vuelve a la habitación.

—¿Una broma? ¿Por qué pensó eso? Y el gorro de dormir, ¿también pensó que era una broma?

—Bueno, señor…

—Su problema, Crainpool, es que no se toma las cosas en serio. Como usted es un cachondo, da por hecho que todos los demás tenemos su sentido del humor. ¡Una broma! Eso fue una inversión, señor Crainpool, una inversión para mis negocios. Me lo desgravé de mis impuestos. Pensé que un camisón y un gorro para dormir reforzarían su imagen, lo ayudarían a entrar

en el estado de ánimo apropiado para lo que se requiere. ¡Una broma, ya lo creo! Como las mangas, me imagino. Como las plumas y el taburete alto. Me he esforzado mucho, señor Crainpool, y también he realizado gastos considerables, debo añadir, para intensificar un ambiente de oficinista a su alrededor, por hacer de usted un oficinista. Sin embargo, insiste en su gusto por la novedad. Supongo que se ha puesto a pensar en términos de máquinas de escribir eléctricas y fotocopiadoras Xerox. ¿Qué será lo próximo, teléfonos electrónicos, dispositivos que contesten las llamadas? «El señor Crainpool no está disponible en estos momentos. Su mensaje será grabado. Empiece a hablar después de la señal… Pip».

—No, señor.

—«No, señor». Menudo está hecho, sí señor no señor. ¿Y qué pasa con los gruesos libros de contabilidad con cuidadas líneas impresas en el centro de la página? ¿Con las grandes cajas de cartón grises y negras con cierres y con los colores destiñéndose como si fuesen una cebra fundida? ¿Con los enormes talonarios del tamaño de un álbum familiar? ¿Qué hacemos ahora con todo ello, lo tiramos todo a la basura?

—Lo siento, señor —dice Crainpool aguantándose la risa.

—Ya, supongo que lo siente. Tampoco es que haya intentado meterme en su vida privada… A ver, ¿lo he hecho?

—No, señor.

—No. No ha visto las noticias de las once, ha dicho. Eso implica que tiene un televisor. Hay televisor, ¿verdad? No hace falta que responda, lo veo. Hay televisor. Tres canales más uno educativo a su disposición. Hay teléfono. Veo un aparato de aire acondicionado. He subido hasta aquí en ascensor.

—Sí, señor.

—Nada me obligaba, nada, a proporcionarle todo este lujo de notables comodidades. Ninguna de las ventajas de las que disfruta, tiene luz eléctrica, tiene lavabo con agua, las ha conseguido por sí solo.

—No, señor.

—Mi primera idea fue instalarlo en una pensión. Aún existen esos lugares, sabe, aunque la verdad es que ahora son menos habituales que cuando usted entró a trabajar para mí.

—Sí, señor.

Crainpool hace un gran esfuerzo por permanecer serio.

—Venga, siga vistiéndose.

—¿Entonces vamos al centro?

—Pero luego pensé «no». Aunque una pensión le habría ido perfectamente bien a una persona como usted y hubiese contribuido a resaltar esas cualidades suyas que yo necesito, podían surgir algunos inconvenientes. Quizá no le gustaban sus vecinos, o quizá les cogía demasiada simpatía, se juntaba con malas compañías, se arriesgaba a ser vulnerable a la hora de cenar o en el salón los domingos. Tendría que haber

compartido el baño, no lo olvide.
—Sí, señor.
Crainpool se abotona la camisa.
—No habría tenido teléfono propio. A todas horas habría tenido que coger recados para los demás. En esos sitios las paredes son como de papel. La radio de un vecino podría haberle impedido pegar ojo la mitad de la noche.
—Sí, señor, supongo que tiene razón, señor.
—Entonces le encontré este lugar, ¿o no?
—Sí.
—Sí. Le encontré este lugar. Un tranquilo hotel residencial. Distinguido. Y con las comodidades más confortables que uno pueda desear. A ver, me gusta la moqueta del pasillo. ¿La tienen todas las plantas?
—Algunas sí, pero el estampado cambia, creo.
—Cree, dice. De lo que usted ve cuando se abre el ascensor para recibir a un pasajero. Concluyo pues, que no tiene amigos íntimos en el hotel. Solo el conocido a quien saluda con un gesto de cabeza en el vestíbulo o en el café.
—Más o menos, señor.
Ha empezado a ponerse la corbata.
—Eso pensaba. No, no hace falta que se ponga la corbata.
—Cogeré la chaqueta entonces, señor. —Se pone la chaqueta y mira al Fenicio—. Ya estoy listo.
—¿Listo?
—Para ir al centro con usted.
—No, no, es tarde; ya se lo he dicho. La tienda está cerrada. Tendrá que recordar estas cosas, señor Crainpool.
—¿No vamos al centro?
—No.
—Ya veo. —Se va del vestíbulo, donde ha estado esperando al Fenicio, y vuelve al centro de la habitación—. ¿Quiere sentarse?
—Gracias, Crainpool. Lástima que solo haya una silla.
Crainpool se sienta con remilgo en la cama.
—¿A qué debo este honor? —dice por fin.
—A los sueños malos. A mi mediocridad en las asignaturas difíciles. A lo que hay de vulnerable en su propia historia.
Crainpool se sonroja y es la primera vez que ocurre en diez años. Hace tiempo que su juego del gato y el ratón se ha instalado en una especie de combate verbal que rebota en Crainpool como la lluvia de remates de chistes sobre idiotas en los números de las comedias y lo toca de refilón. Con el tiempo, se ha convertido en un doble, sus moretones son habituales, sus huesos flexibles de caucho se hunden profundamente en su piel como en el fondo del mar mientras sus nervios y su orgullo se han convertido en una Atlántida, un continente perdido. Si se ha sonrojado no es por vergüenza, sino por miedo, y Main lo reconoce porque ya lo ha visto en él en otra

ocasión.

—¿No está satisfecho con mi trabajo, señor Main?

—Sí, completamente.

Ahora se sonroja aún más, y Main ve como se le estrujan en el cerebro las ideas como zurullos.

—Oyp y Glyp —dice sin aliento—. Ha encontrado a Oyp y Glyp.

—Oyp y Glyp están muertos.

—¿Muertos?

—O capturados. Separados, quizá. Van por el buen camino, a lo mejor. Casados con hijos. Trabajan en una fábrica o poniendo keroseno en el depósito de los aviones. En las autopistas, agitando una bandera roja para detener el tráfico mientras arreglan la calzada. O son vendedores puerta por puerta, o transportistas. Empleados domésticos tal vez, o se han puesto a cocinar. A la dirección de Dobb's House, Dairy Queen. O a aprender gestión de moteles.

—¿Tiene información?

—¿Quién tiene información? No, están muertos.

—¿Ha renunciado a encontrarlos, señor?

—La prescripción del agente de fianzas, señor Crainpool, el derecho de asilo fenicio, la gracia de Main, lo tienen todo.

—Vaya.

—¿Le sorprende?

—Creía que los había encontrado, o al menos a uno de ellos.

—Nunca. Han desaparecido. Pongámoslos en pérdidas. Dios me lo dijo en una visión.

—Sí, señor. Buen consejo.

—¿Qué, eso? Así es como Él responde a todas las oraciones.

—Ah —dice Crainpool—. Llamó ese abogado, Avila. Me pidió que le dijera que ha vuelto el señor Withers y que comparecerá como estaba previsto.

—¿Algo más?

—Justo antes de cerrar, llamó el sargento del cuarto distrito para darme pistas sobre las próximas acusaciones. Intenté localizarlo en su casa.

—¿Algo interesante?

—Bueno, han detenido a un sospechoso por el atraco al banco. Creen que tienen pruebas suficientes para inculparlo. Le dejé un mensaje en el servicio de abonados ausentes.

—Bien.

—¿Quiere un café, señor? Solo tengo el hornillo, y el café es instantáneo, pero puedo prepararle uno si quiere.

—Pierde el hilo.

—¿Señor?

—Está perdiendo el hilo. De la conversación. Le hago esta visita extraordinaria, tarde, y hago esta alusión absolutamente única a su pasado, a

la que no ha reaccionado como debería, y ahora pierde el hilo de la conversación. Aún no está fuera de peligro, señor Crainpool, ¿lo sabe?

—Lo sé, señor —responde tímidamente.

—Eso está mejor. Dígame, Crainpool, ¿se sonrojó así cuando le pegó tal paliza a su mujer que la envió al hospital?

—No tuve oportunidad de examinarme en ese momento, señor.

—No, por supuesto que no. ¿Tuvo oportunidad de hacerlo cuando se enteró tres semanas más tarde, cuando ya había salido en libertad bajo fianza, mi fianza, que se declaró un incendio en la planta donde estaba ella y murió quemada?

—Señor Main —dice Crainpool—, eso fue hace dieciséis años. Ha hablado de la prescripción.

—Efectivamente. Y podrá aprovecharse de ello cuando lo entregue a la policía. Asegúrese de mencionarlo. Dígaselo a su abogado.

—¿Me va a entregar? Por Dios, Fenicio, eso ocurrió hace dieciséis años. He sido su maldito esclavo durante once años. ¿Ahora me va a entregar?

—¿Quién de los dos caga flores?

—¿Dieciséis años y me va a entregar?

—No, muchacho. Lo voy a matar. Lo voy a matar.

—Pero la prescripci…

—Eso es entre usted y el estado de Ohio. Nosotros tenemos un contrato. —Se da un golpecito en el bolsillo del pecho—. Aquí no pone nada de prescripción. Yo era el responsable de su libertad bajo fianza y usted no compareció ante el juez. ¿Es necesario que se lo lea? Dios Santo, que hace once años que trabaja para mí, hombre. Ha visto miles de contratos así, se sabe de memoria las cláusulas que se aplican, todo ese rollo sobre dar el consentimiento a la aplicación de la violencia que pueda ser necesaria para forzarlo a volver.

Crainpool salta de la cama.

—Vamos —dice escuetamente y sonríe—. ¡Doy mi consentimiento! —Se empieza a reír—. Doy mi consentimiento, doy mi consentimiento. Saque su pistola y péguemela a la oreja. ¡Doy mi consentimiento!

El Fenicio lo examina.

—Se resiste usted mucho más de lo que me esperaba. Será mejor que se siente, hijo. Siéntese, querido.

—Pero es que le doy mi consentimiento —gimotea Crain- pool.

—Quiero que mi vida conserve algo de credibilidad —dice el Fenicio.

—Oiga, señor Main —suplica el hombre—. Entrégueme.

—Cállese, Crainpool. —Mira al hombre—. Dígame qué piensa.

—¿Que qué pienso? Estoy muerto de miedo.

—Por favor —le dice Main con tono tranquilizador—, cálmese, tómese su tiempo. No pasará nada todavía. ¿Qué piensa?

Aterrorizado, el hombre empieza a hablar, pero titubea.

—¿Sí? —insiste Main.

—Pues que nuestro acuerdo no estaba tan mal —acaba diciendo.

El Fenicio suspira, decepcionado.

—Es usted trivial, es un hombre trivial —dice—. Yo también. Ay de mí, Crainpool, yo también. Lo único que puedo pensar en hacer ahora mismo es satisfacerlo. Me pongo en su lugar y pienso: «Está loco, no lo hará. No se saldrá con la suya». Me haría falta un escenario, exigiría una última explicación, como un último pitillo, un desenlace civilizado como la cortesía profesional del inspector, en el salón, hasta rellenar la copa del asesino. ¿No le apetece nada de eso?

—Sí, un poco. Sí.

Main mira a Crainpool con recelo.

—Eso espero. Hay convenciones, ceremonias. La mecánica se explica, pero los misterios nunca. Puaj. Míreme. Soy un espectáculo. En el fondo, tengo corazón de poli. Así es como resolví el caso. ¿Necesita saber algo de eso?

—Pues sí —dice Crainpool.

—No lo dirá solo por ganar tiempo, ¿no?

—No exactamente.

—Porque, a decir verdad, aún no me he decidido. No del todo. Es más probable que lo mate que que no, pero no hay nada definitivo.

—¿Cómo resolvió el caso, señor?

—¡No sea condescendiente conmigo, hijo de puta!

—No se ponga nervioso.

El Fenicio se pone de pie.

—No me meta prisas, ¿de acuerdo?

—No.

—¿No me lanzará las almohadas?

—Me buscan. Estoy fugado. Usted no ha entrado sin permiso. El recepcionista llamó y yo acepté verlo.

—Exacto. Venga, muchacho, gane tiempo. Venga, alárguelo, no haga movimientos bruscos.

—De acuerdo —dice Crainpool amablemente—. ¿Cómo cree usted que se irá de rositas con algo así?

—Eso. Así, así. Bien —dice el Fenicio—. Bien.

Y empieza a contárselo, le da detalles, se inventa los arreglos sobre la marcha, tranquilizándose mientras elimina la letra pequeña, bloqueando los puertos de Crainpool y colocando guardias en los controles de las carreteras, delante de sus puertas, en el control de pasaportes de los aeropuertos, controlando los trenes de Crainpool. Y todo es verdad, aunque sea una especie de lengua extranjera que ha aprendido a hablar, la flamante gramática del contacto físico, una jerga de la que está agotado porque hasta el momento nadie lo ha superado, y aún menos, el corto de Crainpool. Y ve que el hombre lo absorbe todo, que está atento, no solo intenta ganar tiempo, sino que está realmente interesado, discípulo de su propio

destructor. ¡Un cachorrito! El Fenicio lo castiga con estrategia, con proyectos de juegos, poniéndole la nariz contra la pizarra donde las i griegas y las equis de la oposición se evaporan desde la tiza hasta las fosas nasales abiertas, admirativas de Crainpool. Es lo que lo ha retenido a lo largo de todos estos años, lo que lo ha hecho quedarse en la ciudad mientras el Fenicio se iba a buscar a los que no comparecían; no solo lo que lo ha hecho quedarse mientras Main no miraba, sino lo que lo hacía ir a la oficina más temprano que de costumbre en momentos como ese, lo que lo retenía allí hasta más tarde, después de cerrar, esperando una llamada para comprobar que estaba allí, deseando oír, aunque a larga distancia, lo que solía oír en persona, llevándose su merecido, humillaciones, ocurrencias, conocedor del maltrato del Fenicio. Soy la obra de su vida, piensa el Fenicio. Lo he reinsertado. Va por el buen camino.

Así que se da rienda suelta, colma a Crainpool de inevitabilidades engañosas, lo empuja a objetar solo por el placer de hacerlo callar cuando reciba el pase.

—La aplicación de la violencia que pueda ser necesaria para forzarme a volver —dice Crainpool triunfal.

—Gilipollas. Lo devolveré. No es más que una mierda de botella dejada en depósito.

—¿Y si gritara? Imagínese que grito «¡No dispare, señor Main! Me rindo».

—La cagaría, tontolaba. Yo gritaría más fuerte. «¡Llamen a la policía!», gritaría, «Crainpool tiene mi pistola».

—Qué memo. ¿Y la policía, qué, precisamente? ¿Por qué no ha venido con ellos a arrestarme?

—Primero son los principios. Memo lo será usted, yo soy agente de fianzas. Mi reputación depende de mi capacidad de hacerme respetar.

—Usted me dio refugio. Durante once años me lo brindó.

—Di refugio a alguien que se hacía llamar Crainpool. A lo largo de los cinco años que tardé en dar con usted, había envejecido tanto que no se lo reconocía. Había perdido pelo. Pesaba treinta kilos menos que en el momento en el que no compareció. Su madre no lo habría reconocido.

—El crimen perfecto —dice Crainpool con admiración.

—Estamos en temporada. La veda está abierta. Ni siquiera es un crimen.

El hombre asiente, está convencido de que se puede hacer. Probablemente no lo ha dudado nunca. Pero sigue sin entender por qué.

—Yo era su esclavo —dice.

—Le he pagado una fortuna. Tenía aumentos anuales, vacaciones pagadas y beneficios. El primer empleado de agente de fianzas del estado de Ohio con plan de jubilación.

—No quiero morir —dice Crainpool—. Por Dios, señor Main, ¿por qué quiere hacer esto?

—Porque usted es —dice en voz baja— el único hombre del mundo a

quien tengo derecho a matar.

Ha sacado la pistola.

Crainpool empieza a lloriquear y el Fenicio se conmueve. A este hombre desesperado le debe más que los beneficios que representan este teatrillo suyo.

—¿Cómo —pregunta— puede existir la indiferencia? ¿Cómo puede haber suicidios? ¿Por qué hay hombres viejos? Ayúdeme, Crainpool. ¿Por qué la vida es tan maravillosa? ¿La noche más dulce que el día y el día más alegre que la noche? ¿Quién puede estar afligido estando vivo? ¿Cómo puede haber buen tiempo, estaciones, cuando el mundo está a temperatura ambiente? ¿Dónde están mis músculos, mi piel suave? ¿Por qué no muere el deseo? ¿Por qué es lo único que se conserva intacto, que no sea un puñetero vínculo con la inmortalidad? ¿Quién nos saboteó y le dio a nuestra voluntad insomnio? ¿Por qué me interesan más los otros que yo a los otros? ¿Qué tengo que pensar de sus aromas, de sus cuerpos firmes y de su cabello sano? ¿De los fragmentos de conversación que oigo, de las palabras cariñosas que se secan como el pan? ¿Quién me puso esta tensión entre el egoísmo y el desapego? ¿Por qué tengo esta curiosidad como si fuese una pierna rota? ¿Cómo puedo contrainterrogar al universo cuando no comparece después de haberle pagado la fianza?

Empieza a sentir una pequeña parte de lo que ha dicho. Crainpool está vivo también, y su determinación de matarlo flaquea por un momento. Lo ve como una astucia, un medio más para impresionar a este hombre que ha vivido con él once años por y para sus impresiones y que, en el instante en el que Main apretase el gatillo (primero el tiro al azar por encima de la cabeza o por la ventana para establecer la coartada —Crainpool lo comprendería, después de haber vivido tanto tiempo en primera fila con la técnica, habitual de los estrenos de las mil representaciones del Fenicio, quizá gritaría «El autor, el autor. Bravo, bravo» a su propia muerte— para dejar claro que en esta habitación pequeña, en un sitio tan cerrado, era imposible que no acertase el tiro y que le había dado una oportunidad para rendirse sin resistencia) probablemente sonreiría, la admiración penetrándole los labios como un postre, la comprensión iluminando hogueras en sus ojos.

—Míreme, señor Crainpool. Yo recibo todos los periódicos. El conocido I. F. Stone me escribía cartas. Recibo *Scientific American*. Junto a la cama, en el suelo, tengo el *Journal of the American Medical Association*. El *National Geographic* lo tengo en el lavabo, *American Heritage*, al lado de la tostadora. *Time-Life* me ofrece un descuento en todas sus publicaciones. Estoy tan *au courant* como una debutante de la alta sociedad con mi olfato para las modas y para la influencia y con mis miles de informaciones para privilegiados. ¿Qué quiere decir esto? Todo lo que no sé y no sabré jamás me pesa como una cordillera de montañas. Me aplasta, Crainpool. Me fríe el cerebro y me hace apretar los dientes.

—¿Usted, señor Main? Usted es un hombre inteligente. Ojalá tuviera yo

una décima parte de su cerebro.

—Sí. Lo mismo digo. Ojalá tuviera una décima parte del suyo, de cualquiera, da igual, de todo el mundo. Engordaría con su memoria y experiencia como un muerto de hambre, chuparía todo lo que supiese, todo lo que hubiese registrado, como una fruta dulce. ¿Cómo será el futuro, señor Crainpool? ¿Qué silbará la gente dentro de cien años? ¿Qué fragmento de canción le pasará por la cabeza a la esteticién cuando se incline sobre el pelo de un cliente? Dígamelo y dejaré que se vaya. ¿Cuáles serán las prioridades? ¿Qué ruinas serán descubiertas? ¿Qué tesoros de qué barcos hundidos emergerán de qué mares? ¿Qué ciudades serán construidas y destruidas y vueltas a descubrir? ¿De quién surgirán los dientes a la superficie durante un terremoto para irse a la vitrina?

—No entiendo.

—Yo tampoco. Nada. Yo tampoco. Los fondos oceánicos se empujan entre ellos, ¿lo sabía? Tiran de los continentes como remolcadores. Asia estará a un día de marcha de Australia, y un hombre de pie en Italia proyectará su sombra en Yugoslavia. Las naciones encajarán como en un puzzle, señor Crainpool, y eso a lo que hoy llamamos tierra, algún día formará un círculo perfecto, un globo en el interior de un globo que recubre los océanos como un solideo. ¡Vaya playa que habrá! ¡Como un halo acuoso, Crainpool! ¿Quién pondrá la primera piedra ese día? ¿Qué lengua hablará?

Lanza el primer tiro. Sale por la ventana abierta de Crainpool y resuena en el edificio de tres plantas que hay enfrente.

—Eso solo despertará a algunos —dice—. Espere, ahora verá.

Se ponen a escuchar juntos y apenas oyen el ruido de una o dos puertas que se abren en el pasillo. Más lejos, se oye el roce de una ventana.

—¿Va todo bien? —grita alguien desde la calle oscura.

El Fenicio baja la pistola contra el pecho de Crainpool por si quiere gritar.

—No —susurra. Después le dice con el tono anterior, pero más excitado a Crainpool—: Pero eso es solo el mundo, la Tierra. ¿Ha considerado la astronomía? ¿Ha dedicado algún pensamiento a la física?

—No —dice Crainpool escuetamente, con la boca seca.

—La física me rompe el corazón, la astronomía me da una patada en los huevos. No me preocupo por las matemáticas. Mejor no pienso en la química.

—No.

—Será capullo, Crainpool. Estamos ciegos. Deberíamos llevar bastón blanco y gafas oscuras. Deberíamos llevar lápices en las gorras. Deberíamos sentarnos al aire libre al abrigo de los edificios altos y nuestra gorra nos serviría de oficina. Escuche, escúcheme. Esta es la prueba de que toda la vida está hecha de cuatro compuestos dispuestos en una cadena espiral de azúcares y fosfatos. Somos collares, Crain-
pool, azúcar, especias y todo lo bonito. Somos putos caramelos. Y el

chupapollas y el lamecoños medio solo son gente golosa. Escuche, escuche, ahora hay una teoría que dice que algunas cosas se desplazan más rápido que la luz. Se cree que los átomos eran más ligeros hace millones de años, y la gravedad más fuerte. Vivimos en un universo que engorda, que muscula su cuerpo como un luchador de sumo.

—No lo sigo.

—No lo dirijo.

—Por favor, señor Main…

Ahora habla muy rápido.

—Dicen que la materia penetra en nuestro universo desde otro universo. Que nuestras leyes físicas proceden de otro universo. Que la gravedad nos llega como el correo, importada como la teca y los granos de café. La ley de la física como un balance de pagos desfavorable. Nuestras maneras de hacer no son las suyas, señor Crainpool. Dios, los átomos, los átomos y la mierda entre las estrellas.

—¿Por qué me va a matar?

—Cállese. La teoría de Einstein postulaba la existencia de objetos de una densidad infinita contenidos en un espacio infinitamente pequeño. ¿Ve? Los átomos serían tan gordos y la gravedad tan densa que la luz ni se escaparía de ellos. Eso sí que era oscuridad, muchacho. ¿Se imagina una oscuridad semejante? Tan oscura que era invisible. Podría leer el periódico a través de ella. Escuche, escúcheme. Wheeler y Ruffini predijeron que podríamos distinguirlos a través de sus rayos x. ¿Me sigue, comprende todo lo que le digo? Que se delatarían orbitando alrededor de estrellas visibles, mordisqueándolas con su gravedad infinita, dibujándolas, dándoles dolor de muelas a las estrellas.

—No sé por qué quiere ma…

—¡Los han visto! En los últimos meses. Los han detectado. Los agujeros negros del universo.

—No quiero que me dispare, señor Main.

—Y por cada agujero negro, hay uno blanco. Eso es lo que cree Hjellming, cómo explica los cuásares. ¿Me entiende, Crainpool? Los universos gotean entre ellos. Se produce esta transfusión de ley en el cielo. Yo soy honesto, soy un hombre honesto. Recto y respetable en este universo que habito. Yo soy honesto, pero estas putas leyes gotean por todas partes, las constantes de la física se confunden entre ellas como los colores de un madrás. Dios mismo no es más que una fuga lenta, un pinchazo sagrado. La rueda pinchada de la naturaleza y de la realidad. Materia y antimateria. En el interior de nuestro universo, hay otro. ¿Lo capta? Universos como muñecas rusas. Cuando lo mate aquí en su habitación esta noche, a lo mejor en la puerta de al lado es virtud. ¿Qué le parece?

—¿Por qué? Se lo pido, por favor, señor Main, ¿por qué?

—Pero cállese ya con el por qué. ¡No sé por qué!

Crainpool cambia su táctica. Deja de lloriquear y pasa a estar casi furioso.

—Usted siempre tiene que tener la última palabra —dice—. Siempre tiene que hacerlo todo exagerado, ¿no? Para hacerse el importante. Me mataría por nada, solo por su estilo.

—¿Mi estilo? Qué va.

—Ya lo creo que sí. Se cree que es la bomba.

—¿Yo? No. Tengo frío, estoy en una corriente de aire. Estoy helado. Brr, Crainpool, es la Edad de Hielo en mi interior, nevadas récord y no hay suficiente anticongelante en el mundo para ganar una caloría. Son mis átomos, mis gordos y gruesos átomos. ¿No me ve? ¿Es que no me distingue?

—Sí, lo veo. Lo distingo. Como usted mismo ha dicho, es un espectáculo.

—No hay que creerse todo lo que le dicen a uno, señor asesino. Yo me la traigo sin cuidado. Por un sello de la reina de Inglaterra, puede quedarse con mi personalidad. Hace años que me quedé sin ego. Llame al servicio de recogida, lo dejaré delante de la puerta para que se lo lleven. Crain- pool, tonto, no hay heroísmo, no hay grandilocuencia. Soy un analfabeto funcional y, en cuanto a misterio se refiere, no distingo entre mi culo y el codo. Si no soporto ser tonto, no es por una cuestión de orgullo. A la mierda la frágil reputación, digo yo, que le den por culo a la fama y al yo. Al diablo con los genes, y maldita sea la existencia. Yo paso.

Crainpool ha tenido que esforzarse por oír estas últimas palabras, inclinándose tanto hacia delante que casi puede cogerle la pistola del regazo a Main.

—Entonces no tiene sentido matarme —dice.

—Lo único que quería —pronuncia Main en voz tan baja que el empleado tiene que leerle los labios para entenderlo— era saber cosas. Yo soy honesto. Soy un hombre honesto. Me deleitaba en lo impersonal. He vivido con una curiosidad que recuerda a la crisis de los cuarenta. Esto es lo que me atrajo a ustedes, a los matones y maleantes, a los villanos y carteristas. ¿Quién es el culpable? ¿Cuál es el móvil? *Cherchez la femme.* ¿Qué es eso? ¿A qué se reduce el delito, en definitiva? A nada. A un abecedario cutre, a un manual penoso. Un volumen muy delgado, Crainpool, una puta novelucha alimenticia, los libros de saldo. No me ha enseñado nada, señor. ¿Y de dónde saqué la idea de que al acercarme a la aberración podría…? Pero lo que duele, en serio, lo que duele de verdad, es que si tuviera un cerebro tan grande como el Ritz, tampoco sabría nada. Morimos siendo malos alumnos. Todos nosotros. Desfavorecidos y gandules. Tengo preguntas. Tengo hasta aquí de preguntas. Nunca necesité ser feliz, solo necesitaba saber. Cosas simples. Un chaval lelo del próximo siglo podría decírmelo. Si pudiera vivir tanto, iría a sentarme a sus pies como si fuese Sócrates en persona, y él me diría… ¿Qué? Si Dubuque llegó a la primera división. Si hay hierba en planetas lejanos. Quién ganó la guerra y por qué luchaban, que si patatín, que si patatán. Él me soltaría los dichosos lemas ridículos de su época y yo los recibiría como los diez mandamientos. ¿Qué puedo hacer con mis preguntas, me pregunto?

Crainpool se levanta. Hace un esfuerzo por pasar entre Main y la cama y se dirige hacia la puerta.

—Por favor —le dice—. Lo veré en la oficina. Váyase a casa, señor Main. Duerma un poco.

Le abre la puerta.

—¿Qué?

—Es muy tarde, señor Main.

—¿Se ha hartado?

—Creo que sí.

—¿Se acabó?

—Es el riesgo que asumo.

—Y me verá en la oficina.

—Sí.

—Por la mañana.

—Sí, señor.

El Fenicio sonríe cansado.

—Me ha dejado hablar, ha ganado tiempo.

—Es usted un hombre sensato, señor Main. Es usted sensato, Alex.

—Oyp y Glyp están muertos.

—Bueno, como usted dice, ¿quién sabe qué ha podido pasar? Me alegra que cierre ese capítulo. Ya era hora.

—Claro.

—Aparte de eso, su recorrido ha sido perfecto.

—Sí.

—Ellos no lo cambian.

—No.

—¿Quiere que le pida un taxi?

—¿De verdad cree que están muertos? A ver, en realidad no tengo ninguna prueba. Es solo una sensación.

—Ya los conocía a esos dos. Si estuvieran vivos, nos habríamos enterado. No quedaba otra. Genio y figura hasta la sepultura.

—Es probable. —Levanta la pistola y apunta a la mano de Crainpool, que sigue en la puerta—. Siempre he tenido a alguien a quien perseguir —dice —. Un misterio que se me daba bien. Me sentía a gusto. Pero si Oyp y Glyp están muertos…

—Vamos, señor Main, no…

Dispara y la bala roza los nudillos de la mano de Crain- pool. Atónito, el empleado se lleva la mano a la boca y se queda mirando al Fenicio con los ojos abiertos. Con la sangre, parece que haya estado comiendo pastel de cereza.

—Corre —le ordena el Fenicio—. ¡Corre, cabrón!

—¿Qué?

—Que corras a salvarte. Baja la escalera. Corre, ¡que corras!

—Pero ¿qué hace?

Vuelve a levantar la pistola, Crainpool se da la vuelta y huye. El Fenicio sale al pasillo. Las puertas están entreabiertas. De un modo extraño, confieren al conjunto el aspecto de un atasco de tráfico. Las ancianas van en camisón, tienen la mano en el corazón. El Fenicio solo distingue la espalda de Crainpool mientras abre de un empujón la puerta de la escalera de emergencias.

—OYP y GLYP —grita— ESTÁN MUERTOS. —Se lanza tras los pasos del empleado con su trote pesado de hombre viejo—. ¡VIVA CRAINPOOL!

Se precipita a la escalera por la puerta que ha abierto Crainpool. Jadea, la mano que sujeta la pistola le tiembla. Se apoya en la barandilla y mira la imagen borrosa de Crainpool, más joven, más rápido, cuando llega al final de las escaleras. Apunta la pistola hacia abajo y dispara sin mirar. Ah, no ha acertado. Bien. Se mete la pistola en el bolsillo de la chaqueta y baja las escaleras lentamente. Llega al vestíbulo y, fingiendo que le falta el aire, se dirige al recepcionista de noche, detrás del mostrador.

—¿Lo… lo ha visto?

—¿Qué demonios pasa?

—¿Lo ha visto? —Se da unos golpecitos en el pecho y sigue—: Tengo una orden de detención contra él. ¿Ha visto por dónde ha ido?

El recepcionista niega con la cabeza.

—Ha salido. No sé. Ha salido. Estaba sangrando —dice—. Tenía toda la mano ensangrentada. Y la boca.

—Sí, ha sido demasiado rápido para mí. Lo he perdido. Como pille a ese cabrón, que se prepare.

Sale a la calle por las puertas giratorias. El aire es delicioso. Mira a la izquierda y a la derecha. A qué lado, se pregunta. ¿Al norte? ¿A la zona residencial? ¿Al este, en dirección a las vías del tren? ¿O ha vuelto sobre sus pasos? ¿Ha ido al centro, quizá? ¿Por la calle donde él mismo había caminado ese mediodía? ¿Donde la gente tenía más aspecto de estrella de cine que las propias estrellas de cine, como pasaba con todos en esos tiempos, en los que la belleza se colaba por las avenidas del mundo como los muelles dorados en los árboles de Cincinnati?